

Biografía de Carlos H. Spurgeon

Prefacio.

1. Comenzando La Vida
2. Principio De La Vida Cristiana
3. Comienzo De Sus Labores
4. Llamado A Londres
5. Ministerio En Londres
6. El Príncipe De Los Predicadores
7. Enviando Lejos Su Mensaje
8. Escritor Prolífico
9. Preparando A Otros
10. Dirigiendo El Trabajo De Otros
11. Cuidando De Las Ancianas
12. Atendiendo A Los Huérfanos
13. La Labor De La Consagrada Esposa
14. Fin De Una Brillante Carrera
15. Apreciación De Una Vida Sagrada

PREFACIO

Se dice que en una escuela rural de aquel país, en unos exámenes, el anciano maestro preguntó a un niño de pocos años, pero de ojos chispeantes: "¿Quién es el Primer Ministro de Inglaterra?", el muchacho, Con gran prontitud y espíritu de suficiencia, contestó "Spurgeon", confundiéndolo así con el Celebre estadista Gladstone. Esto, que aparentemente no tiene importancia, pone de manifiesto sin embargo la enorme popularidad que aquel hombre eminente que ascendió, y que en realidad de verdad fue "El primer Ministro de Inglaterra no en el sentido político sino en el evangélico, que vale infinitamente más.

No obstante las dificultades y los trabajos que son naturales en una obra de la índole de ésta, para nosotros, ha sido un verdadero gozo escribir estas páginas sobre la vida de esa eminente personalidad, que asombró al mundo con la multilateralidad de su obra, y con la grandilocuencia de su palabra, puesto al servicio de Dios y de los hombres. En nuestra literatura evangélica Castellana, nada tenemos sobre la vida de este gran hombre, y es nuestra esperanza y nuestro deseo, que estas páginas, escritas con gran premura, puedan ayudar a conocer y estimar a tan eminente personalidad, a los que no pueden estudiarla en otros idiomas que en el suyo propio.

Al escribir este libro hemos consultado un gran número de obras religiosas; pero es nuestro deseo hacer constar nuestro agradecimiento, de una manera muy especial, a los siguientes cuatro libros: "Vida de Carlos H. Spurgeon", por Russell H. Conwell; "El Ingenio y la Sabiduría de Carlos H. Spurgeon", por Ricardo Briscoe Cook; "Carlos H. Spurgeon: Su Fe y sus Obras", por H. L. Wayland; "Carlos H. Spurgeon: Autor, Predicador, Filántropo", por G. Holden Pike. A estos libros debo muchos datos y sugerencias.

Y ahora, al enviar este libro en su incierto viaje, es mi fervorosa oración que Aquel que bendijo y usó a Spurgeon, use y bendiga estas pobres páginas para el bien de muchos y para la gloria de su santo Nombre.

A. S. R. G.

Sagua la Grande, Cuba, Abril - Julio de 1930.

1

COMENZANDO LA VIDA

La predicación del Evangelio todavía sigue siendo la potencia de conmoción y de salvación del mundo. El mensaje de la cruz es el mensaje que proclama que Dios, "en el grande amor con que nos ha amado", se humilló hasta la muerte, y muerte de cruz, para salvarnos todavía sigue siendo, y no deja de continuar siendo, "la potencia de Dios para la salvación de todo aquel que cree". Mientras haya pecadores que necesiten el arrepentimiento; mientras haya almas que salvar; mientras haya heridas morales y espirituales que restañar, pese a la incredulidad humana, y a la vanidad de los hombres que, cegados por su ignorancia y por sus prejuicios, suponen y piensan que pueden enmendar la plana a Dios o dar al mundo, para su felicidad eterna, un plan mejor y más perfecto, el Evangelio será una potencia.

La predicación de Cristo crucificado es, y continuará siendo, el anuncio más agradable a los oídos humanos, el mensaje más vital para el corazón de los hombres la única potencia verdaderamente regeneradora y salvadora que puedan conocer los siglos. El poder vivificador y la enorme atracción del mensaje de la cruz, sigue siendo el mismo hoy que era hace veinte siglos, a pesar de las mutaciones del tiempo.

Lo que aquí afirmamos encuentra una perfecta ilustración y una prueba cabal en la vida de hombres tales como Savonarola, Lutero, Wesley, Whitefield, Moody, Gipsy Smith, Billy Sunday y un millar más; hombres que en un gran porcentaje carecían de los elementos humanos más necesarios para poder brillar en esa predicación, y que, además, tuvieron que enfrentarse con las condiciones o circunstancias más adversas.

La vida de estos hombres sería inexplicable, si quisiéramos explicarla y comprenderla meramente de acuerdo con las modalidades humanas; porque hay en ellas rasgos, elementos, características, que rebasan los límites de lo humano, y entran en el reino de lo sobrenatural, de lo divino. Desconocer estos hechos es desconocer esas vidas; negar esta parte o dirección divina en ellas, es dejarlas incomprendidas e incomprensibles. Esos grandes predicadores que

han pasado por sobre el escenario de la vida, atrayendo las multitudes, convirtiendo sus corazones, haciendo que las almas se rindan a los pies de Cristo, eran hombres, con todas las limitaciones e imperfecciones de los hombres; pero eran hombres elegidos, dirigidos, usados por Dios, de acuerdo con los planes y para la ejecución de sus planes. Eran hombres que, como el Apóstol de los gentiles, se veían constreñidos a exclamar: " ¡Ay de mí, si no predico el Evangelio!"; y que al predicarlo, contaban con el auxilio y la dirección divina, para que su mensaje llegara al corazón. Pero, lo que venimos diciendo tiene su más brillante y perfecta ejemplificación en aquel hombre-cíclope que se llamó Carlos Haddon Spurgeon, a quien el mundo, por consentimiento unánime, ha llamado, con toda justicia, "el Príncipe de los predicadores"; porque ha sido, realmente, el predicador más eminente desde los días del Apóstol Pablo.

Escribir de este hombre eminentemente grande, que con el poder de su predicación influenció para bien a millares de millares, e hizo que su fama se extendiera a los cuatro vientos, y muy especialmente en el mundo religioso, es la difícil tarea que nos ha sido encomendada. Relatar la historia de esa vida, haciendo que se destaquen los sobresalientes rasgos de su grandeza, y la multiplicidad de sus obras, no es tarea fácil para nosotros. Sin embargo, esa será tarea muy grata y provechosa, ya que el estudio de una vida tan múltiple, tan fructífera, tan consagrada, tiene siempre lecciones, santas y buenas que aprender; rasgos y particulares que emular; inspiración que recibir.

Nació Carlos H. Spurgeon el 19 de junio de 1834, en Kelvedon, Condado de Essex, en el sureste de Inglaterra; población que carecía de significación alguna, histórica o geográfica, aparte de haber mecido la cuna de este gran hombre. Era Kelvedon una poco importante población campesina, de toscos edificios, y de rudos pero honrados habitantes, siendo éste el único timbre de honor con que contaba. Sin embargo, al hecho de haber nacido Spurgeon en tan humilde lugar atribuyen no pequeña importancia, algunos de sus biógrafos, por entender que ello contribuyó a la formación de su carácter. Nosotros, empero, aunque creemos que el medio tiene mucho que ver en lo que se relaciona con la formación y el desarrollo del carácter, pensamos que Kelvedon muy poco o nada influyó en ese respecto, si es considerado solamente como lugar de nacimiento, porque el lugar donde se nace es algo demasiado incidental en la vida de los hombres, para que pueda tener una gran influencia en el sentido indicado, y mirándolo desde el punto de vista humano. Es en otras circunstancias y con causas que hemos de buscar esos elementos formativos del carácter; y seguramente no dejaremos de encontrarlos en la vida de este gran hombre, de la misma manera que los encontramos siempre en la vida de todos los hombres que han desempeñado algún papel de importancia en los anales del mundo.

Hasta donde es posible recordarlos, los antepasados de Spurgeon era gente humilde y sencilla, honrada y piadosa, franca y amiga del trabajo noble y productivo. De sus ascendentes seguramente nuestro predicador no tenía de qué avergonzarse, sino más bien motivos para sentirse feliz y satisfecho, que no siempre en las clases superiores y aristocráticas se encuentra el honor, ni en la riqueza el poder, ni en los títulos y diplomas la grandeza. ¡Feliz el hombre que puede regocijarse en el hecho de que sus antepasados fueran gente honrada y piadosa, porque éstos son los más brillantes blasones de toda genealogía! ¡Feliz el hombre que, cual Spurgeon, puede señalar entre los que formaron su familia, personas de convicciones tan profundas y conciencias tan estrechas, que prefirieran la cárcel y el ostracismo, aparecer a sus propios ojos como desleales y claudicadores!

Poco antes de que nuestro biografiado abandonara esta vida, es decir, en noviembre de 1890, hablando de sus antecesores, decía la revista "Gráfico" de Londres: "La familia de Spurgeon es de origen hugonote. La persecución que siguió a la revocación del Edicto de Nantes arrojó algunos miembros de esta familia a este país, Inglaterra, algunos de los cuales fijaron su residencia en Norfolk y otros en Essex. C. H. Spurgeon descende de esta última rama".

"Muy temprano en su ministerio en Londres, en una librería de la avenida Paternoster fue presentado al Sr. Juan Spurgeon, descendiente de la rama de la familia de Norwich; y después de comparar sus notas acerca de sus respectivos antepasados, se vio que la piedad, honradez y lealtad eran iguales en ambas ramas. El mismo espíritu de intolerancia religiosa que envió al inmortal Juan Bunyan a la cárcel de Bedford por la predicación del Evangelio, también envió en 1677, a Juan Spurgeon a la cárcel de Chelmsford, en la que por cuestiones de conciencia, durmió en un haz de paja por espacio de quince semanas, en un tiempo extremadamente frío, sin tener fuego alguno".

"El bisabuelo del pastor Spurgeon fue contemporáneo del periodo del comienzo del reinado del rey Carlos III". Su abuelo, Santiago Spurgeon, fue convertido en su primera juventud en Halstead. Mientras aprendía un oficio en Coggeshall, se unió a la Iglesia de aquel lugar. A la edad de veintiséis años se sintió inclinado al Ministerio Evangélico, entrando en la Academia de Hoxton en 1802. En 1810 aceptó el pastorado de la Iglesia de Stanbourne, en Essex, de la que fue pastor más de medio siglo".

Juan Spurgeon, el padre de Carlos, nació en Stambourne en 1811, siendo el segundo de diez hermanos. Durante quince años se dedicó al comercio, en el que parece que no le sonreía la prosperidad, y al mismo tiempo se ocupaba en la proclamación del Evangelio en distintas congregaciones, en el día del Señor. Cuando ya había llegado a la mitad de la jornada de su vida, abandonó los negocios y se dedicó completamente al ministerio, aceptando el pastorado de la Iglesia Congregacional de Kelvedon.

En cuanto a la madre del gran predicador londinense, las noticias que de ella tenemos nos la presentan como una mujer de noble carácter, cuyas grandes virtudes eran bien conocidas y apreciadas de todos. Era tierna, quieta, hacendosa, amante del hogar, del cual era el más hermoso ornamento, y de profundo e inconturbable espíritu religioso. Aunque sus quehaceres eran muchos, porque el pastorado de su esposo era pobre y poco productivo, jamás se despreocupó o descuidó de lo que es el trabajo más importante de toda mujer, y para el que ha sido especialmente preparada y habilitada por el mismo Dios: la educación de sus hijos.

Hemos hablado brevemente de las cosas, circunstancias, elementos, que contribuyeron a la formación del carácter de Spurgeon. Pues bien, al escribir la historia de la vida de este hombre, es imposible dejar de mencionar esa influencia maternal, si es que queremos comprenderla; aunque nunca podremos evaluarla suficientemente. ¿Hasta dónde llega la influencia de una madre, para bien o para mal, sobre sus hijos? ¿Hasta dónde fija su carácter, impresiona y dirige sus sentimientos, o forma y moldea el corazón de aquellos a quienes dio el ser? Preguntas son éstas a las cuales no es dable al hombre contestar categóricamente; porque en el fondo de la educación de la madre sobre sus hijos, hay algo de misterio, que trasciende a nuestra mente. Pero es sabido y reconocido por todos, que la influencia materna es enorme, trascendental, imperecedera; que el hombre podrá enfrentarse con las circunstancias más adversas, encenagarse en el vicio más bochornoso y bajo, pero

que, sin embargo, sobre todas esas cosas surge la influencia maternal, y que esta influencia es lo último que muere en él.

Cuando Carlos H. Spurgeon se acercaba ya al fin de su carrera, en muchas ocasiones se complacía en reconocer públicamente, hablando de ella con la mayor ternura, la deuda enorme que tenía contraída con su buena madre; y esto sin olvidar que la mayor parte de su infancia la pasó fuera de su hogar paterno, sometido a otras influencias y recibiendo una educación que tuvieron una grandísima significación en la formación de su carácter y en la inclinación de su vida.

Hasta dónde se preocupaba la madre de Spurgeon por sus hijos, se pone de manifiesto en la siguiente anécdota que muchos años después relató el padre de nuestro biografiado: "Yo había estado mucho tiempo fuera de mi hogar, tratando de edificar congregaciones débiles, y sentí que estaba descuidando la preparación religiosa de mis propios hijos, mientras trabajaba para el bien de otros. Con estos sentimientos regresé a mi hogar, abrí la puerta y me sorprendí de no encontrar a mis hijos en la sala. Quietamente ascendí las escaleras, y oí la voz de mi esposa. Estaba ocupada en orar con los niños. La oí orar por cada uno de ellos particularmente, llamándolos por sus nombres respectivos. Al llegar a Carlos, oró especialmente por él, porque era de un elevado espíritu y valioso temperamento. Escuché hasta que terminó, y sintiéndolo realmente, dije: "Señor, seguiré haciendo tu obra. Los niños tendrán quien cuide de ellos"

Este incidente, sencillo e inexpresivo en apariencia, nos da un vislumbre del carácter y espíritu cristiano de la noble mujer que dió el ser a nuestro biografiado, y de la atmósfera espiritual en que éste se desarrolló en su hogar. Y no hay sabio, ni filósofo, que pueda justipreciar el valor de la oración ferviente, intensa, de una madre, intercediendo por sus hijos; ni indicar hasta donde llega la influencia en la vida posterior del ser objeto de esas oraciones. Pese a la incredulidad de algunos hombres, y al escarnio que de ello hacen, eso— la oración ferviente de una madre, santa y buena, intercediendo por sus hijos— tiene un inexpresable valor y una perdurable influencia, para con Dios y para con los hombres. ¡Oh, que las madres a la vez que van sembrando paciente y persistentemente, momento tras momento, en el corazón de sus hijos, la simiente de todos los sentimientos nobles, de todas las acciones rectas, de todas las elevadas y santas aspiraciones, se entreguen también, con todo fervor e intensidad, al ministerio de intercesión, a la oración!

Los negocios a que por esta época se entregaba el padre de Carlos eran poco productivos, y la vida económica de la familia se hacía difícil; en cambio, en el hogar del abuelo de nuestro biografiado se disfrutaba de mayor abundancia y de gran comodidad. Pastor de una Iglesia formada por campesinos, gente sencilla y consagrada, que estimaba grandemente a su director espiritual, y que contribuía liberalmente a sus necesidades, la vida en su hogar era bastante desahogada. Quizá a esto se debió que Carlos, a una edad muy tierna, fuera enviado a Stambourne. Cualquiera que fuera la causa de ello, lo cierto es que desde muy temprano fue enviado a casa de su abuelo, para pasar allí una temporada.

La estancia de cerca de seis años en este hogar cristiano, donde siempre tuvo los más saludables ejemplos y las más valiosas enseñanzas, en medio de una atmósfera espiritual, fue otra de las cosas que contribuyeron grande y positivamente, a la formación y desarrollo del carácter de Spurgeon, y que con seguridad coadyuvaron a influenciar su vida posterior, incubando en él aquellos rasgos morales y espirituales que, de manera tan sobresaliente, se manifestaron luego en su vida. Pero, en un sentido verdadero, la casa de los abuelos, en

Stambourne, no era otra cosa que la continuación o prolongación del hogar paterno de kelvedon y Colchester. En el uno como en el otro encontramos la misma atmósfera espiritual que en el otro; el mismo y no fingido cariño; iguales y magníficos consejos y ejemplos; idéntica consagración a la obra evangélica. En el uno como en el otro, halló esa gran reverencia a la Biblia, que de manera tan especial singularizaba la vida de algunos puritanos; la rectitud de conciencia, que siempre se señaló en los no conformistas ingleses, por su decidido y viril rechazo de las prácticas y costumbres de la Iglesia imperante; la plena y absoluta dedicación a la obra del Evangelio. No hubo, pues diferencia ni disparidad alguna entre las influencias que Spurgeon recibiera en esos dos hogares, el de sus padres y el de sus abuelos. Por el contrario ambos se complementaban y robustecían mutuamente, en la educación moral y espiritual que daban a aquel muchacho.

Ambos hogares vinieron siempre en el recuerdo y en el corazón de Carlos, y de ambos habló, en multitud de ocasiones, de la manera más tierna. Pocos meses antes de partir de este mundo, Spurgeon, agobiado por el exceso de trabajo, y minado por pertinaz dolencia, pasó una temporada en Stambourne y revivió sus días infantiles, gozándose grandemente en las reminiscencias de aquel feliz y ya lejano pasado. El fruto de esta visita a Stambourne fue el magnífico libro que dio a la estampa, en el que encontramos curiosos detalles y descripciones acerca del lugar, y noticias de lo que para él significó pasar algunos años de su infancia allí.

Había en el hogar de Stambourne tres personas, por lo menos, que contribuyeron con igual empeño y eficacia, a la educación de Spurgeon. En primer término se encontraba el abuelo, Santiago Spurgeon, hombre chapado a las antiguas costumbres puritanas, pero de corazón bondadoso y tierno, que depositó un gran cariño en Carlos, por ser éste su primer nieto. Santiago Spurgeon era muy estimado en su parroquia y fuera de ella, no sólo por su gran rectitud en lo que a principios religiosos se refiere, sino también por su carácter afable y cariñoso. En su largo pastorado de más de cincuenta años en Stambourne, llegó a bautizar a los que en los últimos días ya eran ancianos, y a los hijos de los hijos de estos ancianos, por lo que era a manera de un patriarca, amado y respetado por su pueblo.

Era este anciano muy amigo de los niños, para los que siempre tenía palabras cariñosas, sabios consejos, y un bolsillo lleno de confituras. Sin embargo, su sistema era la rectitud sazónada con el cariño y la bondad. Y, de acuerdo con este sistema, trató siempre a su nieto. El mismo Carlos hace referencia, muchas veces, a esta cariñosa rectitud de su abuelo, que tanto bien le hizo. Sobre todo, recuerda aquellos domingos, observados al antiguo modo puritano, en los que no se permitía a los niños la más ligera expansión. Generalmente, en el día de domingo, el abuelo acostumbraba a llevar a su nieto a su estudio, pidiéndole que estuviera quieto, y le dejaba sentado en una silla baja, o en el suelo junto al fuego, con una revista ilustrada en la mano, mientras él meditaba en su sermón y le daba el último retoque. Y allí permanecía el niño tranquilo, casi sin moverse, durante las horas, haciendo heroicos esfuerzos para no interrumpir al buen abuelito. Pero esta quietud, que para un niño de su edad resultaba una verdadera penitencia, nunca fue causa de que nuestro biografiado sintiera que su cariño hacia el anciano mermaba. Por el contrario, aquel abuelo era tan bueno, tan cariñoso, que el muchacho no podía por menos que quererle entrañablemente.

En el año de 1856, cuando el nombre de nuestro biografiado comenzaba a volar en alas de la fama, tuvo el alegre privilegio de poder predicar en Stambourne, con motivo de la celebración de las bodas de oro de su abuelo en el Ministerio Cristiano, cosa que siempre estimó como una de las mayores bendiciones que Dios le había concedido, y uno de los privilegios más hermosos que había tenido en su vida. Según el Dr. Cook, este sermón fue

"publicado bajo el título de 'El Dios del Ángel'. . . El anciano tenía una especial delicia en promover la mayor venta de este sermón y de otras publicaciones de su nieto, teniendo siempre mucho cuidado de poseer una buena provisión de sus nuevas producciones". ¡Hay que imaginarse el legítimo orgullo y el profundo gozo del buen anciano, al poder celebrar el quincuagésimo aniversario en el Ministerio, y que en este acto estuvieran presentes su hijo y su nieto, y que éste fuera el predicador de la noche! ¡Qué alegría que su hijo y su nieto fueran dos consagrados predicadores del Evangelio, habiendo llegado ya el último a la cumbre de la fama!

Por esta época, contando cerca de ochenta años de edad, acostumbraba a decirle a Carlos cada vez que le veía: "Carlos, creo que seguramente te dejaré en herencia un poco de gota reumática"; y agregaba con aquel buen humor que le era característico: "Porque creo que esta gota acortará los años de mi vida". ¡Y en efecto, le dejó esa herencia, y de esa enfermedad murió su nieto! El buen anciano falleció a los ochenta y siete años de edad, teniendo el gozo de ver a los pies de su lecho a su queridísimo nieto.

Allí estaba también en aquel hogar de Stambourne su abuela, de quien tenemos las noticias más encomiásticas y honrosas. Según estas noticias, era "una buena, industriosa mujer, que consideraba como su consciente deber ser la sincera y perseverante compañera de su esposo". Era tranquila en sus maneras, y retraída en su disposición; sin embargo, se abrió camino hasta las obras más útiles de caridad, y a menudo ocupó puestos de honor en las sociedades y comisiones de empresas benevolentes. Era una de aquellas humildes ancianas que se ganan el afecto de todos, una de esas personas que son llamadas a ir por este mundo haciendo grandes obras, en silencio y sin fricción. Nuestro Spurgeon recuerda a esta noble matrona con las palabras más tiernas y las mayores demostraciones de cariño. Hablando de aquella mansión en que se deslizaron los primeros años de su vida, dice de ella: "¡Querida abuela, cómo trataste de mimar a tu 'niño' Sin embargo, tu memoria es mucho más querida para mí, que la de las personas más sabias, que no trataron de 'echar a perder' al niño. ¿Miras ahora, desde el cielo, sobre tu mimado nieto? ¿Crees que él hubiera sido mejor si tú hubieras sido con él áspera y dura? ¡De ninguna manera!"

La tercera de las personas que en Stambourne contribuyeron tanto a la educación religiosa de Spurgeon, fue su tía Ana, quien rivalizaba con su anciana madre en mimar a Carlos. Esta buena mujer, a quien nuestro biografiado llamó siempre "madre-tía", fue quizá la más querida para él, con excepción de su madre. Tan pronto como el niño llegó a Stambourne, "se lo cogió para sí", cuidándose de todo lo que con él tenía referencia. Fue ella la que le enseñó a leer y a escribir, usando al efecto de una gran paciencia y de mucha persistencia; fue ella, también, la que más que ninguna otra persona, fuera de la autora de sus días, contribuyó a la formación de su carácter. Por el cariño que le tenía, y por el tierno cuidado que se tomó en dirigir sus primeros pasos en la vida, corrigiendo sus nacientes defectos, e inspirándole nobles sentimientos, fue una segunda madre para nuestro biografiado, y él se complacía en reconocerlo así y proclamarlo públicamente.

En este hogar de Stambourne pasó Spurgeon, en esa primera ocasión, cinco años, de uno a seis, y las lecciones que allí aprendió no se les olvidaron jamás. Aquel medio ambiente, aquella vida sencillamente austera en su profunda atmósfera de religiosidad, y aquellos años pasados en el campo, contribuyeron en una gran medida al éxito de su vida posterior. En efecto, cuando se mira bien la cosa, no es posible dudar que en aquella casa de sus abuelos tuvo comienzo el éxito de su vida. Para convencernos de esto, no hay más que leer detenidamente los escritos de Spurgeon en muchos de los cuales habla de aquel lapso de tiempo pasado en aquel lugar, que más que pueblo, era a manera de agrupación de fincas de

cultivo, como dando a entender que allí comenzó a formarse su carácter, y a fijarse la carrera de su vida.

Ya hemos dicho que Spurgeon aprendió a leer a los pies de su tía Ana. Después, y por algunos meses, estuvo asistiendo a la escuela de una señora apellidada Burleigh, y en ella no se singularizó por un muy brillante intelecto, sino por su persistencia en el estudio, y por su gran memoria. Si sus poderes de recepción no estaban muy desarrollados, tenía en cambio, grandes poderes de retención; muchas veces tardaba en comprender las lecciones, pero trabajaba en ellas persistentemente hasta que llegaba a comprenderlas, y una vez aprendidas, no las olvidaba. Algunos biógrafos de Spurgeon se han esforzado en presentarlo en aquellos años como un prodigio de inteligencia; pero, los que parecen estar mejor informados y que mayor confianza merecen, niegan que fuera así.

Ahora bien, es el testimonio invariable de todos los que han escrito la historia de su vida, que ya en esta tierna edad Spurgeon demostraba una gran afición a los libros. Antes de saber leer, gustaba de examinar los libros que caían en sus manos, tratando de arrancar el significado de sus ilustraciones, y seguramente esa fue una de las cosas que determinaron a su tía a enseñarlo; y después de haber aprendido, siempre andaba a la búsqueda de libros, embebiéndose muchas veces horas enteras en su lectura. La rectoría de Stambourne era una verdadera mansión para aquel lugar. Tenía un número de habitaciones confortables, la descripción de cada una de las cuales ha hecho Spurgeon en elocuentes páginas; pero muchas de estas habitaciones tenían sus ventanas tapiadas, debido a las exigencias de una ley incomprensible que estaba en todo su vigor entonces, y según la cual había que pagar contribución por cada una de las ventanas de los edificios. "¿A quién se le ocurriría poner contribución a la luz del sol?" decía nuestro predicador muchos años después, refiriéndose a esta inconcebible ley. En una de estas habitaciones de ventanas tapiadas, verdadero "cuarto oscuro", guardaba el abuelo de Spurgeon gran número de libros, y al muchacho le agradaba entrar en esa habitación para sacar de ella "algo que leer". Así leyó por primera vez "el Peregrino" de Bunyan, el libro "los Mártires", de Fox, la historia del Obispo Bowner, personaje que para él siempre fue antipático, y otros libros más, algunos de ellos tan voluminosos y áridos, que aun en la edad viril se necesita poseer una gran determinación para enfrascarse en su lectura. Pero el ansia de leer era tan profunda en aquel muchacho, que no se asustaba ante la aridez de ningún libro.

Cuando Spurgeon contaba poco más de seis años regresó al hogar de sus padres, establecido entonces en Colchester, población cercana a Kelvedon, en el mismo condado de Essex, donde concurrió regularmente a la escuela, primeramente a la que dirigía la Sra. Cook, esposa de un capitán de la marina mercante, y luego a la de un tal Lewis, hombre de quien se dice que reunía las mejores condiciones como instructor. En estos años de estudio en Colchester, parece que Spurgeon efectuó un considerable progreso, debido a su empeño y persistencia, al extremo de que, según nos dice su biógrafo el Dr. Russell H. Conwell, aunque no contaba más que diez años de edad, en 1844 ya había adquirido un buen conocimiento de las gramáticas latina y griega, y recibido algunas lecciones de filosofía.

En el verano de este año Carlos fue a pasar las vacaciones con sus abuelos en Stambourne, en aquel hogar que siempre fue tan querido para él, y cuya atmósfera de religiosidad tanto significó para su vida posterior; y en uno de esos días tuvo efecto la célebre y bien conocida profecía del Pbro. Knill con respecto a la futura grandeza de nuestro biografiado. He aquí la manera en que el mismo Spurgeon relató este incidente, cuando ya se encontraba en la cumbre de la fama:

Cuando yo era un niño, me encontraba en casa de mi abuelo, donde anteriormente había pasado mis primeros años; y según era la costumbre, yo leía las Escrituras en los servicios devocionales de la familia. En una de estas ocasiones, el Sr. Knill, cuyo nombre es bien conocido, y cuya memoria es preciosa para millares de personas, dentro y fuera del país se encontraba en la casa, con el fin de predicar el domingo en Stambourne, como representante de la Sociedad misionera de Londres. Ese buen hombre nunca miró al rostro de un niño sin tratar de impartirle algún beneficio espiritual. Era todo amor, bondad, formalidad y calor, y ansiaba ganar los corazones de los hombres, como los que se encuentran en la miseria ansían el oro que su corazón desea. Oyó al muchacho leer, y lo alabó; una pequeña y sabia alabanza es el camino más seguro al corazón de los jóvenes. Se convino con el muchacho que a la mañana siguiente sábado, enseñaría al Sr. Knill el jardín, y le llevaría a dar un paseo antes del almuerzo; y una labor que tanto envanecía la noción de su importancia en un joven, seguramente había de ser efectuada con prontitud. En la puerta sonaron unos golpes y el niño en seguida abandonó la cama, y salió al jardín con su amigo, quien se ganó su corazón al instante, por medio de cuentos agradables y palabras cariñosas, dándole a la vez la oportunidad de expansionarse. La conversación fue toda acerca de Jesús y lo agradable que es servirle y amarle. Y todo no fue conversación, sino que hubo peticiones también. Ambos entraron en el emparrado preparado de forma de hojas de cañas, y el "ganador de almas" se arrodilló; teniendo sus brazos en derredor del cuerpo del niño, ardientemente intercedió por la salvación del niño. La mañana siguiente presencié la misma escena de instrucción y súplica y también la otra, mientras que durante todo el día no se encontraba el uno muy lejos del otro, ni el uno dejara de pensar en el otro. Los sermones misioneros fueron predicados en la Iglesia puritana, y llegó el momento en que el hombre de Dios había de ir a otro lugar como representante de la Sociedad. Pero no se marchó hasta que hubo hecho la más extraña profecía. Después de oraciones mucho más ferviente, en unión de su protegido, pareció tener un gran peso en su mente, y no podía marcharse antes de librarse de esa carga. En los años subsiguientes se le oyó decir que había sentido un singular interés por mí, y una profunda esperanza que no se podía explicar. Reuniendo la familia, me sentó sobre sus rodillas, y distintamente recuerdo que dijo: "No sé cómo, pero siento un solemne presentimiento de que este niño predicará el Evangelio a millares, y de que Dios le bendecirá en muchas almas. Tan seguro estoy de esto, que cuando mi pequeño hombre predique en la capilla de Rowland Hill, como predicará un día, quisiera que me prometiera que cantará el himno que comienza, "Dios se mueve de manera misteriosa, para sus maravillas efectuar".

Esta promesa, por supuesto, fue hecha y a ella siguió otra, a saber, que de acuerdo con su expreso deseo me aprendería el himno mencionado, y que pensaría en todo esto.

Así relata nuestro biografiado la célebre profecía que acerca de su futura grandeza hizo el Pbro. Ricardo Knill, y agrega: "La declaración profética tuvo su cumplimiento. Cuando yo tuve el placer de predicar la Palabra de vida en la capilla Surrey, y también prediqué en el primer púlpito del Sr. Hill, en Water-under-Edge, el himno fue cantado en ambos lugares".

Esta profecía acerca de la grandeza futura de Spurgeon, hecha con una anticipación tan grande, seguramente moverá a risa a los escépticos, a los que no pueden aceptar otra cosa que "el natural y lógico desenvolvimiento de las cosas", y que no admiten, en caso alguno, la intervención de lo milagroso; sin embargo, "el tiempo de las profecías no ha pasado, ni cesado la época de los milagros". En incontables ocasiones se efectúan acontecimientos y hechos que no pueden tener una explicación meramente humana y materialista; que permanecerán inexplicables e incomprensibles, si nos empeñamos en arrancarles lo que de maravilloso y sobrenatural tienen. Que los ciegos no puedan ver la brillante luz solar no prueba que deje de

existir el astro rey; y que los sordos no puedan percibir la armonía de la música, no es demostrativo de que este "divino" arte no sea una realidad. Nosotros creemos firmemente, y nos parece que racionalmente, que en multitud de ocasiones tenemos la intervención divina en las cosas humanas; y es más: creemos, como ya hemos indicado, que la innegable grandeza de Spurgeon será incomprendible para los que sistemáticamente se niegan a reconocer que, como ha dicho alguien, "la mano de Dios se encontraba en el timón, dirigiendo la barca de su vida".

Ahora bien, la profecía del Sr. Knill fue como el cambio de frente en la vida de Spurgeon, y en la estimación que de su vida tuvieron sus padres, abuelos, familiares y amigos. No hay padres que dejen de imaginar que sus hijos llegarán a ser eminentes en tal o cual ramo de la actividad humana, y que esperen para ellos grandes cosas; y eso fue lo que sucedió, de una manera muy especial, con la familia de Spurgeon. Desde el momento de aquella profecía, ya no se trataba meramente de un deseo incierto, ni de una esperanza indefinida, sino de algo que tomaba forma y consistencia, y que de ser eso posible, imponía mayores obligaciones y cuidados con respecto al niño.

Y en cuanto a nuestro biografiado personalmente, esa profecía fue un nuevo y poderosísimo incentivo para adquirir una mejor preparación, la preparación que fuera más adecuada para aquella particular labor a la que se había profetizado que se dedicaría. El siempre creyó que las palabras del Sr. Knill habían influido grandemente en su vida. Dice al efecto:

¿Contribuyeron las palabras del Sr. Knill a efectuar su propio cumplimiento? Yo lo pienso así. Yo las creí y miraba al futuro, a la época en que predicara la Palabra. Sentí muy poderosamente que ninguna persona inconversa debía atreverse a entrar en el ministerio. Esto hizo que me sintiera más interesado en buscar la salvación, y más esperanzado en ella; y cuando por la gracia divina pude confiar en el amor del Salvador, no pasó mucho tiempo sin que mi boca comenzara a proclamar la redención efectuada por él.

No obstante sus pocos años, nuestro biografiado se dio cuenta de la importancia y significación de aquella profecía del siervo de Dios; y al regresar a su hogar de Colchester, lo hizo con una gran determinación de progresar cuanto más le fuera posible en sus estudios, y con una nueva y gloriosa visión de la dedicación de la vida futura, de esa vida que tan magnífica, eficiente y fructíferamente había de entregar al servicio de Dios y de los hombres.

2

PRINCIPIO DE LA VIDA CRISTIANA

CON nuevas orientaciones y aspiraciones para su vida, como consecuencia de la impresión recibida por la profecía del Pbro. Knill, Spurgeon regresó a su hogar de Colchester, terminadas que fueron sus vacaciones veraniegas en Stambourne. Regresaba ansioso de adquirir nuevos conocimientos, preparándose así para la obra futura de su vida. Alguien ha dicho que la profecía de Knill había dado a Spurgeon una como a manera de nueva e indestructible vestidura moral, una como coraza que le hacía inmune a los contratiempos y

adversidades de la vida, y que le capacitaba para triunfar de esas adversidades, y para acometer toda obra grande, toda acción noble y levantada. Lo cierto es que no hay filosofía humana que pueda aquilatar el valor que en el ser humano pueden tener palabras como las de aquel siervo de Dios, máxime si se trata de un niño, en quien las impresiones son más profundas y duraderas; y que es imposible fijar el límite de la influencia que ellas pueden ejercer en la vida.

Spurgeon, pues, regresó a Colchester sintiendo esa influencia pesar sobre su vida, y dispuesto. no obstante sus cortos años, a tender y aspirar al mayor encumbramiento. El niño miraba al futuro, al hombre y para él deseaba las cosas mayores y mejores. Con estas ideas y sentimientos, se dedicó a sus habituales estudios. Al poco tiempo de haber regresado se hizo posible que fuera, en unión de su hermano Santiago, el que andando los años de ser consagrado de su gran obra, a Maidstone, donde por espacio de algún tiempo, cursó sus estudios en la afamada escuela industrial de aquel lugar.

Ya por esta época Spurgeon había aumentado el caudal de sus conocimientos. Durante su estancia en Maidstone, ganó premios, y medallas en torneos literarios y en oposiciones sobre materias que se cursaban en el Colegio. Su tesonera persistencia en el estudio, y su prodigiosa memoria, habían desarrollado de tal manera sus poderes mentales que ya comenzaba a singularizarse por su gran capacidad mental.

Un conceptuoso con respecto a esta época de la vida de nuestro biografiado: "Sus condiscípulos afirman que él se caracterizaba por esta época por una práctica y no común observación de todas las cosas. Veía lo que los otros muchachos parecían no notar. De las cosas corrientes obtuvo una valiosa información: de las escenas domésticas, de los campos y los granos, de las más ordinarias circunstancias en los anales de la gente del campo. Las cosas que para otros eran muertas, para él siempre estaban llenas de vida. Los árboles tenían su mensaje, las rocas su lección, y las bestias salvajes sus proverbios. En aquella época hubiera obtenido una instrucción completamente útil, aunque hubiera vivido en un desierto. Muy a menudo se encuentra la mejor instrucción en la observación de los acontecimientos diarios, y en el exacto escrutinio de las cosas más corrientes".

En 1849 su padre pudo conseguir, a costa de muchas gestiones, que Carlos pudiera ingresar, en carácter de sota-maestro, en la famosa escuela que en Newmarket dirigía el Sr. Swindel, a la vez que aumentaba sus conocimientos, sobre todo en griego, latín y francés. Encontrándose en este Colegio, y cuando sólo contaba quince años de edad, nuestro biografiado escribió un ensayo sobre "El Papado", en opción a un premio; y aunque, después de mucha demora y discusión no se le adjudicó el premio, su trabajo fue calificado de magnífico, y mereció los honores de que el mismo caballero que había ofrecido el premio, considerando lo valioso que resultaba su trabajo, le obsequiara con una buena cantidad de dinero.

Uno de los internos de aquel colegio, que luego llegó a ser un renombrado profesor, el Dr. J.D. Everett, nos da la siguiente descripción del joven Spurgeon:

Vivíamos en la misma casa, ocupábamos la misma habitación, dábamos juntos nuestros paseos, discutíamos nuestras comunes dificultades, y éramos los mejores amigos. El era más bien pequeño y delicado, con rostro pálido, pero lleno, ojos y pelo oscuros, de maneras vívidas y brillantes, con un incesante manantial de conversación. Era más bien de

músculos débiles, no se ocupaba de los juegos atléticos, y era muy tímido cuando encontraba ganado en el camino.

Había sido bien educado en una familia de fuertes tendencias puritanas y era proficiente en las materias que se enseñaban en las clases medias de los colegios de aquellos días. Sabía algo de griego, bastante latín para obtener el sentido general de la Eneida de Virgilio sin necesidad de diccionarios, y sentía gran inclinación por el álgebra. Era un muchacho experto y hábil en todo género de libros de conocimientos; y, a juzgar por los relatos que me hizo de las experiencias que tuvo en el establecimiento de su padre, era también hábil en los negocios. Resultaba un cuidadoso observador de los hombres y las cosas, y muy exacto en sus juicios. Se regocijaba en una jarana, pero era honrado, trabajador y estrictamente consciente.

Tenía una asombrosa memoria para pasajes de la oratoria, la que admiraba, y acostumbraba a recitarme trozos de conferencias, de vívida descripción, que había oído al ministro congregacional, Sr. David, en la feria de Colchester. Le he oído también recitar grandes trozos del libro "Gracia Abundante" de Juan Bunyan.

Parece que desde antes de venir a Newmarket, no obstante sus cortos años, la duda le asaltó en lo que respecta a las cuestiones religiosas y que se sintió inclinado al libre pensamiento. Seguramente será interesante para el lector conocer su propio testimonio acerca de esta obscura fase de su vida. Predicando en "Exeter Hall" el 18 de mayo de 1855, dice a este respecto:

Quizá haya aquí esta noche alguno que haya venido sin fe, un hombre guiado por la razón, un libre pensador. Para él no tengo argumento en lo absoluto. No me propongo estar aquí como un controversista, sino como predicador de cosas que sé y que siento. Pero yo también he sido como él. Hubo una hora mala en la que yo solté el ancla de la fe; corté el cable de mi creencia; que yo no me amarré firmemente a la costa de la revelación; permití que mi bajel fuese llevado por los vientos; que dije a mi razón: "sé tú mi capitán", dije a mi cerebro: "sé tú mi piloto"; y me embarqué en un viaje loco. Gracias a Dios, todo ha pasado ya; pero os contaré sí la breve historia. Fue un rápido navegar por sobre las aguas del libre pensamiento. Fui adelante, y a medida que adelantaba, los cielos comenzaron a oscurecerse; pero para contrarrestar esa deficiencia, las aguas se hicieron luminosas, con brillantes coloraciones. Vi chispas que iban hacia arriba, y que me agradaron, y pensé: "si éste es el libre pensamiento, es una cosa magnífica". Mis pensamientos parecían gemas, y derramaba las estrellas con entre ambas manos; Pero a poco, en lugar de estas coruscaciones de gloria, vi torvos demonios, fieros y horribles, levantarse de las aguas, y a medida que yo me hundía, ellos gruñían y me hacían visages; echaron mano a la proa de mi embarcación y me arrebataron, mientras que yo, en parte me alegraba de la rapidez de mi moción; sin embargo, temblé de la terrible rapidez con que pasaba los límites de mi fe. Mientras iba adelante velozmente, comencé a dudar de mi propia existencia; dudé que existiera el mundo; dudé que hubiera algo que fuera yo mismo, y llegué muy cerca de los áridos terrenos de la incredulidad. Llegué al mismo fondo del mar de la incredulidad. Dudé de todo. Pero aquí el diablo se engañó a si mismo; porque la misma extravagancia de la duda probó su absurdo. En el momento que llegué al fondo del abismo, oí una voz que decía: ¿pero puede ser cierta esta duda?" A este mero pensamiento desperté. Me levanté de ese sueño de muerte, que Dios sabe que pudo condenar mi alma y arruinar este mi cuerpo, si no hubiera despertado. Cuando me levanté, la fe me hizo volver atrás; la fe gritó "¡Atrás! ¡Atrás!" fijé mi ancla en el calvario levanté mis ojos a Dios; y heme aquí vivo y fuera del infierno. Por lo tanto habló lo que sé. He efectuado ese peligroso viaje; he llegado salvo a tierra.

¡Pedidme que vuelva a ser un incrédulo! No, ya he probado eso; al principio era dulce, pero después muy amargo.

Esta es la manera brillante en que Spurgeon, con aquella elocuencia que le era característica, habla de aquellos días de intranquilidad y lobreguez que pasó en los férreos e hirientes brazos del gélido indiferentismo de ese mal llamado "Libre pensamiento"; de ese monstruo que en múltiples ocasiones se viste con el más hermoso ropaje, y se transfigura en ángel de luz, para mejor engañar a los incautos, y sumirlos en la tristeza y en el dolor; de aquella indiferencia que nada crea que nada da, pero una providencia que vela, que vela por los escogidos y que, aunque a veces permite que se extravíen en el camino, cuando llega el momento de peligro real, traba de las manos y los saca con bien de "trance tan agudo". Y así Spurgeon, para quien Dios en sus inescrutables propósitos había preparado grandes cosas, fue no sólo salvado del indiferentismo, sino también ganado para el servicio.

La familia de Spurgeon vivía por este tiempo en Colchester, donde el padre dedicaba las horas de trabajo al comercio, a la vez que predicaba todos los domingos en Tollesbury, de cuya pequeña congregación era pastor. Nuestro biografiado parece que tenía la costumbre de asistir a la Iglesia de su padre, siempre que para ello tenía oportunidad; pero el domingo 15 de diciembre del año del señor de 1850 no pudo hacerlo así a causa del intenso frío que hacía, y la gran nevada que caía. En vista de ello, y seguramente guiado por la providencia de Dios, dirigió sus pasos por otros rumbos, en busca de un lugar donde pudiera oír la predicación del Evangelio. Pero, dejemos que él mismo nos relate la trascendente y bendita experiencia de su conversión.

Yo puedo recordar el tiempo en que mis pecados me salían a la cara. Me consideraba el más maldito de todos los hombres. Yo no había cometido grandes transgresiones contra Dios; sino que recordaba que había sido bien educado e instruido, y por eso pensaba que mis pecados eran mayores que los de otras personas. Clamé a Dios pidiendo misericordia, pero temía que no me perdonara. Un mes tras otro clamé a Dios, pero él parecía no oírme, y yo no sabía lo que significaba ser salvo. Algunas veces estaba tan cansado del mundo, que deseaba morir; pero entonces recordaba que había un mundo peor después de éste, y que sería funesto para mí presentarme ante el Señor sin estar preparado para ello. En ocasiones llegué a pensar malvadamente que Dios era un tirano sin corazón, porque no contestaba mis oraciones; y otras ocasiones pensaba que merecía su disfavor; "si me envía al infierno será justo". Pero recuerdo la hora en que entré en un lugar de adoración, y vi a un hombre alto y delgado en el púlpito nunca lo he vuelto a ver desde aquel día y probablemente no lo volveré a ver hasta aquel día en que nos encontremos en el cielo. Abrió su Biblia y leyó con débil voz, "Mirad a mí y sed salvos todos los términos de la tierra; porque yo soy Jehová y fuera de mí no hay otro". ¡Ah! pensé para mí, yo soy uno de los términos de la tierra; y entonces aquel hombre, volviéndose y fijando sus ojos en mí, dijo: "¡Mira, mira, mira!" Bien, pensé, yo creía que tenía que hacer mucho, pero allí aprendí que solamente tenía que *mirar*. Había pensado que tenía que fabricarme mi propia vestidura; pero, vi que, si miraba a Cristo, él me daría una vestidura. Mirad, pecadores, esa es la manera de encontrar la salvación. Mirad a él todos los términos de la tierra y sed salvos...

Os contaré cómo yo fui llevado al conocimiento de esa verdad. Pudiera suceder que al contaros esto, alguno otro pudiera ser traído a Cristo. Dios tuvo a bien convencerme de mi pecado en mi niñez. Viví como una miserable criatura, sin encontrar esperanza que me consolara, pensando que Dios seguramente no me perdonaría. Al fin, lo peor llegó a lo peor, yo me encontraba ser un miserable, y apenas podía hacer nada. Mi corazón estaba roto en

pedazos. Por espacio de seis meses oré, oré en la agonía, con todo mi corazón, y nunca obtuve una respuesta. Determiné visitar en el lugar donde vivía, todos los lugares de adoración, a fin de encontrar el camino de la salvación. Me sentía dispuesto a hacer cualquier cosa, con tal de que Dios me perdonara. Salí determinado a visitar las capillas, y fui a todos los lugares de adoración; y aunque venero a los hombres que ocupan estos púlpitos ahora, y entonces también los veneraba, estoy obligado a decir que ninguno de ellos predicaba completamente el Evangelio. Con esto quiero decir que ellos predicaban la verdad, grandes verdades, muchas y buenas verdades, propias para sus congregaciones, compuestas de personas de mente espiritual; pero lo que yo deseaba saber era: "¿Cómo puedo obtener que mis pecados sean perdonados?" Y ellos nunca me dijeron. Yo quería saber cómo un pobre pecador, bajo la convicción de pecado, podía encontrar paz para con Dios; y cuando fui oí un sermón sobre "no os engaños, Dios no puede ser burlado", que me puso en peores condiciones, pero que no me enseñó cómo podía yo escapar. Fui otro día y el texto fue algo acerca de la gloria de los justos; nada para el pobre de mí. Yo me parecía al perro que está de bajo de la mesa, a quien no se permite comer de los manjares de los hijos. Fui una y muchas veces, honradamente puedo decir que no recuerdo haber ido nunca sin orar a Dios, y estoy seguro que nadie estaba más atento que yo, porque deseaba grandemente comprender cómo podía ser salvo.

Al fin un día -nevó tanto que no pude ir al lugar donde había determinado ir, y me vi obligado a detenerme en el camino, y ésta fue una bendita detención- encontré una calle bastante oscura, volví una plaza y me encontré con una pequeña capilla. En la capilla de los Metodistas Primitivos. A muchas personas había oído hablar de esta gente, y sabía que cantaban tan alto que su canto daba dolor de cabeza; pero no me importaba. Quería saber cómo podía salvarme, y no me importaba que me diera dolor de cabeza. Así que me senté y el servicio continuó, pero no vino el predicador. Al fin, un hombre de apariencia muy delgada, el Pbro. Roberto Eaglen, subió al púlpito, abrió la Biblia, y leyó las palabras: "Mirad a mí todos los términos de la tierra y sed salvos". Entonces, fijando sus ojos en mí, como si me conociera, dijo: "Joven, tú estás en dificultad". Sí, yo estaba en gran dificultad. Continuó: "nunca saldrás de ella mientras no mires a Cristo". Y entonces, levantando sus manos, gritó como creo que sólo pueden gritar los Metodistas Primitivos: "Mira, mira, mira". "Sólo hay que mirar" dijo. Y en ese momento vi el camino de la salvación Oh! ¡Cómo salté de gozo en aquel momento! No sé si otra cosa dijo. No presté mucha atención eso, tan poseído estaba por aquella sola idea. Cuando la serpiente fue levantada en el desierto, el pueblo sólo tenía que mirar para curarse. Yo estaba esperando para hacer lo que correspondiera, pero cuando oí esta palabra, "mira", qué agradable me pareció! Oh, miré hasta casi saltármeme los ojos y en el cielo seguiré mirando en mi indecible gozo.

Nuestro biografiado contaba en estos momentos quince años y seis meses. Por el corto número de sus años, por la magnífica educación moral y religiosa que había recibido, por la vida que había vivido, entregado casi exclusivamente a sus estudios, y por lo que se nos dice de su carácter recto y noble, sabemos que nunca pudo ser inculcado de grandes pecados, de pecados groseros y repugnantes. Su pecado era por herencia, más bien que por tendencia. Sin embargo, había sentido con toda la intensidad de su joven naturaleza, la necesidad del perdón y de la salvación que son en Cristo Jesús; y su conversión fue tan real, tan profunda y todo absorbente, que transformó toda su vida, haciéndose notable para todos. Tan exacta es esta aserción, que algunos de sus mejor documentados biógrafos afirman que los amigos y familiares de Spurgeon, para quienes permanecía ignorado el hecho de su conversión, se dieron cuenta inmediatamente de que algún acontecimiento trascendental, vitalísimo, había tenido efecto en su vida.

Acerca del ministro que fue el instrumento en las manos de Dios para la conversión de Spurgeon, por las investigaciones llevadas a cabo por el Sr. Danzy Sheen, que escribió un magnífico folleto sobre la vida del gran predicador, sabemos lo siguiente: Que el Pbro. Roberto Eaglen era un ministro Metodista Primitivo, que hacía trabajo itinerante en el circuito de Ipswich en los años 1850-51, en cuyo distrito Colchester era una misión; que predicó en la capilla de este lugar el domingo 15 de diciembre de 1850; que por causa de la fuerte nevada llegó a la capilla mucho después de la hora señalada para el comienzo del servicio; que predicó sobre el texto de Isaías 45:22. Muchos años después, el Pbro. Tomás Lowe presentó el Sr. Eaglen a Spurgeon indicando a éste que aquel era su padre espiritual. A primera vista Spurgeon no lo había conocido, porque Eaglen había engruesado mucho y no era ni tan alto ni tan pálido, sin embargo se regocijó mucho, y dijo que "nunca había esperado ver el rostro de este predicador hasta la mañana de la resurrección".

Inmediatamente después de su conversión, sintió nuestro joven el anhelo intenso de ocuparse en el servicio de Dios, para el servicio de los hombres. Todos los que han relatado la historia de su vida están contentos en afirmar que Spurgeon se dedicó con todo entusiasmo al trabajo del Señor. Trabajaba entre los niños de la Escuela Dominical, "dándoles una enseñanza tan agradable e instructiva, que se captó su simpatía, a tal extremo que tan pronto le veían le rodeaban llenos de afecto". Pero el trabajo a que con mayor empeño se dedicaba, era la repartición de tratados religiosos, para lo cual visitaba durante las horas de la tarde, después de terminar sus labores en el colegio, casa por casa, entregando sus folletos y hablando, siempre que tenía ocasión, acerca del plan de salvación.

Es imposible ponderar los beneficios que produce esta labor de profusa repartición de páginas religiosas; porque cada una de esas páginas, muchas veces, resulta sermones predicados y vueltos a predicar, que llevan siempre algún mensaje espiritual a los hombres. Si pudiera escribirse un libro al efecto, sería muy interesante y maravilloso conocer la obra salvadora que ha producido en el mundo la página evangélica. ¡Cuántas y cuántas personas han encontrado el camino que conduce a Cristo y a su Iglesia, por medio de estos predicadores silenciosos! Y luego, ¡ese es un buen trabajo que todos pueden llevar a cabo! No todos los cristianos pueden ser predicadores, o autores, o maestros en la Escuela Dominical; no todos pueden ser misioneros, o efectuar una labor grande y difícil en el entronizamiento del Reino de Cristo en el corazón de los humanos; pero todos, aun los más humildes, los menos preparados intelectualmente, pueden efectuar este trabajo tan importante y magnífico. Y Spurgeon, que en aquellos momentos creía no poder hacer otra cosa que esto y ayudar a los niños, se entregaba a él con toda intensidad y consagración.

Otra cosa que preocupó grandemente a nuestro biografiado fue la necesidad en que se encontraba de unirse con alguna Iglesia Cristiana. Ya sabemos que su abuelo y su padre eran Ministros Congregacionales, y que toda su familia pertenecía a esta denominación. Sin embargo, después de meditarlo mucho, estudiarlo en la Palabra de Dios, con oración, determinó unirse a una Congregación Bautista, por creer que las Iglesias Bautistas eran las que más se acercaban al dechado del Nuevo Testamento. Y para unirse a una de estas Iglesias, pidió y obtuvo permiso de sus padres. Pero dejemos que él mismo no relate todo lo que con esto tiene relación. Escribiendo en su revista, en el número correspondiente al mes de abril de 1890, dice al efecto:

En enero de 1850 pude, por la gracia divina, echar mano de Cristo como mi Salvador. Siendo llamado por la providencia de Dios, a vivir en Newmarkel como sota-maestro en un colegio, traté de unirme la Iglesia de creyentes de aquel lugar; pero de acuerdo con mi lectura

de las Sagradas Escrituras el creyente debe ser sepultado con él en el bautismo y así entrar en su pública vida cristiana. Me puse a buscar un Ministro Bautista y no pude encontrar uno más cerca de Isleham, en el condado Fen, donde residía un cierto W. W. Cantlow, que anteriormente había sido misionero en Jamaica, pero que entonces era pastor de una de las Iglesias Bautistas de Isleham. Mis padres deseaban que yo siguiera mis propias convicciones, el Sr. Cantlow lo preparó todo para bautizarme, y el que me tenía empleado me dio un día libre a ese propósito.

Yo nunca podré olvidar el día 3 de mayo de 1850 era el día del cumpleaños de mi madre, y yo mismo me encontraba a pocas semanas de cumplir diez seis años de edad. Me levanté temprano a fin de tener unas horas tranquilas para la oración y la dedicación a Dios. Después tenía que caminar una ocho millas para poder llegar al lugar donde había de ser sumergido en el nombre de la Trinidad, de acuerdo con el sagrado mandamiento. No era en lo absoluto un día caluroso, y por eso mucho mejor para la caminata de dos o tres horas, lo que me agradó mucho. La contemplación del risueño rostro del Sr. Cantlow fue un premio a esa caminata. Me parece ahora ver al buen hombre, y las blancas cenizas del fuego junto al cual nos detuvimos y hablamos acerca del solemne acto que íbamos a realizar.

Fuimos juntos al embarcadero, porque los amigos de Isleham no se habían degenerado hasta el extremo de practicar la inmersión en el interior, en un baño hecho por el arte del hombre, sino que usaban el más amplio bautisterio del río que corría.

El embarcadero de Isleham, en el río Lark, es un lugar muy tranquilo, a media milla de la población, y poco turbado por el tráfico en cualquiera época del año. El mismo río es una hermosa corriente, que separa a Cambridgeshire de Suffolk. La casa del embarcadero, que en la fotografía se encuentra oculta por los árboles, se abre libremente para las conveniencias del Ministro y candidato, en el acto del bautismo. Cuando la barca está atracada, para reparaciones, el ministro se sitúa en ella, cuando el bautismo se efectúa entre semana, y hay pocos espectadores presentes. Pero en el día del Señor, cuando se reúnen grandes multitudes, el predicador de pie en una barca en el centro del río, predica la Palabra a las gentes que se encuentran en ambas riberas. Esto puede hacerse fácilmente porque el río no es muy ancho. Donde se ven tres personas de pie, es el lugar por donde generalmente se entra en el agua. Pronto se encuentra la profundidad conveniente, con buen fondo, y así, el hermoso acto se efectúa en un hermoso río. Ningún accidente ha venido a interrumpir el acto. En siete u ocho millas el Lark sirve por lo menos a cinco Iglesias Bautistas; y por nada dejarían ellas de bautizar en él.

A mí me pareció que había una gran concurrencia en aquel día entre semana. Vestido, creo, con una chaqueta y un cuello e niño, doblado hacia abajo, estuve en el servicio previo a la ordenanza; pero he olvidado todo lo concerniente a él; porque mis pensamientos estaban todos en el agua, unas veces con el Señor en gozo, y otras veces conmigo mismo en gran temor, al hacer esa profesión pública.... Era una nueva experiencia para mí, no habiendo visto nunca un bautismo. El viento bajó al río, con ráfagas cortantes, cuando llegó mi turno e entrar en el agua; pero después de haber caminado unos pasos y notado la gente que se encontraba en la barca, en botes y en ambas riberas, me sentí como si el cielo, la tierra y el infierno me estuvieran contemplando; porque no me sentía avergonzado de señalarme entonces y allí, como un seguidor del Cordero. La timidez había desaparecido y muy pocas veces vuelto a sentir desde entonces. En aquel río Lark perdí mis temores, y me convencí de que en la guarda de los mandamientos hay gran premio. Ese fue un día triplemente feliz para mí. Bendito sea el Señor

por su bondad perseverante que me permite ir con regocijo de todo esto después de cuarenta años.

Y como temiendo que alguna persona pudiera extrañarse de que toda su familia Congregacional, él se uniera con una Iglesia Bautista, agrega:

Si alguno pregunta por qué fui bautizado así, contesto: porque creí que ese bautismo era la ordenanza de Cristo, muy especialmente unida a él por la fe en su nombre. "El que creyere y fuere bautizado, será salvo". Yo no tenía ninguna idea supersticiosa acerca de que el bautismo me salvara, porque ya yo estaba salvado. No buscaba que mis pecados fueran limpiados por el agua, porque creía que mis pecados habían sido perdonados por la fe que es en Cristo Jesús. Sin embargo, yo consideraba el bautismo como un indicio de la limpieza del creyente, el emblema de su sepultura con el Señor, y el testimonio externo de Su nuevo nacimiento. Yo no confiaba en él, sino que, porque confiaba en Cristo como mi Salvador, me sentí obligado a obedecerle como mi Señor, y seguir el ejemplo que me dio en el Jordán, en su bautismo. No cumplí con la ordenanza externa para unirme. A un partido y hacerme Bautista, sino para ser un cristiano conforme al dechado apostólico, porque ellos, cuando creyeron fueron bautizados.

El, como millares y millares antes y después, no se bautizaba impulsado por un espíritu sectario y partidista, sino porque a ello le obligaba una conciencia recta; pero esa cuestión de conciencia trae consigo, imprescindiblemente, la cuestión sectaria, en el sentido de la unión con una secta; porque las convicciones religiosas no pueden ser acalladas, ni ocultadas. Su corazón anhelaba intensamente obedecer al Señor en todo lo que ha mandado, y tal como lo ha mandado; y de acuerdo con ello, su conciencia, que no era elástica y acomodaticia, le obligaba a unirse con aquel pueblo cristiano que en todo quiere seguir las pisadas del Maestro, aun cuando ello le traiga dificultades.

Spurgeon se bautizó en una Iglesia Bautista con el consentimiento paterno, pues aunque él hubiera deseado que su hijo permaneciera bajo el palio de la Iglesia Congregacional, tenía suficiente respeto a la conciencia ajena para dejar a su hijo actuar con libertad. Sin embargo, su buena madre, tan pronto se efectuó el bautismo de Carlos, le dijo un día: "Hijo, siempre he orado a Dios que te convirtiera; pero nunca le pedí que te hiciera bautista". Y nuestro biografiado, de aquella manera que le era característica, y con una cariñosa confianza, le contestó: "Sí, madre, pero Dios es tan bueno, que siempre da más de lo que le pedimos".

Después de permanecer en Newmarket un año, Spurgeon obtuvo una plaza de maestro en Cambridge, ciudad donde se encuentra una de las célebres universidades inglesas. En esta ocasión fue a prestar sus servicios en la escuela que, para la instrucción de jóvenes internos, había abierto poco antes el Sr. Guillermo Leeling, consagrado Bautista con quien ya anteriormente había estado en relación, y de quien muchos piensan que tuvo una grande y decidida influencia en la anterior determinación de nuestro biografiado. Aquí sus atenciones no eran tan arduas como lo habían sido hasta ahora, y nuestro joven, codeándose con brillantes estudiantes, y saturándose en una atmósfera de intensa intelectualidad, pudo entregarse más y mejor a sus estudios favoritos.

Allí, en Cambridge, Carlos H. Spurgeon, sintiendo en lo más profundo de su ser el divino llamamiento a una vida consagrada al servicio del Señor, dio comienzo a aquel ministerio tan intenso y absorbente, tan lleno de trabajos y de éxitos, que singularizó su vida tan

hermosamente, permitiéndole llegar a las más elevadas cumbres de la eficiencia, y por ella, de la fama.

3

COMIENZO DE SUS LABORES

A su llegada a Cambridge, Spurgeon se unió con la Iglesia Bautista de la calle San Andrés, llevando al efecto una carta de traslado. Esta Iglesia, de larga y honrosa historia había tenido, épocas de gran florecimiento, bajo el pastorado de los célebres Roberto Robinson y Roberto Hall, hombres eminentes y de grandísimo prestigio, dentro y fuera de su denominación, y que a profundos conocimientos y gran elocuencia tenían una singular piedad y una consagración inalterable. Uno de estos dos hombres, Roberto Hall, había sido uno de los predicadores más eminentes de la época, que con el poderoso influjo de su palabra, había congregado en su Iglesia lo más selecto de la población, y llegado a multitud de corazones. El nombre de Roberto Hall, seguramente era recordado por muchos miembros de la Iglesia, cuando nuestro biografiado se unió a ella, si no por un conocimiento personal y directo, por lo menos, por su fama y la magnífica influencia que había dejado tras de sí.

La característica de esta Iglesia, durante muchos años, fue su gran actividad en el servicio del Maestro, teniendo una bien conocida Asociación de Predicadores Laicos, la que atendía a la predicación del Evangelio en muchos lugares, en los que por su pobreza o aislamiento, se hacía imposible que en ellos radicarán ministros. La magnífica obra efectuada por esta Asociación, fue realmente incalculable, no sólo por el número de lugares donde hacía conocer el mensaje del Evangelio, cosa que de otra manera quizá hubiera sido imposible, sino también por el beneficio intelectual, preparatorio y espiritual de los jóvenes predicadores, y el bien que hacía al alma de los que escuchaban estas predicaciones. Verdaderamente, la predicación laica, cuando es bien organizada Y dirigida, no puede por menos que producir buen fruto; y es una lástima grande que en nuestras iglesias, un número considerable de las cuales son numerosas y fuertes, y cuentan con elementos que las capacitan para rendir un hermoso trabajo, no se utilicen en este sentido los talentos de tantos jóvenes cristianos, consagrados y fieles, que seguramente rendirían un hermoso trabajo en el servicio de Dios y de los hombres.

Desde su misma llegada a Cambridge, Spurgeon se unió a esta Asociación de Predicadores Laicos, aunque él todavía no había predicado nunca. En esta época, según nos informa un escritor, el tiempo de nuestro joven se distribuía de la siguiente manera: se levantaba muy temprano, para dedicar las horas de la mañana a sus devociones y estudios; luego se ocupaba en las labores del colegio, hasta las cuatro de la tarde; y casi todas las noches concurría a algún servicio religioso, generalmente dirigido por algún miembro de la Asociación de Predicadores Laicos. Y los domingos, "el Día del Señor, eran muy ocupados para Spurgeon. La obra de Escuela Dominical le atraía grandemente, y en ella pronto se singularizó. Se hizo cargo de clases en distintas Escuelas Dominicales; y por su carácter afable y cariñoso, y la magnífica instrucción que daba a los niños, éstos llegaron a quererle y a considerarle como un verdadero amigo. Muy a menudo se le veía rodeado de niños compartiendo muchas veces sus juegos, divirtiéndoles a la vez que trataba de instruirles.

En el trabajo de la Escuela Dominical se singularizó por las pláticas que en ella pronunciaba y las que llegaron a darle cierto renombre en la población. Sus biógrafos nos dicen

que a menudo era invitado a ir a las aldeas inmediatas a hacer estas pláticas, y él mismo habla de ello, como veremos inmediatamente. Como otros muchos antes y después de él, la Escuela Dominical fue el campo donde dio sus primeros pasos en la vida ministerial. La manera en que predicó su primer sermón, la relata él de la siguiente manera:

Recordamos muy bien el primer lugar en que hablamos a una congregación de adultos. Esa no fue nuestra primera plática en público, ni con mucho, porque tanto en Newmarket como en Cambridge, y en otros lugares la Escuela Dominical nos había ofrecido amplio campo para hablar del Evangelio. En Newmarket, sobre todo, teníamos un considerable número de personas mayores en el auditorio, porque muchas venían para oír "al muchacho" pronunciar su conferencia ante la, escuela. Pero nunca nos habíamos dirigido a una congregación regular, reunida para la adoración, hasta que una tarde memorable, nos encontramos en una cabaña en Teversham, dirigiéndonos a una asamblea de humildes villareños.

Tal cosa no es nueva. Un número de hermanos dignos predicaban el Evangelio en los distintos pueblos que rodean a Cambridge, tomando cada uno de ellos su turno, de acuerdo con un plan. El lunes, el genio que presidía era el venerable Sr. Santiago Vinter, a quien acostumbábamos a llamar "Obispo Vinter"....

Un sábado habíamos terminado nuestro trabajo de la mañana en la escuela, y los niños se dirigían a sus casas para el medio día de descanso, cuando vino el antes dicho "Obispo", a pedirnos que fuéramos a Teversham el siguiente domingo por la tarde, porque allí había de predicar un joven que no estaba muy acostumbrado a hacerlo, y que seguramente se alegraría mucho de que alguien le acompañara. Esa fue una ocasión hábilmente preparada, si la recordamos bien, y creemos que sí; porque en aquel momento, a la luz de aquella tarde reveladora de Domingo, admiramos grandemente su ingenuidad. Una petición de ir a predicar, hubiera obtenido una rotunda negación; pero meramente acompañar a, un buen hermano a quien no agradaba estar solo, y que probablemente me pediría que leyera un himno, o que orase, no era un trabajo tan difícil, y la petición, entendida de esa manera, es alegremente aceptada. Nada sabía el joven criado lo que Jonathan y David estaban haciendo cuando se le mandó a recoger la flecha, y de la misma manera, muy poco sabíamos nosotros el por qué se nos lisonjeaba al pedirnos que acompañáramos a aquel joven a Teversham.

Nuestra obra de Escuela Dominical había terminado y ya habíamos tomado el té, cuando partimos, a través de Barnwell, y a lo largo del camino de Newmarket, con un joven algo mayor que nosotros. Hablamos de cosas buenas y al fin expresamos nuestro deseo de que él sintiera la presencia de Dios mientras predicaba. Nuestro compañero pareció extrañarse, y nos aseguró que jamás había predicado en su vida, y que no podía hacerlo; y agregó que él entendía que su joven amigo, el Sr. Spurgeon, había de hacerlo. Este era un nuevo aspecto de la situación, y yo sólo pude contestar que no era ministro, y que aunque lo hubiera sido, no estaba preparado. Mi compañero repitió, de la manera más enfática, que él no era predicador, que me ayudaría en cualquiera otra parte del servicio, pero que no habría sermón a menos que yo predicara. Me dijo que si yo repetía una de mis pláticas de Escuela Dominical, que vendría muy bien para aquella pobre gente, y que probablemente lo satisfaría más que el bien preparado sermón de un teólogo. Sentí entonces que estaba obligado a hacer tal cosa, de la mejor manera posible. Seguí caminando silenciosamente, levantando mi alma, a Dios, y me pareció que seguramente yo podría, hablar a unos pobres campesinos de la dulzura y del amor de Jesús, porque yo sentía ambas cosas en mi corazón. Pidiendo la divina ayuda, determiné hacer una tentativa. Mi texto sería, "para vosotros, pues, que creéis, él es precioso", en la esperanza de que Dios abriría mis labios para la gloria de su Hijo. Me parecía que ese era

un gran peligro y una seria prueba; pero confiando en el poder, del Espíritu Santo, por lo menos les diría la historia de la cruz, para evitar que la gente se fuera a sus hogares sin oír el Evangelio.

Entramos en la habitación de poco elevado de la cabaña, donde se habían reunido unos pocos y sencillos campesinos con sus esposas; cantamos, oramos y leímos las Escrituras, y luego vino nuestro primer sermón. Si fue largo o corto, no lo podemos recordar ahora. Pero no fue un trabajo la mitad difícil de lo que nos había parecido que sería; pero nos alegramos de haber llegado a una buena conclusión y de poder cantar un himno. Para nuestro propio regocijo, no habíamos fallado al principio, ni detenido demasiado en el medio ni nos habíamos encontrado desprovistos de ideas, y el deseado fin estaba a la Vista.

La predicación de nuestro joven, no obstante no haberse preparado al efecto, agradó mucho a aquel grupo de campesinos. Aquella predicación que no fue otra cosa que la traducción en palabras audibles de los profundos sentimientos que se anidaban en su corazón, tenía una nota tan mareada de sinceridad de devoción al Maestro del entusiasmo de su alma juvenil, rendida absolutamente a Cristo, que no podía dejar de hacer impresión en aquellos oyentes, gente humilde, pero cristianos fervorosos. Su corazón estaba lleno del amor de Dios, y la historia de la cruz era espiritualmente hermosa para él, ya que por ella había encontrado la paz y la salvación; y así, hablando de la abundancia del corazón, sus palabras habían de tener eco en el corazón de los que le escucharon.

Personas que oyeron a nuestro biografiado por esta época, afirman que "su predicación de aquellos días profetizaba que llegaría a ser tan poderoso y popular predicador", y que abundaba en ilustraciones, tomadas generalmente de las matemáticas y la geografía. Por su unción la natural fluidez de sus palabras, la vehemencia con que hablaba, y todas aquellas otras cualidades que constituyen al verdadero orador, Spurgeon, aunque en aquellos momentos necesitaba, como es natural, mucho mejoramiento, pulirse mucho, y crecer en experiencia, anunciaba, no obstante, que había de llegar a ser grande como orador sagrado.

Habiéndose roto el hielo, nuestro joven continuo predicando en las distintas misiones que se encontraban a cargo de la Asociación de Predicadores Laicos, a la vez que seguía atendiendo a su trabajo en la Escuela Dominical. En esta predicación ponía tanto entusiasmo, tanto de su propia alma, que muy pronto después de su primer sermón en Teversham, la fama del "niño predicador", como muchos le llamaban, comenzó a extenderse por los campos y las aldeas que rodeaban a Cambridge; y de todas partes recibía invitación para la predicación del Evangelio.

El Dr. H. L. Wayland dice que, "sus servicios eran demandados en todas las villas que rodeaban a Cambridge, aunque las condiciones materiales de las iglesias eran tales que sus labores fueron recompensadas sólo con mucha experiencia. A menudo las necesidades de las congregaciones pesaban mucho en sus simpatías y en su bolsa. El ha relatado que una vez, en una noche lluviosa, después de haber caminado algunas millas para llegar a un poblado, se encontró con que nadie se había atrevido a salir de su hogar; entonces, envuelto en su impermeable, llevando su linterna en la mano, fue de casa en casa, invitando, incitando a la gente para que fueran a oír el Evangelio; y que así pudo, reunir una pequeña congregación". Esto demuestra la intensidad con que se entregaba a la predicación, y el profundo anhelo que sentía de ser de utilidad a las almas de sus semejantes. En efecto, la historia de su vida pone de manifiesto que desde el mismo comienzo de su vida cristiana, sintió el deseo de ser útil en el servicio de Cristo.

Y este deseo de servicio no es, en ninguna manera, insólito ni extraño en la vida cristiana. Por el contrario, ello es una cosa perfectamente lógica y natural, cuando el alma, sintiéndose perdonada y salvada, se rinde a Cristo, no sólo para adorarle, sino también para trabajar en su nombre. La gran mácula del asceticismo ha sido ésta precisamente: que con una gran apariencia de ansia de santidad, ha habido en él, en realidad, un gran fondo de egoísmo personal, con menosprecio de toda otra consideración. En todas las épocas de la historia de la Iglesia Cristiana, el discípulo de Cristo mejor ha servido a su Maestro y Señor, cuanto más ha servido a sus semejantes. Vivir en las apartadas regiones, en la profundidad de las cuevas, en la altura de las montañas, donde existe la imposibilidad material de pecar, cuando con ello se dice buscar solamente la santidad, podrá señalar una cobardía, pero nunca una virtud. La virtud está en vivir en el mundo, pero no de acuerdo con el mundo, para poder salvar al mundo. El entrar en el servicio activo del Maestro es característica esencial y lógica de las almas redimidas y salvadas. Estas almas, porque han sido salvadas, quieren ser el instrumento de la salvación de otros; porque el espíritu cristiano es esencialmente altruista, y quiere para otros el bien que para sí ha encontrado. En el cristiano, el gozo de la salvación es tan real e intenso, que se desborda y se manifiesta en el ansia sincera de hacer a otros copartícipes de ese gozo.

En el año 1850, cuando sólo contaba con unos pocos meses de experiencia como predicador, nuestro biografiado fue llamado al pastorado de la Iglesia Bautista Waterbeach, lugar cercano a Cambridge, y que era una de las diez estaciones que atendía la Asociación de predicadores Láicos de aquel lugar. Spurgeon tenía entonces diez y ocho años de edad y, no obstante su juventud, se había significado tanto por su sólido carácter cristiano, y por su elocuencia como predicador, que su llamamiento al pastorado fue por el voto unánime de la iglesia. Y nuestro joven, que no estaba pagado de sí mismo y que ambicionaba iglesias fuertes y campos extensos, en populosas ciudades, o en ricos distritos sino más bien creía que se le hacía un gran honor al llamársele a ese pastorado, aceptó pronta y alegremente el llamamiento.

Todos los campos son buenos para el obrero del Evangelio, porque en todos los campos hay seres que necesitan el mensaje del evangelio y almas que salvar. Creyendo tal cosa, el que se entrega a esa obra de rescatar almas, que es la más noble y santa que pueda llevarse a cabo, se sentirá satisfecho en cualquier campo a dónde el Señor le envíe, y en él, contando con el auxilio divino, seguramente efectuará una buena labor en el nombre del Señor. Spurgeon, según la unánime opinión de sus biógrafos, fue siempre un hombre humilde, aun en los días de su mayor grandeza y esplendor, y no se avenía con su carácter el sentir desprecio por sus pequeñas congregaciones. Lo único que ansiaba con toda la intensidad de su alma era predicar el Evangelio, y esto podía hacerlo con igual entusiasmo y consagración en Waterbeach que en Londres.

Waterbeach era una población de sólo mil trescientos habitantes, los que se encontraban extensamente esparcidos en un dilatado territorio. El trabajo de visitación pastoral en un lugar de estas condiciones, no era nada fácil, sino que, por el contrario, ofrecía, muchas dificultades y demandaba tiempo. Sin embargo, nuestro biografiado aceptó el campo con alegría y entró en el trabajo con gran entusiasmo; y, con el auxilio divino, su labor no fue en vano. La pequeña congregación de este lugar se reunía en lo que primitivamente había sido un granero, transformado ahora en capilla de blancas paredes y techo de paja. En ese lugar tan humilde dio comienzo la labor evangélica de Spurgeon, predicando dos, o tres veces cada domingo a congregaciones muy pequeñas al principio, pero que fueron creciendo a medida que pasaban las semanas.

Mirándolo desde el punto de vista meramente humano, Waterbeach era un lugar poco recomendable, para que en él se empleara en la obra evangélica a un joven carente de la experiencia necesaria para poder obviar las dificultades y moldear las condiciones imperantes. Pero la gracia del Dios vale infinitamente más que la experiencia humana, y era esta gracia la que estaba preparando y dirigiendo a nuestro joven Spurgeon, para que pudiera efectuar grandes cosas en el nombre del Señor.

En primer término, Waterbeach tenía mala fama. El elemento masculino de la población, compuesto en su mayor parte por toscos campesinos, era muy dado a la embriaguez y al libertinaje, llegando así a crear una densa atmósfera de disolución en el pueblo, y un estado de gran alarma e intranquilidad. Y, naturalmente, cuando Spurgeon se hizo cargo del pastorado de la Iglesia de este lugar, tuvo que enfrentarse con este difícil problema. El mismo a menudo hace referencia en sus escritos a este bajo fondo moral de la población, así como a la forma en que se enfrentó con esta nada agradable situación. En el púlpito, considerándolo un deber ineludible de su ministerio, flagelaba duramente esta laxa moralidad de los habitantes de Waterbeach, afeándoles sus vicios y su corrupción; pero, personalmente, de acuerdo con su selecto espíritu cristiano, trataba a estos beodos y libertinos con el mayor cariño, y aprovechaba todas las oportunidades para darles un saludable consejo, y para alentarlos en sus propósitos de enmienda.

Tal manera de proceder no era una magnífica táctica sabiamente ideada, sino algo natural y espontáneo en el hombre era el sincero deseo de hacer bien a aquellos que corrían a la destrucción, y el cumplimiento de un santo ministerio legítimamente consideraba que había sido puesto en aquel lugar para predicar el Evangelio sin dudas y sin temores y para llamar a los hombres al arrepentimiento, y no para agradar a sus oyentes, ni para buscar el humano aplauso.

El predicador que está dispuesto a transigir con los pecados de los que forman su congregación, que quiere aparecer ignorante de ellos, o que tiene especial cuidado en la elección de su lenguaje, para no "herir las susceptibilidades" de su auditorio, está ya fracasado; y su fracaso se debe a que es infiel al santo ministerio a que ha sido llamado. Su falta de éxito se deberá a las condiciones internas de su alma, y no a las circunstancias externas, por adversas y contradictorias que éstas pudieran ser. El predicador, para ser fiel a su oficio, tiene que ser profeta de Dios, que denuncia el pecado y llama a los pecadores al arrepentimiento. Tal cosa puede y debe hacerlo, no en términos virulentos, ni sintiendo el odio en su corazón, sino sazonzando su prédica con amor no fingido. Cuando así procede, no podrá dejar de tener la simpatía y el aprecio de su congregación, aun de los mismos pecadores a quienes van a herir sus palabras, porque aparte del cariño que a ellos personalmente demuestre, comprenderán que es fiel a su ministerio y sincero en su profesión. Y los hombres, cualquiera que sea su condición reconocen siempre y siempre aprecian, el mérito del deber cumplido. El mundo sabe distinguir entre el mercenario hipócrita y el hombre sincero.

Pero Spurgeon tuvo que enfrentarse con otras dificultades en Waterbeach. Cuando se hizo cargo del pastorado, la iglesia de aquel lugar contaba con unos cincuenta miembros, de los que se reunían muy pocos en los servicios, ya por una condenable indiferencia, ya porque vivían en lugares muy distantes, ya por otras razones. Cuando nuestro biografiado predicó la primera vez allí, en su carácter de pastor de la Iglesia, solamente había presente una docena de fieles. Para los que anteriormente habían estado al frente de esta congregación, el aumentarla había sido siempre un verdadero problema, de muy difícil solución. Y para

Spurgeon, joven entusiasta, que sentía su espíritu arder dentro de sí, en su ansia de ganar almas para Cristo seguramente esta dificultad revistió gigantescas proporciones.

La solución de este problema se hacia más difícil por el hecho de que él continuó viviendo en Cambridge, lugar en el que, obligado por razones económicas, seguía ejerciendo su puesto de sotamaestro. Pero Dios estaba con él, y desde la primera mañana en que predicó en la pequeña capilla, la congregación fue aumentando, hasta el mismo momento en que abandonó el lugar para aceptar el llamamiento a Londres. En realidad, con su llegada a Waterbeach comenzó un avivamiento que duró unos dos años, y que sólo terminó con su salida de la población; y este avivamiento fue tan grande, tan intenso, que no se recordaba que en el pueblo hubiese habido otro semejante.

La cuestión económica era también otra dificultad con que era necesario luchar en el pastorado de Waterbeach. Aquella Iglesia jamás había pagado a sus pastores más de veinte y cinco libras esterlinas al año; pero con el avivamiento que vino a ella, el número de sus miembros aumentó de cincuenta a cien, y la congregación se encontró en condiciones de poder ofrecer a su pastor cincuenta libras anuales, o séase unos diez y nueve chelines a la semana (aproximadamente). De esta cantidad, como el mismo Spurgeon informó al Dr. Wayland en una de las visitas de éste a Inglaterra, tenía que pagar doce chelines por su habitación en Cambridge, y con los siete restantes tenía que cubrir todas sus necesidades.

Las condiciones económicas de nuestro biografiado, pues, no eran nada holgadas. Durante el tiempo que permaneció en Waterbeach padeció estrecheces y experimentó la penuria. En los años subsiguientes, hasta el fin de su carrera terrena, pasaron por sus manos verdaderos ríos de oro; pero en los meses que permaneció en aquella pequeña población del condado de Essex, tuvo que probar la hiel de la pobreza, de la casi miseria, de esa hiel que ha amargado, y que seguramente seguirá amargando, la vida de tantos y tantos siervos fieles del Sello que, no obstante su robusta fe y su grande consagración, muchas veces se han sentido al borde del desaliento, por no recibir lo suficiente para satisfacer las necesidades más apremiantes de la vida. La pobreza de los ministros es incuestionablemente, uno de los mayores obstáculos para el progreso del Evangelio, porque el hombre que no recibe lo suficiente para cubrir las necesidades más perentorias de su familia, sintiendo pesar sobre su espíritu esta tremenda preocupación, no está, seguramente en las mejores condiciones para poder llevar a cabo su trabajo con toda la energía y el entusiasmo que son necesarios.

No es de extrañar, pues, que Spurgeon, años después, cuando se encontraba en el pináculo de la fama, y cuando la venta de sus sermones y libros le producía pingues ganancias, simpatizara absolutamente, y contribuyera desprendidamente a su mayor eficiencia, con la hermosa labor que llevaba a cabo su buena y consagrada esposa, con su "Fondo de libros" y su "Fondo de Auxilio a los "Ministros pobres".

Pero, si es cierto que el pastorado de Waterbeach trajo dificultades al joven Spurgeon, también lo es que le produjo grandes beneficios. La atención de su campo, que demandaba de él todos los momentos disponibles, y el hecho de que recibía continuas invitaciones para predicar en multitud de lugares cercanos, crearon en él aquel hábito de laboriosidad que tan magnífica y singularmente había de manifestarse en su vida posterior, cuando se encontraba en la vorágine de la ciudad más populosa del mundo, y al frente de la Iglesia más potente y activa de su época.

En Waterbeach también aprendió Spurgeon la originalidad que le fue característica hasta el fin de su vida. Activamente ocupado en su propia labor, no tuvo tiempo para poder escuchar muchos sermones, ni siquiera los de los predicadores más famosos de su tiempo; y así pudo librarse de ese vicio que tan fácilmente adquieren los jóvenes predicadores, y que tantas vidas ha llevado a la anulación y al fracaso el vicio de la imitación de aquellos a quienes se llega a conceptuar como modelos en el sagrado ministerio de la Palabra. Leyó muchos libros y muchos sermones, porque siempre fue un lector omnívoro, pero nunca fue un copista, grande o pequeño. Conservando su independencia, no anuló sus innatos poderes mentales, ni encadenó su personalidad espiritual; sino que siempre fue un hombre libre que sólo obedecía los impulsos de su ardiente corazón y el entusiasmo de su alma ardiente, ansiosa de ganar otras almas para Cristo y para la salvación. En este sentido y su grandeza comenzó en la pequeña y mal afamada población de Essex. Los imitadores, cuando más, llegarán a ser simples medianías; más él allí aprendió a usar su originalidad, y a buscar y confiar en sus recursos, cosas en que luego llegó a tener una no despreciable fuente de poder, un verdadero elemento de su grandeza innegable.

Su predicación en Waterbeach fue tan eficaz, que la Iglesia creció rápidamente y el pueblo sufrió una completa metamorfosis, en cuanto a su moralidad y a sus costumbres. Los beodos se convirtieron en sobrios, y los libertinos arreglaron su vida de acuerdo con los más estrictos principios de una moral evangélica; y el hombre que, como instrumento de Dios, había efectuado esta transformación¹ obtuvo el aprecio, la simpatía, la consideración y el respeto de todos. En esta conexión es muy interesante el relato que él mismo hace del primer fruto que tuvo en sus labores. Hablando de su primer converso, dice:

Bien recuerdo haber comenzado a predicar en una pequeña capilla de techo de paja, y mi primera ansia era, "¿Salvará Dios las almas por medio de mí?" Predicaba y tenía el corazón intranquilo, porque pensaba, "Este Evangelio me ha salvado, pero entonces era otra persona la que lo predicaba; ¿salvará a otros si lo predico yo? Pasaron algunos domingos y yo decía a uno de los diáconos: ¿Sabe Ud. si alguna persona ha encontrado al Salvador? Mi buen y viejo amigo me dijo: "Estoy seguro de que sí, estoy seguro en cuanto a eso". "¡Oh!", contesté, yo quiero conocer esa persona, quiero verla. Y un domingo por la tarde me dijo: "Hay una mujer en tal lugar que encontró al Salvador hace tres o cuatro domingos, mediante su predicación". Y yo contesté: "Lléveme allí, tengo que ir directamente", y la primera cosa que hice el lunes por la mañana fue ir a ver mi primera convertida. Muchos padres recuerdan su primer hijo, y piensan que no hay ningún niño como el suyo, y que nunca tuvieron otro igual. Yo he tenido muchos hijos espirituales, nacidos de la predicación de la Palabra, pero creo que aquella mujer fue el mejor de todos. Por lo menos, no vivió mucho tiempo para que yo pudiera encontrarle faltas. Después de uno o dos años de dar testimonio de su fe, se fue a su hogar celestial, la primera de otros muchos que han seguido en pos de ella. No he tenido otra cosa que predicar que a Cristo y a éste crucificado. Cuantas almas hay en el cielo que han podido ir allí por medio de esa predicación; cuantas hay en la tierra, sirviendo al Maestro, es algo que no podemos decir; pero cualquiera que haya sido el éxito, él se debe a la predicación de Cristo muriendo por los pecadores.

Al poco tiempo de encontrarse en Waterbeach, los padres de nuestro biografiado desearon que ingresara en el famoso "Colegio del Parque Regent" entonces bajo la dirección del célebre Dr. José Angus, prominente hombre de nuestra denominación, que anteriormente había sido pastor de la Iglesia Bautista a cuyo frente muy en breve Spurgeon había de descollar tan grandemente. Al efecto, y aunque nuestro joven predicador se sentía algo refractario a ello, convinieron en una conferencia entre él y el Dr. Angus. a fin de tratar de su

ingreso en el mencionado centro docente. La entrevista había de celebrarse en el hogar del Sr. Macmillan, el renombrado editor evangélico. En el momento señalado, ambos, el Dr. Angus y Spurgeon, concurren a la cita; pero por un error de una de las sirvientas, fueron introducidos a distintas habitaciones, donde esperaron por mucho tiempo, ignorantes de que se encontraban tan cerca el uno del otro. Agotada la paciencia del joven Spurgeon, pensando que el Dr. Angus se había visto imposibilitado de concurrir a la conferencia llamó, y entonces se enteró de que el referido doctor, cansado también de esperar en la habitación inmediata, hacía ya muchos minutos que se había marchado.

Spurgeon, que se encontraba poco deseoso de ingresar en el colegio y abandonar su querida congregación de Waterbeach, estimó que el hecho de no haber podido conferenciar con el Dr. Angus era una indicación de que Dios no quería que él cursara prolongados estudios en una institución docente como aquella. Esta impresión fue hecha mucho más profunda aquella misma tarde. Mientras atravesaba a Cambridge, para dirigirse al campo a predicar en una de sus estaciones, le pareció oír una voz que le decía: "¿Buscas grandes cosas para ti? No las busques; y esto lo recibió como un expreso mandamiento de Dios haciéndole tomar la decisión de no ingresar en universidad alguna.

Sobre este incidente en la vida de nuestro biografiado se han hecho muchas e inútiles especulaciones. Lo que Spurgeon hubiera sido, o dejado de ser y de haber cursado prolongados estudios en una universidad famosa, no es nuestro tratar de averiguarlo, y resulta fútil dejar correr la imaginación en uno u otro sentido. Lo cierto es que Dios no necesita de graduados para hacer su obra, y que utilizó a Spurgeon a tal extremo, que le convirtió en uno de los hombres más grandes de su época, por lo menos en el mundo cristiano, no obstante no tener título alguno.

Por el otro lado, hubiera sido un fanatismo y una insensatez en Spurgeon el dejar de tratar de obtener los mayores conocimientos humanos, so excusa de que estos conocimientos son innecesarios cuando Dios se place en usar a las personas. El sabía que era su deber prepararse de la mejor manera posible, para mejor aprovechamiento de su ministerio y que podía efectuar sus estudios, y obtener una buena preparación intelectual, sin necesidad de pasar largos años en una Universidad. Al efecto, por medio de una ordenada y sabia disciplina mental y de continuos y prolongados estudios, llegó a adquirir profundos y variados conocimientos, al extremo de que el Dr. Guillermo Wright, que le conoció íntimamente, afirma que era uno de los hombres más ilustrados de su época, profundamente versado en la literatura y en las ciencias; y Roberto Leeling, que por muchos años fue su maestro y amigo, dice que en cualquier momento hubiera podido obtener un título universitario, mediante rígido examen.

Carlos H. Spurgeon, pues, estaba debidamente preparado para poder desempeñar con prestigio y eficiencia, cualquier pastorado preparado intelectual y espiritualmente. El mismo Dios le estaba preparando para los fines más elevados y para la eficiencia mayor en la difícil y nobilísima tarea de la proclamación del Evangelio de paz en una ciudad donde brillaban y dominaban otros grandes predicadores. Y esa preparación es la mejor y más necesaria.

LLAMADO A LONDRES

A medida que pasaban los días se extendía más y más la fama del joven Spurgeon, y crecía su actividad ministerial. La intensidad con que se entregaba a su trabajo, y el celo y la diligencia que desplegaba en él, así como su asombrosa elocuencia, le ganaron la simpatía y el aprecio de las iglesias de Cambridgeshire y Essex, donde el prestigio de su nombre se extendió grandemente y en todas las direcciones. "Visitaba a los pobres y les ministraba confortación y consuelo. Viajaba muchas millas para poder llegar a los pueblos donde había de predicar, y en un año predicó más de trescientos y sesenta sermones, siempre a numerosas congregaciones". "El muchacho predicador", como se le llamaba, hablaba con tal calor, con un fervor tan grande y una fluidez tan asombrosa, que algunos de sus biógrafos nos aseguran que ya en aquellos días era uno de los predicadores más solicitados de Inglaterra.

A fines de octubre, o principio de noviembre de 1853, cuando nuestro biografiado no había cumplido aun los veinte años, se celebró en Cambridge, una Convención de Escuelas Dominicales, a la que Spurgeon fue especialmente invitado para que hablara, junto con otros dos ancianos predicadores. Activamente ocupado en sus labores en Waterbeach, parece que le faltó el tiempo necesario para prepararse debidamente; pero cuando llegó su turno en el programa, después que hubieron hablado los dos ancianos predicadores, se levantó y habló con su acostumbrado entusiasmo sobre el asunto que se le había asignado, sin siquiera imaginarse que sus palabras habrían de tener tan magnífico e inmediato resultado. Pero lo cierto es que, en la providencia de Dios, aquel discurso, tan espontáneo, estaba llamado a marcar época en su vida.

En el auditorio de aquella convención se encontraba un caballero del Condado de Essex, apellidado Gould, en quien la elocuencia, el juvenil entusiasmo, y la unción de Spurgeon hicieron una impresión tan profunda, que durante muchos días no pudo olvidar al muchacho de Cambridge. Por esta época la antigua y célebre Iglesia de la Calle Parque Nuevo de Londres, se encontraba sin pastor desde hacía algunos meses, y en estado de gran decadencia. Un día, hablando el Sr. Gould con Tomás Olney, diácono decano de aquella iglesia, se lamentaba éste de las tristes condiciones en que se encontraba su congregación, y entonces el Sr. Gould, recordando al joven que días antes había oído en Cambridge, habló de él a Olney, sugiriendo la idea de que quizá pudiera convenir para el pastorado de la Iglesia.

Y así sucedió que un domingo de mañana, cuando el joven Spurgeon se encontraba en su capilla de Waterbeach eligiendo los himnos para el servicio que habría de comenzar dentro de breves minutos, le fué entregada una carta procedente de Londres. Grandemente extrañado, por no estar acostumbrado a recibir cartas de aquella procedencia, la abrió y se enteró de su contenido. Luego, pasándola al diácono que cerca de él se encontraba, dijo: "Seguramente esta carta no es para mí, sino para alguna otra persona de mi nombre". Hasta ese extremo llegaba su humildad y su falta de presunción; poco pagado de sí mismo y considerándose valer mucho menos de lo que en realidad valía, no podía ni siquiera imaginarse que pudiera ser llamado por una iglesia de la populosa ciudad.

En su lugar, al saberse solicitado por muchas congregaciones del Condado donde ministraba, muchas personas se hubieran considerado capacitadas para desempeñar los puestos más elevados, y dirigir las iglesias más poderosas e influyentes. Pero Spurgeon no era de esta laya. De él, cuando se encontraba en el pináculo de la fama dijo el célebre estadista inglés W. E. Gladstone, que era "sencillo como un niño", y con razón, porque esa sencillez se manifestó de la manera más hermosa en todos los momentos de su vida.

Al día siguiente Spurgeon escribió a Londres informando que había recibido una carta dirigida a su nombre, pero que suponía que hubiese algún error, ya que él sólo contaba diecinueve años de edad y no era otra cosa que el predicador de una pequeña iglesia rural. Con esta carta dio

Por terminado el incidente. Pero en tiempo oportuno recibió otra carta de Londres en la que se le informaba que su edad y demás circunstancias de su vida eran bien conocidas de la Iglesia de la Calle del Parque Nuevo, y que se ratificaba la invitación de ir a predicar en ella; y al efecto se fijó fecha para la visita de nuestro biografiado.

Spurgeon, pues, se consideró obligado a aceptar esta invitación, y en la fecha prefijada se dirigió a Londres, donde nunca había estado anteriormente. Las experiencias de esa primera visita a la gran ciudad, las relata él mismo de la siguiente manera:

Hace veinticinco años— y parece que fue ayer— pasamos la noche en la casa de huéspedes del Parque de la Reina, en Bloomsbury, a donde nos había dirigido el digno diácono. Como usábamos un ancho traje de satín negro, y un partuelo azul de óvalos blancos, los jóvenes señores de aquella casa de huéspedes se maravillaron grandemente al contemplar al joven del campo que había venido a predicar en Londres, pero que evidentemente se encontraba en condiciones de gran rusticidad. En general eran de las iglesias evangélicas, y se maravillaron mucho de que el joven campesino fuese predicador. No se proponían ir a oír a un joven, pero parecía que se habían puesto de acuerdo para alentar al joven a su manera, y fuimos alentados consecuentemente. ¡Qué de cosas se le dijo de los grandes teólogos de la metrópoli, y de sus iglesias! El uno, lo recordaba tenía mil hombres de la ciudad que le, oyeran, otro tenía la iglesia llena de gente inteligente, gente de tal condición que era imposible encontrar otra igual en toda Inglaterra, mientras que un tercero tenía una enorme congregación, y la incomparable oratoria que usaban en todas las ocasiones fue repetida a nuestros oídos; y cuando se nos mostró la cama en que habíamos de pasar la noche, no estábamos en las mejores condiciones para tener sueños agradables. La hospitalidad de la Iglesia del Parque Nuevo jamás volvió a enviar al joven ministro a esa retirada habitación: pero seguramente aquella tarde de sábado, pasada en aquella casa de huéspedes, fue la agencia más deprimente que pudo ponerse en contacto con nuestro espíritu. En la estrecha cama permanecemos en desasosiego, sin encontrar descanso. Despiadado era el rodar de los coches en la calle; despiadado el recuerdo de los Jóvenes empleados que habían mirado la rusticidad con que se habían divertido; despiadada la desadornada habitación, que apenas brindaba espacio para podernos arrodillar; despiadada aun la lámpara de gas, que parecía hacernos guiños mientras brillaba en aquella oscuridad de diciembre. No teníamos ningún amigo en aquella gran ciudad, llena de seres humanos, y nos sentimos ser extraños entre extranjeros; esperábamos ser ayudados a través de aquella dificultad a que habíamos sido traídos, y escaparnos salvos hacia las severas residencias de Waterbeach y la que entonces nos parecía ser un Edén.

Hace veinticinco años, era una mañana clara y fría, cuando hicimos nuestro camino por Holborn Hill, hacia Blackfriars, y ciertas calles y callejones tortuosos al pie de Southwark Bridge. Meditando, orando, temiendo, confiando, creyendo, sentimos que estábamos solos, y sin embargo, no lo estábamos. Esperando la ayuda divina e interiormente agotados por nuestro sentimiento de necesitar esa ayuda, atravesamos el terrible desierto de ladrillos, hasta encontrar el lugar donde habíamos de presentar nuestro mensaje. Unas palabras subieron a nuestros labios muchas veces, no sabemos por qué "era necesario que pasase por Samaria". La necesidad de que el Señor viajara en cierta dirección, seguramente se repite en su siervo, y

como nuestro viaje presente no había sido buscado por nosotros y en ningún sentido había sido agradable hasta ese momento el pensamiento de "era necesario" predominó sobre todos los otros.

A la vista de la capilla de la Calle del Parque Nuevo nos sentimos por un momento asombrados de nuestra propia temeridad, porque nos parecía que era una estructura grande y bien ornamentada, que sugería la idea de una, congregación rica y conocedora, y muy distinta de la pobre gente a que nuestro ministerio era dulce y ligero. Era temprano, por lo que no había personas que estuvieran entrando; y cuando llegó el tiempo oportuno, no existían señales que garantizaran las sugerencias del exterior del edificio, y sentimos que, con la ayuda divina, todavía no habíamos salido de lo profundo, y que no saldríamos con tan poca congregación. El Señor nos ayudó muy graciosamente; tuvimos un feliz domingo en el púlpito, y empleamos los intervalos con amigos cariñosos; y cuando en la noche volvimos a la estrecha habitación del Parque de la Reina, no estábamos solos, y nunca más volveríamos a estarlo, ni a considerar a los londinenses como bárbaros, de corazones duros. Nuestra condición fue alterada; no queríamos la lástima de nadie; no nos preocupábamos lo más mínimo de los jóvenes señores que vivían allí, ni de sus milagrosos ministros, ni por el rodar de los coches, ni por ninguna otra cosa debajo del cielo. El león había sido contemplado desde todos los lados, y su majestad no era ni la décima de lo grande que nos había parecido cuando solamente habíamos oído su rugido.

En aquel primer servicio de Londres, aquel célebre domingo por la mañana, Spurgeon tuvo, una congregación de menos de cien personas, en un local donde cabían cómodamente mil doscientas, y eso que durante la semana se había estado visitando, e invitando para aquel servicio. El texto que nuestro predicador usó en aquella ocasión fue Santiago 1:17: "Toda dádiva buena y todo don perfecto de arriba es, descendiendo del Padre de las, luces, de parte de quien no puede haber variación, ni sombra de mudanza"; y la predicación del joven agradó tanto que en el servicio de la noche la congregación se había multiplicado. Con aquel primer servicio comenzó, en aquella Iglesia un avivamiento que había de ir creciendo durante treinta y siete años, sin interrupción alguna, hasta, el mismo momento de la muerte de ese hombre sorprendente que se llamó Carlos H. Spurgeon. Realmente aquel avivamiento fue el más prolongado e intenso, y el de mayores resultados, de todos cuantos pueden recordarse en la historia de las Iglesias Cristianas de cualquier época o, país.

Perol si el sermón de la mañana agradó a la congregación, mucho más, le conmovió el de la noche, basado en las palabras de Revelación 14:5: "En su boca no fue hallada mentira; están sin mancilla". Tan profunda fue la impresión hecha por este sermón, que después del servicio, la congregación no se disolvió, sino que se dividió en grupos que, asombrados y llenos de entusiasmo, comentaban lo que habían oído, y expresaban su deseo de que el joven predicador volviera, a predicar; y fue necesario, que los diáconos prometieran que tratarían de comprometer a Spurgeon en ese sentido, para que aquel público entusiasmado abandonara el local.

Así, vemos que desde el primer día en que nuestro biografiado se presentó en Londres para proclamar las buenas nuevas de salvación, obtuvo, un franco éxito, de la misma manera que le había sucedido, anteriormente en la pequeña población de Waterbeach. Muchas, personas han tratado de investigar a qué se debió el éxito del joven campesino en Londres, ya que no contaba realmente con ninguno de aquellos elementos humanos que siempre los hombres han considerado como indispensables para el triunfo; pero el secreto de ello no hay que buscarlo en lo humano, sino en otras esferas, donde lo humano, no vale nada, ni

interviene. Su éxito hay que buscarlo, en Dios, y solamente en Dios, para quien todas las cosas son posibles, y que se complace en utilizar los servicios de los suyos, para la salvación de muchos y la gloria de su santo nombre.

En esta conexión nos parece necesario, para la mejor comprensión del éxito obtenido por nuestro biografiado en Londres, y de su innegable grandeza, que hagamos un pequeño alto, para estudiar, aunque sea brevemente, la historia de la Iglesia en que había de ministrar durante tantos años, y efectuar una obra que, por lo intensa, consagrada y beneficiosa que resultó, le dio bien merecido ingreso en el palacio de la fama. Este estudio resultará bastante fácil, ya que el mismo Spurgeon dejó escrita la historia del Tabernáculo Metropolitano; y de donde sacaremos los datos, necesarios al efecto.

La Iglesia de la Calle Parque Nuevo era una de las más antiguas de Inglaterra, de las de la misma fe y práctica, y el renombre que por ésa y otras consideraciones llegó a tener, le correspondía en justicia. Crosby dice: "Esta gente originalmente había pertenecido a una de las congregaciones más antiguas de los Bautistas de Londres, pero que se separó de ella, en el año 1852, por causa de algunas prácticas que consideraban desordenadas, y desde entonces formaron un cuerpo distinto". Al principio como sucedía con todas las iglesias no conformistas que existían en aquella época, esta iglesia se reunía en casas particulares para celebrar sus servicios. Hasta donde ha sido posible investigarlo, esta iglesia tenía pocos miembros, pero que eran considerados como cristianos fieles, consagrados y de recta conciencia. Parece también que muchos de ellos disfrutaban de una posición económica desahogada.

Su primer pastor fue Guillermo Rider, hombre de grandes virtudes, que a una sincera consagración, unía un claro intelecto. En aquellos tiempos en que la denominación Bautista tenía que abrirse paso a través de grandísimas dificultades, teniendo en contra suya casi todos los poderes del mundo, Guillermo Rider, con profundas convicciones y una ejemplar fidelidad a la Palabra de Dios seguía el camino que debía transitar, con paso firme y seguro; y el historiador Crosby dice de él, haciendo así su apología: "Tuvo que sufrir por causa de la conciencia".

Los datos que poseemos acerca de Rider son muy pocos y muy incompletos; pero sabemos que por el año 1668 ya había fallecido, porque en esta fecha la iglesia eligió como pastor a Benjamín Keach. En este año de 1668 Keach fue ordenado en aquella misma iglesia, cuando contaba veintiocho años de edad. Este hombre eminente fue uno de los más notables pastores de nuestra, Iglesia. Estaba continuamente ocupado en la predicación del Evangelio en los pueblos de Buckinghamshire, haciendo a Winslow su centro, de operaciones; y tanto floreció la causa bajo sus celosas labores y las de otras personas, que el Gobierno situó dragones en el distrito a fin de impedir estas reuniones no permitidas por la *ley*, y dar así golpe de muerte a los disidentes".

Keach escribió un libro intitulado: "El Instructor de los Niños", que le trajo persecuciones y condenas. En este libro, enseñaba, que los niños nacen en pecado y necesitan ser salvados por los méritos de Cristo, lo que constituyó un delito (!) para los administradores de la justicia de aquella época. He aquí el auto condenatorio, de Keach: "Benjamín Keach, has sido convicto de escribir, imprimir y publicar un libro sedicioso y cismático, por lo que la corte ha juzgado y determinado que vayas a la cárcel por dos semanas, con exclusión de fianza; y que el próximo sábado seas expuesto en la picota en Aylesbury, con un papel colgante de la cabeza, con la inscripción: Por escribir, imprimir y publicar un libro cismático, intitulado *El Instructor de los niños; o un nuevo y fácil primario*. Y que el próximo jueves seas expuesto, de la misma manera

y por igual tiempo, en el mercado de Winslow; y que entonces tu libro sea quemado, ante tu vista por el verdugo, para deshonra tuya y de tu doctrina. Y pagarás a la majestad del rey la suma de veinte libras (\$100.00), y permanecerás en la cárcel hasta que encuentres fiadores de tu buen comportamiento y de que te presentarás en los próximos tribunales; para renunciar entonces de tus doctrinas, y hacer la sumisión que te sea demandada".

Cuando Keach fue conducido a la picota de Aylesbury muchos amigos y miembros de la iglesia le acompañaron, y cuando, le vieron sometido a esa vergüenza pública, se lamentaban grandemente. Pero el valiente predicador, con la sonrisa en los labios, les alentaba, diciendo: "la cruz es el camino, para llegar a la corona". Como, se ve en la fotografía que ilustra estas páginas, su cuello y manos estaban aprisionados en el madero, lo que convierte a la picota, no solamente en un instrumento, de vergüenza, sino, también en un verdadero suplicio; pero eso, no fue obstáculo para que Keach, aprovechándose de la aglomeración de gente que le contemplaba, les predicara el Evangelio. Entre otras muchas cosas, les decía: "Amigos, no me avergüenzo de estar aquí con este papel en el cuello. El Señor Jesús no se avergonzó de sufrir la cruz por mí; y es por su causa que se me convierte en espectáculo público. Fijaos en eso, no es por mi maldad que me encuentro aquí, sino por escribir y publicar aquellas verdades que el Espíritu Santo ha revelado en su Palabra".

Benjamín Keach era de constitución débil, y padecía gran número de enfermedades. Durmió en el Señor el día 16 de julio de 1704, a los sesenta y cuatro años de edad y treinta y seis de servicio fiel en aquella Iglesia. Fue enterrado en el cementerio Bautista, en el llamado Parque, en el barrio Southwark, muy cerca del lugar donde la iglesia que por tantos años había pastoreado edificó después su capilla.

"Cuando el Sr. Keach se encontraba en su lecho de muerte, envió a buscar a su hijo político, Benjamín Stinton, y solemnemente le exhortó a cuidar la iglesia que él estaba para abandonar, y especialmente a hacerse cargo de su pastorado, si éste le era ofrecido. El Sr. Stinton había ayudado a su suegro, por espacio de algunos años, de diversas maneras, y por eso no resultaba un hombre nuevo y falto de preparación. Es una gran bendición que las Iglesias puedan elegir sus pastores de su mismo seno; la costumbre es buscar los pastores en el exterior, pero quizá si nuestras ofrendas domésticas fueran mayores el Espíritu Santo haría que muchos maestros espirituales vinieran más frecuentemente de entre nuestros hermanos. Sin embargo, no podemos olvidar el proverbio acerca del profeta en su propia tierra. Cuando la iglesia hizo la invitación al Sr. Stinton, él se demoró algo a fin de considerar el asunto seriamente; pero, recordando las últimas palabras de su suegro, y sintiéndose dirigido por el Espíritu Santo, se dedicó al ministerio el que desempeñó fielmente durante catorce años, es decir, de 1704 a 1718".

Para tomar el puesto que este hombre santo dejaba vacante, la iglesia invitó al joven Juan Gill a predicar, con la intención de elegirle su pastor. "Pero había una marcada oposición a él por parte de casi la mitad de la iglesia. El asunto fue referido, al club de ministros que se reunía en el café de Hanovar, y éstos dieron el absurdo consejo de que ambos partidos oyeran a su hombre en turno, hasta que se pudieran poner de acuerdo. El sentido común vino a resolver esta cuestión, y esa especie de duelo religioso nunca llegó a efectuarse. Los amigos, con gran sabiduría, se dividieron. Los partidarios de Juan Gill, consiguieron el antiguo lugar de reunión por el término de cincuenta, años, y él fue ordenado en mayo 22 de 1720.

"Muy poco soñaron sus amigos que clase de hombre habían elegido como, su maestro; pero de haberlo sabido, se hubieran regocijado grandemente de que un hombre de tan vasta

erudición, tan infatigable industriosidad y profundo juicio, y de tan grande sinceridad, hubiera venido a su seno. El había de ser más poderoso con la pluma que Keach, y de hacer una más profunda impresión en la época, aunque en elocuencia quizá era menos poderoso que su eminente predecesor. Muy temprano en su ministerio tuvo que romper lanzas a favor de las opiniones 'Bautistas en contra del ministerio paidobautista de Rowel, cerca de Kittering, y lo hizo de tal manera que mereció el elogio que Toplady le dedicó con referencia a otras controversias, cuando lo comparó con Marlborough, y dijo que nunca peleó una batalla sin ganarla."

Gill, que había efectuado profundos estudios en esa rama del saber, y que pudo adquirir la valiosa biblioteca de su amigo Juan Shepp, a la muerte de éste llegó a ser un eminente orientalista, profundamente versado en todos los idiomas del Oriente. Durante años y años estuvo haciendo estos estudios favoritos, hasta que en 1748 terminó la publicación de su magnífica obra "Exposición del Nuevo Testamento", en tres gruesos, infolios. Poco después la universidad Marischal, de Aberdeen, le concedió el título honorífico de Doctor en Divinidad, Como reconocimiento de sus grandes conocimientos en las Escrituras, de los idiomas orientales, y de las antigüedades judías. Juan Gill es también el autor de otras obras magníficas, entre las que son dignas de mención especial, sus "Disertaciones acerca de la antigüedad del Idioma Hebreo, etc.", y Su "Cuerpo de Divinidad".

El Dr. Juan Gill, fue uno de los hombres más eminentes de Su época, un pastor consagrado y un cristiano fiel y sincero. Trabajó activamente por el mejoramiento temporal y espiritual de Su Iglesia; y falleció en el gozo de Su Señor el día 14 de octubre de 1771, después de más de cincuenta años de un eficiente pastorado, en aquella Iglesia.

A sustituir a este hombre eminente vino el Dr. Juan Rippon. Alguien ha dicho que Rippon no era tan brillante ni tan profundo como Su ilustre antecesor; sin embargo, era una personalidad de gran prestigio. Al principio, no le faltaron dificultades en el pastorado, pero supo obviarlas con su paciencia, buen juicio y selecto espíritu cristiano.

Sobre él dice Spurgeon: "Predicó a prueba por un tiempo bastante considerable, y finalmente unas cuarenta personas se separaron porque no estaban conformes con el voto entusiasta de la mayoría, que le llamaba al pastorado. Juan Rippon modestamente expresó su extrañeza de que no fuera mayor el número de los descontentos, y su sorpresa de que un número tan considerable estuviera de acuerdo en llamarle al pastorado. Con un gran espíritu cristiano, de amor fraternal y libertad, propuso que, como estos amigos procedían de acuerdo con el dictado de su conciencia, y se proponían fundar una nueva Iglesia fueran despedidos con amor y oración, y que como prueba de amor fraternal se les ayudara en la fabricación de su capilla con la cantidad de mil quinientos pesos, tan pronto como se formase su iglesia y edificaran su lugar de reunión. Esta promesa fue redimida y el Dr. Rippon tomó parte en la ordenación de su primer ministro. Esto estuvo bien hecho. Tal procedimiento seguramente había de recibir las bendiciones de Dios. Así la iglesia de la calle Dean vino a ser otro renuevo de aquella rama, y con varias condiciones permanece hasta este día como la iglesia de la calle Trinidad".

El Dr. Rippon se hizo más extensamente conocido, por lo menos en el mundo literario, con la publicación de una colección de 1174 himnos, obra que era de una innegable importancia y que obtuvo una gran demanda. Este libro, que produjo grandes beneficios materiales a su autor, era usado en la Iglesia del Tabernáculo durante la vida de nuestro biografiado.

Durante su pastorado, en 1830, la antigua capilla en que se reunía la iglesia fue demolida, para dar lugar al Puente de Londres, y en su lugar se levantó la de la calle del Parque Nuevo, de la que ofrecernos una fotografía. También se edificaron durante su pastorado seis de los edificios que componen el Asilo de Ancianas. El Dr. Rippon murió en Londres, a los ochenta y tres años de edad y sesenta y tres en el pastorado de aquella, iglesia, la que sentía gran satisfacción en decir que en ciento dieciocho años no había tenido más que dos pastores.

Otro de los hombres eminentes que pasaron por el pastorado de esta iglesia, fue el Dr. José Angus, que después, fue, presidente del Colegio del Parque Regent, y Secretario Corresponsal de la Sociedad Misionera Bautista de Londres. Pero más que por otra cosa, el Dr. Angus se ha hecho bien conocido en el mundo cristiano por su serie de magníficos "Manuales", los que le han presentado a todos como un profundo teólogo y conceptuoso escritor evangélico. El Dr. Angus sólo estuvo en el pastorado dos años, pues vino a él en 1837; y después de él, sólo dos pastores tuvo la iglesia antes de que Spurgeon viniera a ella, a saber: Santiago Smith, que permaneció a su frente ocho años, efectuando, una magnífica labor; y Guillermo Watters, que sólo estuvo en su puesto unos cuantos meses, pues en junio de 1853 renunció por entender que no tenía la confianza de los diáconos.

Esta es la historia, relatada a grandes rasgos, de la iglesia a que había sido invitado el joven Spurgeon. Como se ve, esa historia era muy venerable y honrosa, y en distintas épocas había disfrutado de gran prosperidad y florecimiento, sobre todo, durante el pastorado de los Dres. Gill y Rippon; pero en los momentos en que nuestro biografiado predicó por primera vez en ella, se hallaba en gran decadencia, al extremo, de que, como dice un autor, "todo su futuro parecía encerrarse en su pasado". El local de la capilla, capaz para contener 1200 personas sentadas y unas 300 de pie, apenas recibía la visitas, de sesenta o setenta personas, en un ambiente glacial.

Hay iglesias que a veces, orgullosas de su pasado y de los grandes hombres que han pasado por su púlpito, parecen no ocuparse ni preocuparse en lo absoluto de su futuro. Viven una vida lánguida e indiferente, sin llenar su finalidad en el mundo; padecen una a manera de atrofia espiritual, que si bien es verdad que, gracias a Dios las más de las veces es momentánea, no por eso deja de ser terrible. Para curarlas de esa atrofia, y despertarlas de esta parálisis, no bastan los esfuerzos humanos, si son meramente humanos, y se hace necesaria la acción divina, al toque de la cual todas las cosas se transforman y hacen nuevas.

Cuando Spurgeon predicó en ella su primer sermón, la Iglesia Bautista de la calle del Parque Nuevo "estaba muriendo lentamente de muerte natural", pero, como ha dicho muy bien el Dr. Wayland, "la Providencia, a la vez que estaba preparando al hombre para el campo, estaba también preparando el campo para el hombre".

MINISTERIO EN LONDRES

A la cuál revolución que produjeron en la Iglesia de la Calle Parque Nuevo las dos primeras predicaciones de Spurgeon, siguió que los diáconos de aquella congregación lo comprometieron a predicar durante seis semanas, alternando las predicaciones en Londres y

en Waterbeach, ya que él no estaba, dispuesto a abandonar a sus buenos campesinos durante tanto tiempo. Pero no obstante esta intermitencia en las predicaciones, la Iglesia de Londres cada día se veía más animada, y era mayor el número de personas que concurría a oírle.

El resultado fue que cuando expiró este plazo, la mayoría de la congregación le pidió que supliera el púlpito por espacio de seis meses, a prueba, y como paso previo al llamamiento al pastorado. La carta que Spurgeon escribió a los diáconos con este motivo, no tiene desperdicio, pues hace un retrato a cuerpo entero de nuestro biografiado. He aquí parte de ese magnífico documento:

En cuanto a vuestra invitación de seis meses, no tengo ningún inconveniente, en lo que se refiere al tiempo, sino que más bien apruebo la prudencia de la Iglesia en desear tener a prueba, durante tan largo tiempo, a uno que es tan joven como yo. Pero escribo después de pesar bien el asunto, y digo positivamente que no puedo ni me atrevo a aceptar una incondicional invitación por tanto tiempo. Cuadra mal a un joven prometer predicar con tal duración a una congregación de Londres, hasta que los conozca y ellos me conozcan. Yo me comprometería a suplir el púlpito por la mitad de ese tiempo, y entonces, si la congregación falla, o si la Iglesia no está conforme, me reservo la libertad, sin quebrantar ningún compromiso, de retirarme; y vosotros por vuestra parte, tendréis el derecho de rechazarme, sin que pueda parecer que me tratáis mal. Si yo no encuentro razón para hacer esto, y si la Iglesia todavía me desea, puedo permanecer con vosotros otros tres meses, háyase hecho o no una segunda invitación formal. . . Respeto la sinceridad y el civismo de la pequeña minoría y solamente me maravillo de que su número no fuera mayor. . . Y ahora, una cosa es debida a todo ministro, y os ruego que le recordéis a la Iglesia, es a saber, que tanto en privado como en público, todos deben ocuparse en orar a Dios que yo sea sostenido en esta gran obra.

Con este comedimiento y este sano juicio tan grandes, escribió Spurgeon; y la Iglesia, viendo claramente la conveniencia de lo que pedía, aceptó. Pero todavía no habían llegado al término de los tres meses de prueba, cuando ya se vislumbraba lo que aquel joven podía llegar a ser y a hacer en Londres, y la congregación en pleno, pues la pequeña minoría se había sumado a la mayoría, le invitó a aceptar el pastorado con carácter oficial y permanente. En consecuencia, el viernes 28 de abril de 1853 aceptó el llamamiento, e inmediatamente se estableció en el campo de sus futuras labores.

El pastorado de la Iglesia de la Calle Parque Nuevo, por las condiciones en que ésta anteriormente había estado y por el avivamiento que en ella tuvo efecto con la venida de Spurgeon, no era una canonjía muelle y fácil, sino un trabajo de gran intensidad y de mayor responsabilidad pero nuestro biografiado entró en el con todo el entusiasmo de sus pocos años con una confianza plena, y aquella fe robusta e inalterable que siempre demostró hasta el fin de su vida. Y, poseyendo estas condiciones, no era de extrañar que fuera adelante, sin flaquezas pueriles, consciente de que, con la ayuda divina de su parte obtendría un éxito franco y seguro en aquella obra, lo mismo que en cualquiera otra que el Señor tuviera a bien entregar en sus manos.

Durante aquellos tres meses de interinatura, el público que concurría a oírle, había ido siempre en aumento, al extremo de que en algunas ocasiones todos los asientos se veían ocupados, y muchas personas tenían que permanecer de pie sin embargo, algunas personas, y éstas se consideraban optimistas, pensaban que tal incremento en la congregación se debía a la juventud y novedad del predicador, o al entusiasmo e innegable elocuencia con que predicaba; y temían que pasada la novedad, las aguas volverían a su nivel, y que la Iglesia

retornaría a ser lo que anteriormente había sido en la época de Gill o de Rippon una Iglesia activa y despierta, pero con una congregación de límites fijos y no muy dilatados. Muy pronto, empero, habían de convencerse de su error, porque ahora, como dice uno de sus biógrafos, "comenzaba la más admirable carrera que se encuentra relatada en los anales de la historia humana"

A medida que pasaban las semanas, se extendía más la fama de Spurgeon, su nombre y el relato de su maravillosa elocuencia corrían de boca en boca, y la gente, impulsada por una irrefrenable curiosidad, venía a oírle, aumentando su congregación más a cada momento, al extremo que, como dice hiperbólicamente un escritor, "toda Londres salía a oírle". Lo cierto es que muy pronto comenzó a verse que la capilla de la calle del Parque Nuevo muy en breve había de ser insuficiente para contener las congregaciones que se reunían para oír su palabra.

Al poco tiempo de encontrarse nuestro biografiado en el pastorado de Londres, invadió aquella ciudad el cólera, diezmando la población; y el magnífico comportamiento del joven predicador durante la crudeza de la terrible epidemia, fue causa de que su popularidad creciera aun más y que se ganara la simpatía de una gran parte de la población, y adquiriese muchos amigos, los que luego habían de demostrarle su fidelidad por medio de su cooperación en la obra que llevó a cabo. En su "Tesoro de David", tomo IV, página 235, dice nuestro predicador acerca de esta epidemia

En el año 1854, cuando apenas hacía doce meses que me encontraba en Londres, la barriada donde yo trabajaba fué visitada por el cólera asiático, y mi congregación sufrió mucho a consecuencia de él. Familias y más familias me llamaban a la cabecera de los que habían sido atacados, y casi todos los días se me pedía que visitara a los que estaban graves. . . Con juvenil ardor me entregué a la visitación de los enfermos, y era llamado a todas partes del distrito, por personas de todas las condiciones sociales y religiosas. Me cansé de cuerpo y me enfermé de corazón. Mis amigos parecían ir cayendo uno a uno, y sentía, o me parecía que me estaba enfermando como todos aquellos que me rodeaban. Un poco de más trabajo y llanto me hubiera hundido como al resto; sentí que mi carga era más pesada de lo que yo podía llevar, y estaba dispuesto a hundirme debajo de ella. Como Dios lo quiso, regresaba a mi hogar lamentándome después de un entierro, cuando mi curiosidad me llevó a leer un papel que había sido pegado en el escaparate de un zapatero, en la calzada de Dover. No parecía un anuncio, y no lo era, porque en buena letra manuscrita contenía estas palabras: *"Por cuanto has dicho: ¡Tu', oh Jehová, eres mi refugio! y al Altísimo has puesto por tu habitación; no te sucederá mal alguno, ni plaga tocará en tu morada"* (Sal. 91:9, 10). El efecto sobre mi corazón fué inmediato. La fe se apropió este pasaje. Me sentí seguro, refrescado, envuelto en inmortalidad. La Providencia que movió al comerciante a colocar estos versículos en su escaparate, yo la reconocía agradecido, y en recuerdo de su maravilloso poder, yo adoro al Señor mi Dios.

Las leyes morales son tan fijas e inalterables como las físicas, y el hombre siega inevitablemente aquello que sembró. Si es cierto que "el que desea el mal ajeno el suyo viene caminando", según reza un viejo adagio, también lo es que el que hace el bien, recibe el bien. En muchas ocasiones el fruto del bien, de las acciones buenas que hemos ejecutado, se recibe cuando menos se espera, y en forma en que no podíamos ni siquiera imaginar; pero tal cosa no desvirtúa en lo absoluto lo que venimos diciendo, sino que por el contrario, lo prueba. En el caso específico de Spurgeon, todo el bien que efectuó cuando la terrible plaga azotaba a Londres, no obstante haber sido efectuado espontáneamente, por mandato de un selecto espíritu de sacrificio, sin miras a recibir recompensa, y en cumplimiento de su sagrado deber,

recibió su galardón en el gran número de amigos que ganó, y en la mejor apreciación, por parte del pueblo, de la obra que venía llevando a cabo en su iglesia.

Algún tiempo después, cuando se encontraba empeñado en la edificación del Tabernáculo Metropolitano, muchas de las valiosas ofrendas que recibió para el fondo de fabricación, provenían de estos amigos, muchas veces ocultos y desconocidos, que se había ganado durante aquellos terribles días de epidemia. La buena simiente, sembrada en medio de lágrimas y duelo, floreció y dio rico y abundante fruto en horas de calma y prosperidad.

Y las multitudes se reunían invadiendo la capilla de la Calle Parque Nuevo, al extremo de que el local, muchas veces, resultaba insuficiente para contenerlas. En 1854, en uno de aquellos domingos en que el ansioso auditorio llenaba todo el espacio disponible en la capilla, el joven predicador, al terminar su sermón, dijo: "Por la fe cayeron las murallas de Jericó; y por fe caerá también esta pared del fondo", refiriéndose a la necesidad de ensanchar la capilla. Pero a la terminación del servicio, uno de los diáconos de la iglesia, quizá por un espíritu "demasiado conservador" y apegado a las cosas viejas, dijo a nuestro biografiado, que no debía volver a mencionar tal asunto; a lo que Spurgeon contestó con su característica prontitud: "¿Qué quiere Ud. decir? No me oirán hablar más de esto cuando esté hecho, y por tanto, mientras más pronto se haga, mejor".

Y efectivamente, muy pronto se comenzaron los trabajos para aumentar la capacidad de la capilla. El propósito era correr la pared del norte algunos metros, a fin de que cupieran quinientas o seiscientas personas más. Mientras se efectuaban estas modificaciones, la congregación obtuvo en alquiler el Exeter Hall, enorme edificio fabricado en 1831, y que se había hecho famoso por celebrarse en él importantes reuniones de los no conformistas, de algunas instituciones filantrópicas y liberales, y porque en 1880 fue adquirido por la Asociación Cristiana de Jóvenes de Londres. Este edificio, con capacidad para cinco a seis mil personas, se encontraba situado en el Strand, una de las avenidas más importantes de aquella gran ciudad, que corría paralelamente al Támesis.

Desde febrero 11 a mayo 27 de 1855, lapso de tiempo que se empleó en la reedificación de la capilla de la Calle de Parque Nuevo, estuvo Spurgeon predicando en la mañana y tarde de todos los domingos, a congregaciones que a cada semana que pasaba iban siendo mayores; y muy pronto se vio que este edificio, no obstante ser uno de los mayores de Londres, había de resultar también incapaz para contener las grandes multitudes que de todos los extremos de la población venían a oír al joven predicador, ya hecho famoso. En efecto, apenas había transcurrido un mes desde que la iglesia se trasladó a este lugar, cuando Londres todo, preso de gran asombro, presenciaba el insólito espectáculo de que un joven, recién llegado del campo, sin el esplendor de un nombre ilustre, ni el brillo de los títulos universitarios, con el sólo poder de su palabra atraía, dominaba y conmovía tan grandes multitudes que, no encontrando sitio en el edificio, invadían la avenida frente a este lugar, interrumpiendo muchas veces el tráfico.

La prensa, que siempre está a caza de noticias interesantes y de acontecimientos extraordinarios que llevar a sus columnas, no podía dejar pasar desapercibida esta verdadera revolución que el joven Spurgeon estaba efectuando con su predicación; y así, todos los diarios de Londres comenzaron a ocuparse de él. Unos trataban el asunto con seriedad y respeto, pero otros, y éstos no eran pocos, le trataron despiadadamente, lanzándole al rostro las acusaciones más absurdas y los dicitos más groseros e injuriantes. Principalmente, una parte de la prensa gráfica trató de ridiculizarlo y desprestigiarlo. Le representaban como un mono, un

cerdo, un clown, como la personificación del mismo diablo, en caricaturas las más ridículas. Una de estas caricaturas presentaba los retratos en contraste, llamando a uno "azufre" y al otro "melado". El primero representaba a un joven, vestido sencillamente, sin ropaje eclesiástico, que está hablando, sin que haya nada agradable en sus maneras, con los brazos muy extendidos, pero con la mayor sinceridad; el otro representa un teólogo con ropaje canónico, teniendo el cabello escrupulosamente partido en el centro, y bien alisado, un blanco pañuelo junto al manuscrito de su sermón sobre el ara, y que está leyendo su sermón con aspecto satisfecho, y muy pagado de sí mismo. "Azufre" era Spurgeon, y "Melado" alguno de los grandes dignatarios de la Iglesia Anglicana.

Pero todo esto no tuvo más efecto que hacer aun más popular el nombre y la personalidad de Spurgeon, y que sus servicios religiosos tuviera una mayor publicidad y mejor asistencia. Y los que venían para ver al clown hacer sus contorciones, o para darse cuenta de la figura que tenía el diablo, se quedaban para oír la predicación, grandemente interesados, y muchos de ellos fueron llevados a los pies de Cristo. Las armas que Satanás mismo usaba para impedir y obstaculizar la obra de este hombre escogido de Dios, se volvía contra si mismo; y más que poner dique a esa obra que Spurgeon realizaba, daba mayor rapidez a su corriente.

Y nuestro joven predicador, que tenía buen humor y sabia mirar al lado jocoso de las cosas, más bien que sentirse molesto por la publicación de estas caricaturas, se reía grandemente a su contemplación, y las iba coleccionando cuidadosamente y guardando, hasta que, cuando terminó esta campaña de una parte de la prensa, pudo llenar con ellas un álbum de gran volumen. Y aquellos de sus biógrafos que tuvieron el privilegio de visitarlo en su hogar de Westwood, afirman casi unánimemente haber visto ese álbum, y que Spurgeon lo consideraba como uno de los mejores y más preciados recuerdos del comienzo de su obra en Londres.

Conservaba también Spurgeon, cuidadosamente coleccionados por orden de fecha, una rica colección de más de veinte volúmenes, que contenían todos los folletos que acerca de su persona y obra se publicaron en Inglaterra. Los primeros son de abierta oposición, descendiendo algunos de ellos a los términos más virulentos y hasta abiertamente insultantes; y los últimos sirven para pregonar la bondad y magnificencia de su obra, y la fama de su nombre. Y, como dice un periodista que tuvo el privilegio de visitar a Spurgeon y examinar estos escritos, "es curioso ver la forma en que gradualmente se va efectuando la transición de la enemistad a la amistad" a respecto de nuestro biografiado, por parte de los que le juzgaban y de él escribían.

En junio de 1855 la congregación regresó del Exeter Hall a la capilla de la Calle de Parque Nuevo, la que reedificada, tenía capacidad para cuatrocientas personas más que anteriormente "Sin embargo, el local resultaba muy pequeño. Todos los asientos eran ocupados, a muchos no se les podía acomodar, y muchos más tenían que marcharse del repleto local, por serles imposible aun la entrada. Los que no habían podido ser admitidos, grandemente disgustados, se veían obligados a abandonar el lugar, y éstos sumaban centenas y millares cada domingo. Parecía que no había remedio, y este estado de cosas siguió por algún tiempo".

Aparte de predicar dos veces cada domingo a su congregación, continuamente estaba recibiendo invitaciones para predicar en diversos lugares dentro y fuera de Londres; y como aceptaba estas invitaciones siempre que le era posible, resultaba que casi siempre tenía

ocupados todos los días de la semana. Y dondequiera que iba, la fama le acompañaba y el más franco éxito le seguía.

Seguramente que obedeciendo a una de estas invitaciones, visitó a Escocia en 1855, al mes de haber regresado la Iglesia de Exeter Hall a la capilla de la Calle Parque Nuevo. El Dr. Cook dice que "el Sr. Spurgeon predicó en Glasgow también, quizá a los mayores auditorios que jamás se reunieron allí para oír la predicación del Evangelio. Pero al principio fué recibido en Escocia con gran suspicacia, acerca de la cual se han contado muchas anécdotas". Aprovechando su estancia en Escocia, predicó en otros muchos lugares además de Glasgow, siempre con el mismo brillante resultado. Y a su regreso a Inglaterra viajó por Essex, Cambridgeshire, y Suffolk, predicando en muchas poblaciones, comenzando por Waterbeach, de donde había ido a Londres dos años antes.

A su regreso de Escocia se hizo evidente que no sería posible permanecer mucho tiempo más en la capilla de la Calle Parque Nuevo, porque las multitudes seguían afluyendo, siempre en escala ascendente. Entonces se comenzó a pensar en la necesidad de edificar un templo que reuniera las condiciones apropiadas para dar cabida y seguridad a los centenares de personas que formaban su congregación regular; pero la enormidad de esta empresa, y la falta de medios para efectuarla, hicieron imposible por el momento llevar a vías de hecho tan gigantesca obra.

Creyendo en la prudencia de aquella aserción bíblica que afirma que no es bueno que el hombre permanezca solo", el día 8 de enero de 1856 nuestro biografiado contrajo matrimonio con la Srta. Susana Thompson, joven que reunía las mayores virtudes, que desde la primera predicación en Londres, había sido una asidua y regular concurrente a los servicios de la Iglesia, aunque ella y su familia pertenecían a la denominación Congregacional. En la elección de esta joven para compañera de su vida, Spurgeon fue grandemente bendecido por Dios, que le otorgó una ayuda tan idónea y una amiga tan fiel tan apegada a él por el mismo sincero e intenso cariño, que es imposible justipreciar todo lo que ella significó para su vida futura, por lo que le ayudó, alentó aconsejó y cuidó con amor. Con su profundo espíritu cristiano y sus selectas dotes de carácter, iluminó y endulzó toda su vida.

En las condiciones de Spurgeon, con su rudeza de campesino no hecho a las sutilezas de las grandes poblaciones, con mucho que aprender todavía, con su carácter vivo, teniendo que afectar una de las obras más intensas y difíciles que puede entregarse en manos de hombre, siéndole necesario usar de gran tacto, del tesón más grande, y de una paciencia inalterable, en las condiciones de Spurgeon, repetimos, la bendición que resultaba de la posesión de una esposa como la suya, adornada de las mejores prendas de mente y de carácter, es un don tan grande, que resulta completamente imposible a la palabra humana aquilatarlo y valorarlo. No obstante que esta noble mujer estuvo enferma y postrada en cama la mayor parte de su vida matrimonial, realizó, como veremos más adelante, una labor que bien podemos calificar de enorme y magnífica; siempre estuvo dispuesta a ayudar a su esposo a la medida de sus fuerzas, y con su carácter tierno y apacible, carácter genuinamente cristiano envolvía a nuestro biografiado en una atmósfera de paz dulce, de alegre sosiego, de tan absoluta confianza en Dios, que éste no podía por menos que agradecer a la Bondad Divina, cada vez más, la gran bendición que había derramado sobre él, al darle por compañera una mujer tan congenial, tan comprensiva y tan apacible.

Cinco meses después de este feliz matrimonio, es decir, en junio de 1856, se hizo absolutamente imposible continuar los servicios en la capilla de la Calle del Parque Nuevo, por

resultar el local del todo insuficiente para las grandes multitudes que afluían ansiosas de oír la predicación, y fué necesario regresar a Exeter Hall. Pero entonces surgió una dificultad imprevista: Los dueños del mencionado edificio no estaban dispuestos a alquilarlo a una sola denominación por un espacio dilatado de tiempo; y era forzoso buscar otro local donde poder celebrar los servicios de la Iglesia. Poco antes de esta fecha se había inaugurado el Teatro de la Música, de los Jardines Surrey, a fin de que en él pudiera dar sus conciertos el célebre artista M. Julien; pero alquilar este edificio parecía a todos, una empresa gigantesca, y fuera de las posibilidades de la Iglesia. Sin embargo, no había otro camino a seguir, si no se quería rechazar las multitudes, pues no era fácil encontrar locales de tanta capacidad en Londres, y además, cualquiera de ellos hubiera resultado una empresa grande, en lo que al pago del alquiler se refiere.

En consecuencia, a la vez que se acordaba crear un fondo especial para la fabricación de un nuevo templo, se alquiló el Teatro de la Música, para celebrar en él los servicios los domingos por la noche. Este Teatro, que era quizá el edificio público de mayor capacidad en Londres, por muchas razones era el lugar que convenía a la Iglesia para sus reuniones, mientras se hacia de un edificio propio y adecuado. Por tanto, la Iglesia, habida cuenta de la inmensa popularidad de su predicador, se decidió a afrontar el problema de la elevadísima renta, en la confianza de que el producto del alquiler de las localidades especiales, y las otras entradas de la congregación, serían suficientes para cubrir estos gastos.

La primera noche en que Spurgeon predicó en el Teatro de la Música, ocurrió un accidente que tuvo un tremendo efecto sobre el público, sobre el predicador, y sobre el futuro de la obra en Londres. He aquí como relata ese accidente el Dr. Conwell:

La primera noche que tuvieron servicio en el Teatro de la Música, el edificio estaba completamente lleno en cada una de sus porciones; cada pulgada del lugar de entrada general había sido ocupada mucho antes de que comenzara el servicio. A la mitad del sermón, algunas personas mal intencionadas, que habían venido al lugar con el propósito de ocasionar un disturbio y de interrumpir el servicio, levantaron el grito de "¡Fuego!" "¡Fuego!" Fue una acción de lo más criminal. La multitud inmediatamente se excitó de una manera terrible y se lanzó a las puertas, hollándose unos a otros, y ocasionando la más espantosa escena de desolación y muerte. Aunque el Sr. Spurgeon desde la plataforma retuvo su presencia de ánimo y con voz estentórea suplicó a la multitud que permaneciera tranquila, sin embargo, el alboroto fue demasiado grande, y la excitación tan enorme, que le fue imposible dominar la asamblea. Algunas personas sufrieron la muerte en el edificio, y otras muchas fueron heridas, más o menos gravemente. Spurgeon trató de seguir adelante con el servicio después que la policía hubo sacado los muertos y heridos, pero la excitación no era fácil de calmar, y por eso, con unas cuantas palabras de consejo y exhortación, francas y sinceras, terminó el servicio.

Un acontecimiento tan funesto y tan inesperado, en el mismo momento de inaugurar los servicios en el Teatro de la Música, cuando de aquel servicio esperaba la salvación de muchas alma, y no la pérdida de vidas humanas, hizo una impresión tan profunda sobre Spurgeon, que le produjo una grave enfermedad. Sus nervios habían recibido un sacudimiento tan intenso y trastornador, que fueron completamente desequilibrados, produciéndole el principio de aquella dolencia que había de llevarle al sepulcro treinta años después. Porque todos sus biógrafos parecen estar contestes en que la pertinaz dolencia de que Spurgeon padeció por largos años, y de la que al fin murió, tuvo su origen como terrible efecto en este lamentable accidente del famoso edificio de Londres.

Este pánico en el Teatro de la Música, como se le llama por todos, tuvo efecto el domingo 19 de octubre de 1856. En el edificio se habían congregado sobre siete mil personas para oír al joven y ya famoso predicador; y esta enorme multitud, al lanzarse a las puertas, deseando cada cual salir primero, ocasionó la muerte de siete personas, y heridas a veinte y ocho más, las que fue necesario llevar a los hospitales, dado la gravedad de sus lesiones.

Spurgeon que, como es natural, resultaba perfectamente inocente y en absoluto responsable de este accidente, fue terriblemente fustigado por una parte de la prensa, llegando algunos periódicos a hacerle responsable de este triste acontecimiento, con las frases más duras y despiadadas. Sin embargo, es justo reconocer que estos periodistas, que escribieron bajo la impresión de las primeras noticias del accidente, reconocieron paladinamente el error que habían cometido al acusar a nuestro biografiado.

Ahora bien, no obstante lo triste y lamentable de este accidente, él había obrado indirectamente sobre la congregación y los asiduos oyentes de Spurgeon en el sentido de hacerles pensar seria y detenidamente en la necesidad de edificar un templo que ofreciera sitio y seguridad, a las grandes multitudes que se reunían en los cultos. Ya con anterioridad se había pensado en la conveniencia de un edificio que fuera dedicado exclusivamente a los servicios de la Iglesia; pero el costo de tal edificio, les había impedido llegar a una determinación en ese sentido. Pero este lamentable acontecimiento les obligó a no demorar más esta empresa, y a proceder con la mayor rapidez posible a la fabricación de un tabernáculo.

Otro de los resultados indirectos del pánico fue que ante los injustos ataques de una parte de la prensa y la campaña de oposición de muchos clérigos, que se aprovecharon de tan triste acontecimiento para denostarle y combatirlo, sus amigos se colocaron a su lado, con mayor apego y fidelidad, para sostenerlo y para defenderlo. Salomón dice que el amigo se conoce en la desgracia; y Spurgeon, ante la oposición y enemistad de sus gratuitos y celosos contradictores, pudo darse perfecta cuenta del gran número de amigos, buenos y fieles, con que podía contar entre los elementos de las más diversas condiciones sociales. Estos amigos en tiempos difíciles, fueron para nuestro biografiado como bienhechor rocío en tiempo de sequedad.

En conformidad con la decisión adoptada, la Iglesia adquirió un extenso terreno en lo que era conocido como "Blanco de Newington", llamado así porque en épocas pasadas en este lugar se encontraban los blancos para las práctica de tiro de los arqueros reales. Este sitio no era el más apropiado para edificar en él una Iglesia pero la consideración de que la predicación de Spurgeon atraería grandes multitudes a cualquier lugar, y las buenas condiciones en que el terreno podía ser adquirido, movió a la congregación a decidirse por este lugar. Había además algo más sugestivo en el hecho de que en este lugar se levantara el famoso Tabernáculo Metropolitano, que fué un monumento a la labor de Spurgeon, y uno de los mayores lugares de reunión con que contaban los Bautistas en el mundo: que en este mismo lugar, en años anteriores, gran número de Bautistas fueron públicamente quemados por su fidelidad a la Palabra de Dios y a los dictados de su conciencia. En este lugar donde un gobierno intransigente y despótico, y una Iglesia imperante, quemaron a un gran número de Bautistas, para impedirles creer y predicar de acuerdo con los mandatos de la conciencia, un noble descendiente de aquellos mártires, sin otra capacidad especial que el auxilio divino y el poder de su palabra, llevó a millares de millares a la salvación que es en Cristo!

En medio de una desbordante alegría y de un gran entusiasmo, fué colocada la primera piedra del Tabernáculo Metropolitano, el día 16 de agosto de 1859. Pero la Iglesia no contaba, ni con mucho con los fondos necesarios para cubrir los gastos de una edificación tan gigantesca y costosa; y se hacía menester una campaña especial para tratar de allegar la cantidad requerida. Spurgeon viajó extensamente por el Sur de Inglaterra, predicando en multitud de lugares y pidiendo en ellos una ofrenda especial para la edificación del Tabernáculo. El plan era que esas colectas fuesen divididas en dos porciones: una mitad para la Iglesia en que se hacía, y la otra para el fondo de fabricación del Tabernáculo. De esta manera se pudo reunir algunos millares de pesos, a la vez que se beneficiaba grandemente a las Iglesias locales.

A las gestiones intensas del pastor en pro de la edificación de un templo propio, y al entusiasmo que desplegaba en este sentido, respondieron los miembros de la Iglesia de la manera más espontánea y desprendida. No sólo se entregaron a la oración ferviente, rogando al Dios Todopoderoso y Misericordioso que derramara sus bendiciones con el propósito que los animaba, sino que contribuyeran con toda liberalidad que les era posible, a la obra proyectada.

El Dr. Wayland dice muy bien que, "una y otra vez, durante el trabajo de fabricación, la inutilidad del hombre probó la oportunidad de Dios". Aquella fabricación no se proponía satisfacer un vano orgullo, ni alentar ninguna de aquellas pasiones que son tan comunes entre los hombres; el único fin que se perseguía al levantar aquellas paredes, era dar una mayor gloria a Dios por medio de un servicio más amplio y perfecto, y hacer que muchas almas fuesen trasladadas del reino de las sombras y la muerte, al de la luz y la salvación, que es en Cristo Jesús. Y por eso, porque sólo se buscaba la gloria de Dios y el bien de los hombres, Dios oyó la voz de aquel pueblo escogido en el desierto, y contestó a sus oraciones de fe, abriendo las ventanas del cielo y enviando grandes cantidades, por la mediación de muchos casos, de amigos desconocidos. Por ejemplo, un señor de Bristol, que nunca había visto a Spurgeon, pero que estaba enterado de su magnífica labor, envió cinco mil libras esterlinas para el nuevo Templo. Otras personas se llegaban al hogar de nuestro biografiado y en sobres cerrados, sin nada que indicara que él era el donante, dejaban cien, doscientas, quinientas y hasta mil libras esterlinas, para que fueran empleadas en el sentido indicado.

Mientras el templo estaba en proceso de fabricación, la Iglesia se trasladó nuevamente, del Teatro de la Música, a Exeter Hall, en cuyo lugar permaneció desde 1859 hasta marzo 1 de 1861, fecha en que se ocupó el Tabernáculo. Y en el transcurso de este tiempo, se nos informa que Spurgeon, los diáconos y algunos miembros de la Iglesia, acostumbraban reunirse, después de terminados los trabajos del día, y arrodillándose entre los materiales de construcción, oraban a Dios, pidiéndole que bendijera aquel trabajo que se estaba llevando a cabo, y a los obreros que lo efectuaban. Y Dios fue tan pródigo en sus bendiciones, que no obstante el tiempo que se empleó en la fabricación, la índole de ésta, y el gran número de obreros empleados en ella, ni uno solo resultó lesionado.

El Tabernáculo Metropolitano costó treinta y un mil trescientos treinta y dos libras esterlinas, cuatro chelines y diez peniques, en moneda inglesa, y muchas personas consideran que un edificio como ése, costaría en la actualidad, aproximadamente cuatro veces más. Su tamaño es de ciento cuarenta y seis pies de fondo, por ochenta y uno de frente; tiene un salón principal con dos galerías, con capacidad suficiente para seis mil personas; otro salón para las sesiones de la Escuela Dominical, con capacidad para mil personas; seis aulas, cocina, baño, sala de descanso, sala para trabajo de las señoras, salones para las sesiones de la sociedad de jóvenes, oficina para el secretario, tres cuartos vestuarios y otros tres salones para almacén.

Este enorme edificio fue terminado el día primero de marzo de 1861, según ya hemos visto. El primer servicio que se celebró en él fué de oración, dirigido por Spurgeon, y tuvo efecto el día 18 del mismo mes, con una asistencia de más de mil personas. "El primer sermón fué predicado por el pastor el lunes 25 de marzo. Al día siguiente hubo una reunión pública, presidida por Sir Enrique Havelock Allan, hijo del General Enrique Havelock (ambos Bautistas). Al otro día se efectuó una reunión en la que hablaron representaciones de varias denominaciones evangélicas. Después siguieron otros servicios, uno de los cuales fue presidido por el Pbro. Juan Spurgeon, padre del pastor"

En estos momentos contaba Spurgeon veinte y seis años de edad, y sólo hacia seis que se encontraba en Londres. Y no obstante su juventud, y el tiempo relativamente corto que hacía que se hallaba al frente de este trabajo, había efectuado una labor verdaderamente brillante, y el prestigio y la fama de su nombre habían llegado a una altura tan enorme, que no encuentra paralelo en los anales de la Iglesia Cristiana; porque desde los días apostólicos no sabemos de ninguna otra persona que a su edad y en tan breve lapso de tiempo, efectuara una obra cual la que él efectuó.

Pero la fama de Spurgeon no cesó, ni mermó, ni se atenuó con la edificación del Tabernáculo Metropolitano. Al contrario, su renombre iba creciendo a medida que pasaban los años. Su personalidad era mejor comprendida y apreciada, su labor mejor juzgada y estimada, y las multitudes seguían afluyendo incesantemente para oír el mensaje de salvación de labios de este hombre que ponía un énfasis especial en la autoridad de la Palabra de Dios y en la obra expiatoria de Cristo, como medio único de salvación. Que un predicador atraiga grandes multitudes, no es un hecho insólito; y que las retenga uno, dos, o tres años, no es un acontecimiento extraño en la historia de las denominaciones evangélicas. Pero que durante treinta y siete años, un hombre procedente del campo, sin ajustarse a ninguna de las escuelas de la oratoria, y sin poseer muchos de los elementos externos más necesarios para poder brillar en la tribuna, haya atraído y retenido las enormes multitudes que le oían, sin que su popularidad haya sufrido intermitencias, es algo que resulta verdaderamente maravilloso. Y Spurgeon efectuó ese milagro, bajo la ayuda y dirección divinas.

En 1868, en vista de las frecuentes enfermedades de nuestro biografiado, y dado el enorme trabajo que gravitaba sobre sus hombros, la Iglesia se reunió para acordar nombrarle un auxiliar. Ampliamente discutido el asunto, la designación recayó en su hermano carnal, el Pbro. Santiago A. Spurgeon, hombre que a una sólida instrucción unía un selecto espíritu cristiano, y una rica experiencia en las labores evangélicas. Desde esta fecha, y por espacio de veinte y cuatro años, estos dos hermanos, que se amaban entrañablemente, perfectamente identificados tanto en sus anhelos cuanto en sus métodos de trabajo, estuvieron al frente de aquella gigantesca obra, auxiliándose mutuamente, consultándose, complementándose, sin que jamás hubiera entre ellos la más pequeña fricción, ni la más ligera discrepancia. Incuestionablemente, la Iglesia, al elegir a Santiago Spurgeon para el puesto de co-pastor de su hermano, eligió al hombre para el oficio; porque hay razones para creer que ningún otro, dentro de la denominación, hubiera resultado más idóneo, moral, intelectual y espiritualmente.

Pero la fama de Spurgeon creció con los años, pero también se aumentó y solidificó su labor en la metrópoli inglesa. Dios quiso usar a este hombre para la mayor gloria de su nombre y para el bien de muchos, y al efecto, y como ha dicho el Dr. Armitage, que durante muchos años le trató íntimamente, "le proveyó de las condiciones necesarias para poder efectuar la obra que Dios se había propuesto realizar por su mediación". Y por eso, su predicación no era como metal que resuena o címbalo que retiñe, sino en todo poder, que iba hasta lo más íntimo

del corazón de sus oyentes, intensificando la espiritualidad de los creyentes, y alistándolos en el servicio, y convirtiendo y salvando a los pecadores.

Para convencernos de lo que decimos, bastaría echar una ojeada a la historia de la Iglesia del Tabernáculo, y muy especialmente a su registro de miembros. El Dr. Wayland nos da los siguientes datos: "En 1854 la Iglesia tenía 313 miembros; al año siguiente, 395; al otro año, 860; en 1857, 1,046; y así continuó hasta que en 1875 tenía 4,813. Si no se hubieran perdido miembros, por muerte y otras causas, durante este tiempo, hubiera tenido 8,000. En 1886 los diáconos vieron, al examinar los libros, que el número de miembros recibido, como convertidos por el Sr. Spurgeon, sin incluir los recibidos por carta, era de 10,809... Por la época de su muerte este número había aumentado en varios millares".

Considerando estos números exclusivamente, sin entrar en el estudio de otros hechos que son de una grandísima trascendencia, podemos estar seguros de que si, como ha dicho alguien, el gozo del predicador está en el número de conversiones que tienen efecto bajo su ministerio el de Spurgeon tiene que haber sido muy intenso, muy bienaventurado, ya que las conversiones se contaron a millares bajo sus ministraciones. Estas conversiones eran la mejor prueba de la bondad de su obra; pero también su gozo y su corona.

6

EL PRINCIPE DE LOS PREDICADORES

SPURGEON vivió y brilló con claridad extraordinaria, en una época en que, en su propio país, descollaban grandemente magníficos predicadores-hombres que poseían gran caudal de sabiduría y una brillante elocuencia. En efecto en su propia ciudad, conmovían y arrebatában a las multitudes, predicadores tan eminentes como Jorge Whitefield, Howard Hinton y el canónigo Liddon todos los cuales gozaban de gran prestigio y de bien ganada fama; y fuera de Inglaterra, había una verdadera cohorte de oradores sagrados, insignes maestros de la palabra que, dentro y fuera de su denominación, con su grandilocuencia, no sólo habían escalado las mayores alturas, sino que también habían dejado sentir su influencia para bien, coadyuvando a modelar las corrientes de su tiempo y a hacer más real y efectiva la moral cristiana.

Sin embargo, ninguno de ellos pudo llegar a la altura que nuestro biografado, quien descolló hermosamente entre estas eminencias del púlpito, El mundo cristiano le consagró cuando, en reconocimiento de que había llegado a los más altos picachos de la elocuencia, por unánime consentimiento, espontáneamente le otorgó el bien ganado título de "El Príncipe de los Predicadores", título que tanto comprende y significa. Y fue con razón y justicia que la opinión cristiana le consagró de esta manera, porque, cuando se toman en consideración todas las cosas, se llega al convencimiento de que, en realidad, él fue el más grande predicador desde los días del apóstol Pablo, según el juicio de eminentes personalidades.

Spurgeon "fue formado para ser predicador, y nació predicador; ha hecho: una obra especial, en una época especial, y en especiales circunstancias, de tal manera que es único en la historia cristiana", ha dicho el eminente Dr Tomás Armitage, y agrega: "Londres tenía un más perfecto orador de púlpito en Jorge Whitefield, un más acabado retórico en Enrique Melville, un completo exegeta en el Deán Trench, un más profundo en Tomás Binney, un más sensible metafísico en Howard Hinton, y un pensador más grande en el canónigo Liddon. Pero todos

ellos juntos no pudieron conmover a los millones como los conmovió el mensaje de Spurgeon, de parte de Dios, en el púlpito".

Raealmente, su caso es único. Procedente de una pobre Iglesia de una aldehuela campesina, sin aquellos títulos académicos y honoríficos que tanto brillo y renombre dan y que tan conspicuamente contribuyen a establecer la fama de los llamados grandes hombres entró a servir en una iglesia de gran prestigio histórico, pero que ahora estaba "muriendo lentamente de muerte natural"; y por espacio de treinta y siete años, durante los cuales tuvo que sufrir todo género de embates y contradicciones, atrajo y retuvo hasta el fin, las mayores multitudes que hasta entonces se hubieran congregado para oír la proclamación del Evangelio. Y como si esto no fuera bastante de esas multitudes, millares y millares, convencidos de pecado, se rindieron a los pies de Cristo, para amarle y servirle como consecuencia de la predicación de este hombre singular.

La presencia de la asombrosa labor y el magnífico éxito de nuestro predicador, las personalidades más eminentes de más se preguntaban continuamente, maravillados de este portento humano, dónde se encontraba el secreto de su poder y; la clave de su éxito. Porque la oratoria, con sus recursos habituales, no realiza las maravillas que este hombre realizó. Para ello se requiere elementos que no son los elementos retóricos, y poderes que no son precisamente los poderes de la elocuencia humana.

El estudio cuidadoso de su vida, demuestra que Spurgeon, como orador sagrado, poseía muy pocos de los llamados elementos o condiciones externas, en los que tanto énfasis hacen algunas escuelas, y de que tanto se cuidan los más eminentes tribunos. Su estatura era mediana; su cuerpo fuerte, pero basto, con tendencias a la obesidad; su rostro, sombreado en los últimos años por una barba poco poblada, no era ciertamente la representación de la belleza; y su personalidad toda, contemplada en el púlpito, no tenía aquella simpatía atrayente que tanto es de admirar en algunos de los grandes de la tribuna. Además, nuestro biografiado, por no permitírsele la absorbente labor a que se encontraba entregado, ni estar ello conforme con su carácter, no empleaba ningún arte en su declaración, ni usaba de los efectivismos y triquiñuelas que tanto agradan a las multitudes.

Como ya hemos visto en otro lugar, desde su llegada a Londres y por espacio de algunos años, tuvo que sufrir los ataques, la mayor parte de las veces rudos y siempre injustos, de la casi totalidad de la prensa londinense, la que lo representaba en caricaturas las más estrambóticas, y ridículas. Una parte de esta prensa, para desmeritar a nuestro biografiado y explicar de alguna manera el por qué iban a oírle tan grandes multitudes, comenzó a decir que Spurgeon debía su éxito a que era un excéntrico del púlpito, un hombre que abusaba de las actitudes grotescas del "sensacionalismo". Tal especie ha sido desmentida completamente por todos los que han escrito acerca de su vida. Sin embargo, algunas publicaciones, que tienen visos seriedad, mal informadas o quizá mal intencionadas, han caído en este error.

Nosotros hemos estado buscando pacientemente algún dato que nos probara la certeza de estas excentricidades de Spurgeon en el púlpito, y no hemos podido encontrarlo. El que atrajera siempre y retuviera tan grandes multitudes, seguramente no se debía a esto; y es necesario buscar la explicación de ello en otra parte. Spurgeon no fue nunca un contorsionista, ni un acróbata del púlpito, a la manera de Billy Sunday, a quien su mismo biógrafo Ellis llama "el gimnasta del púlpito". Por el contrario, en lo que a la acción se refiere, nuestro biografiado era más bien pausado y severo, y sus movimientos eran los de esperarse en todo orador, aun los de escuela más conservadora, que en los períodos de calor y emoción, y en los lapsos de

elocuencia, son arrebatados por el natural y espontáneo entusiasmo. Spurgeon no era una máquina parlante, sin vida y sin emoción; pero tampoco era un saltimbanqui en su predicación. Dominado completamente por el asunto que trataba, hablaba con calor y entusiasmo, y se movía y accionaba, pero sin rebasar los límites naturales y correctos. Su éxito como predicador, pues, no se debió en ningún sentido y en ningún momento, a un exagerado y pantomímico acrobatismo. La predicación era para él demasiado seria y sagrada, para que pudiera descender a este terreno.

En lo que Spurgeon poseía un verdadero tesoro, rico e inagotable, era en su voz. Esta era una de las cosas que más llamaba la atención de los asiduos concurrentes al Tabernáculo Metropolitano, haciendo en ellos una impresión magnífica y perdurable. Existe lo que pudiéramos llamar la fascinación de la voz humana, de la misma manera que existe la fascinación de la mirada. Aun no han sido precisadas, y quizá nunca lo sean, las extrañas y arrebatadoras sugerencias del sonido, de la melodía de la voz humana, ni el grado de fascinación que alcanza sobre el ser humano. Un velo sutil, impalpable, indefinido, envuelve este y otros fenómenos morales, que continúan siendo un misterio, resistiendo a las empeñadas investigaciones del sabio. Pero, lo cierto es que este fenómeno no puede ocultarse. Y en el caso particular de nuestro biografiado, se ponía de manifiesto de la manera más evidente, ejerciendo una enorme e inexplicable fascinación sobre todos los que tenían la dicha de oírle.

Generalmente el Tabernáculo Metropolitano comenzaba a llenarse una hora, antes de la señalada para el comienzo del servicio; y aquella multitud de seis o siete mil personas, y a veces más producía rumores sordos con sus movimientos y los apagados murmullos. Alguien ha dicho que mientras se llenaba el Tabernáculo parecía una enorme colmena. Pero tan pronto Spurgeon subía al púlpito, todos estos rumores se acallaban, y en medio de un gran silencio, vibraba con una grandísima intensidad aquella voz clara y cristalina de timbre metálico; voz que vibraba con acento halagador a la par que viril; voz que se prestaba, por maravillosa manera, para las trasmisiones de matices de sentimientos los más delicados y diversos, y de los ideales más nobles y sublimes. Y cosa admirable, aquella voz, que en los momentos de pasión adquiría las notas más agudas, haciéndose clara y distinta para las personas que estaban a mayor distancia. en aquel enorme edificio, no se hacía nunca desagradable para los que ocupaban los puestos más cercanos al púlpito.

La voz de Spurgeon era robusta, y extensa, que siempre y en todo caso, llegó claramente hasta el último de los oyentes. En varias ocasiones en Inglaterra, y Escocia habó al aire libre a multitudes de catorce y quince mil personas, y de esas enormes multitudes no salió nadie que no le hubiese oído distintamente. El día 7 de octubre de 1857, "día de ayuno nacional, de humillación y oración a Dios Todopoderoso", pidiendo su bendición sobre el ejército inglés de la India, y la restauración de la paz en aquel lugar, Spurgeon predicó en el llamado "Palacio de Cristal", inmenso edificio de Sydenham donde se había celebrado la Feria Mundial , a más, de veinte y cuatro mil personas, sobre el texto Miqueas 6:9: "Prestad atención a la vara, y a aquel que la comisionó" Y toda esa inmensa muchedumbre le oyó perfectamente.

Con apelación a este servicio, el hermano y co-pastor del Príncipe de los Predicadores. el Sr. Santiago A. Spurgeon, relata la siguiente anécdota: Santiago había sido llamado a visitar a un moribundo, el que le informó que había sido convertido de una manera muy particular. Se encontraba en un andamio, muy alto, poniendo cristales a una de las ventanas más cercanas al techo, del Palacio de Cristal, cuando oyó una elevada voz que le decía: "Este es un dicho - verdadero y digno de ser recibido por todos, que Cristo Jesús, vino al mundo a salvar a los

pecadores'. Estas palabras fueron repetidas con una voz baja, suave, distinta. El hombre se sorprendió grandemente, porque no veía a nadie en el edificio; y estas palabras llegaron a su corazón, porque aceptó a Cristo, y murió confiando en él: Parece ser que Spurgeon había estrado solo en el Palacio de Cristal para probar su voz, y ver si podía llenar un edificio tan grande. Esta era su costumbre y en esos casos, creyéndose solo, siempre recitaba versículos bíblicos. Pero en este caso particular, la Palabra del Señor fue bendecida en la salvación de un alma.

En Spurgeon la predicación llegó a ser un verdadero poder psíquico, porque poseía abundantemente aquellas cualidades internas, espirituales, sin las cuales el sermón se convierte en discurso, y resulta ineficaz al fin propuesto; pero que usadas por el Espíritu de Dios, pueden revestir una potencia tan enormemente grande, que los hombres, no obstante reconocerla y maravillarse de ella, no pueden ni medir ni analizar.

De estas condiciones espirituales hay que estudiar varias en Spurgeon. Una de ellas era su fe firme e invariable; una fe que se sobreponía a las dificultades y contratiempos. De nuestro biografiado podía decirse con toda verdad que era un hombre de fe, profunda e inalterable. La fe fue el secreto de su vida consagrada, y una de las fuentes de su poder. Un eminente teólogo y profesor de homilética, que en múltiples ocasiones oyó las predicaciones de Spurgeon, nos dice que tan pronto como éste comenzaba a hablar, se echaba de ver que era un hombre de fe inquebrantable. Aquellas cosas fundamentales de que hablaba, a sus numerosos auditorios, acerca de Dios, de Cristo, de la vida eterna, no eran para él meras teorías, ni simples elocuciones, sino tremendas realidades. "Dios era para él una tremenda realidad", nos ha dicho su aventajado discípulo Archibaldo G. Brown; y como Elías, permanecía delante de Dios. Dios llenaba todo su horizonte. Jesús era tan absolutamente el Señor de su corazón, que las lágrimas corrían de sus ojos a raudal cuando hablaba del Salvador. Jesucristo había fascinado su corazón".

"Era un decidido calvinista, y creía con positiva seguridad en la perseverancia de los santos, y en la eterna condenación de los malvados. Su credo llevaba consigo toda su vida. A ese respecto no había en él reserva mental alguna. Declaraba lo que sinceramente creía, y creía de la manera más absoluta cuanto declaraba. . . Sentía que todo el mundo estaba incluido en la condenación, y que no había otro medio de escape, sino la fe en Cristo Jesús, y que el Salvador solamente podía ser encontrado por medio de aquel sincero arrepentimiento cuyo fruto es naturalmente las buenas obras. Creía que el mundo estaba perdido, y enseñaba que no había otro Salvador para adquirir la salvación, que Aquel que murió en el Calvario. Ese pensamiento sazona todo lo que ha escrito, y es prominente en todo lo que dijo".

Su fe lo dominaba, lo sostenía y lo impulsaba. En medio de las grandes dificultades con que tuvo que enfrentarse en su labor polifacética, así como en los momentos de sufrimiento y de agonía, por causa de los dolores físicos, ella le proporcionaba el aliento y confortación; y para poder llevar adelante su inmensa obra, su fe le hacía quitar su confianza de los hombres y de las posibilidades humanas, para ponerla en Dios solamente. Un estudio de la manera en que pudo llevar adelante esa obra gigantesca, durante tantos años, demuestra que el primer y principal auxiliar con que contaba, era su fe.

Como es consecuente esta fe profunda se manifestaba en su fidelidad a la verdad, ante la cual no había consideraciones que pesaran en Su espíritu. En Su vida, toda, en sus creencias, predicaciones, actuaciones, era guiado exclusivamente por esa lealtad a la Palabra, de Dios. El Dr. W. C. Wilkinson dice a este respecto:

Lo que yo creo que era más admirable que todo en este hombre admirable, lo he reservado exprofeso hasta este momento. No era su magnífico don de la elocuencia, aquel manantial siempre creciente de palabras, ni aquella atrayente, viril y patética voz, que era como trompeta de plata, como una flauta, como un órgano. No era la inagotable fertilidad de su productivo genio literario. No era la incomparable fuente de poder y sabiduría de organización, sostenimiento y administración, que siempre desplegó. No era una sola de estas cosas, ni todas ellas en su rara unión y armonía. Era algo distinto y superior. La cosa más admirable acerca de Spurgeon, era ésta: la absoluta, sencilla y completa fidelidad que mantuvo siempre, sin intermitencias, desde el juvenil comienzo hasta la madura terminación de su obra la serena e imperturbable fidelidad de mente y de corazón, de conciencia,.. de voluntad, de todo lo que había en él, y de todo lo que había de él, al mero y puro, incambiable, no acomodaticio novotestamentario Evangelio de Cristo, que es el mismo ayer y hoy, y para siempre. Eso se destaca y eleva a la eminencia, como un pico del Himalaya, que reina sobre todas las otras alturas, en la nobleza del carácter y de la vida de este hombre. Sea Dios bendecido por ello!"

Entre todos los rasgos que deben adornar al cristiano, y especialmente al ministro cristiano, uno de los más hermosos y de mayor valor efectivo es sin duda alguna, la lealtad a la Palabra de Dios. En efecto, ¿cómo podremos demostrar nuestro amor al Salvador, si no es por medio de nuestra fidelidad, que se traduce en actos de obediencia y consagración? No dice el mismo Señor, "Si me amas, guardad mis mandamientos"? Sin la fidelidad es imposible la obediencia, y la obediencia es la que demuestra el amor.

En Spurgeon, esta fidelidad se puso de manifiesto desde sus días juveniles, antes de ser llamado al pastorado de Waterbeach, hasta los últimos momentos de su vida, cuando, abatido por el dolor y el exceso de trabajo, durmió en los brazos de su Señor en el suelo de la noble nación francesa. Todas las cosas las subordinó siempre a esta fidelidad a Su Maestro; y en ella no conoció dudas ni intermitencias. Por ella tuvo necesidad de luchar denodadamente rompiendo muchas lanzas a Su favor. Como veremos más adelante, aun en el seno de su propia denominación, tuvo que asumir una actitud que muchos llamaron extrema, frente a sus hermanos, por no ser inconsecuente con esa fidelidad.

"Yo no comprendo la fidelidad a Cristo", nos dice él mismo "que va acompañada de indiferencia a su Palabra.... Algunos abandonan las enseñanzas, de Cristo por descuido, o por infantil amor a la novedad... Lo peor de todo sería que hiciéramos omisión de las reglas de Cristo.... Hay discusiones en la iglesia acerca del bautismo y la Cena del Señor. Pero, cómo pueden estas ordenanzas ser echadas a un lado por aquellos que admiten que son escriturarias? He oído a una persona decir: 'Si Cristo estuviera aquí ahora, vería el mal que ha provenido de estas instituciones, y las echaría a un lado'. Yo no puedo soportar tal afirmación. Seguramente no somos revisores de las enseñanzas y acciones de nuestro Señor.... Hemos de protestar de todo lo que quiera oponerse a la Gran Ley de la Gran Cabeza de la Iglesia".

Esta fidelidad de Spurgeon a su Señor y a la Palabra de su Señor, fue incuestionablemente, un elemento de gran importancia en su éxito como predicador. El hombre que tiene convicciones y que siempre procede de acuerdo con ellas, se hace respetar y estimar. Y no ha de pensarse ni por un momento que tal fidelidad puede ser aparentada. Ella tiene que ser una cosa real, espontánea, verdadera, o los hombres se darán cuenta del engaño de que se trata de hacerles objeto. Pero, cuando esta fidelidad es real, no fingida, los hombres

la conocen, la palpan, por así decirlo, y se sienten arrebatados e influenciados por aquel que la posee.

Todos los que fueron a oír a Spurgeon como críticos, para tratar de analizar su obra y descubrir el secreto de su poder —y éstos no fueron pocos— estuvieron contestes en afirmar que aquel hombre hablaba como quien procede del principio de que la Biblia es la Palabra de Dios, y que era fiel a esta creencia. Y muchos, entre ellos nuestros Dres. Weston y Robinson, llegaron a opinar que en esto precisamente se encontraba uno de los fundamentos de su enorme éxito. Y tal opinión resulta perfectamente comprensible.

"Un hombre bueno, sencillo, ingenuo, es de suyo un caudal ignoto de elocuencia", ha dicho un célebre escritor. Pero si a esas cualidades se alían la energía de un carácter recto, la soberanía de la inteligencia, la consagración a un servicio tan santo como el de ganador de almas para Cristo y la salvación, y una inquebrantable fidelidad a la Palabra de Dios, entonces esa elocuencia revestirá los prestigios de apostolado, reviviendo los días del profetismo israelita. Entonces, cuando se poseen esas condiciones psíquicas, el orador se eleva a inconmensurable altura, se convierte en mensajero de Dios, y siendo dominado por el ardor de su propio espíritu, domina a su auditorio, transformándolo, mejorándolo, dirigiéndolo, impulsándolo a toda acción noble y buena, como producto de una vida cambiada y consagrada. Y ese fue el caso de Spurgeon.

Su fidelidad no le permitió conocer el miedo en la enunciación o en la defensa de la verdad. Su palabra jamás rebasó los límites de la decencia, ni el respeto que debía a sus oyentes; pero tampoco entró en el campo de las medias tintas, de la asociación con el error, o el contubernio con la mentira. Sí la palabra de verdad flagela, la suya flagelaba, no por falta de consideración hacia, su auditorio, sino por respeto y fidelidad a su Señor, y a los dictados de su conciencia. Cualquiera que lea someramente sus sermones, se convencerá inmediatamente de lo que venimos diciendo. El objetivo determinó, invariable, de su predicación era la proclamación de la verdad según se encuentra expresada en la Biblia; y si ésta hería, no era muy o tenerlo en cuenta. Dios le había mandado a predicar la verdad, y no a satisfacer preferencias individuales, o gustos personales.

Predicadores pueriles son aquellos que tratan de evitar las dificultades, ha, dicho muy bien el Dr. W. H. Young. Eligen para sus sermones "asuntos" que no levantarían oposición; y cuando se presentan dificultades serias, buscan otro rebaño y otro campo donde haya más ricos pastos. Los hombres de este carácter nunca transformarán el mundo, simplemente porque tienen miedo de hacerlo. En todos los otros respectos pueden ser excelentes personas, y generalmente son hombres de magníficos dones, buen gusto, educación, industriales, ambiciosos, pero careciendo de valor, sus sermones se convierten en meros discursos, y sus más poderosos argumentos en vacío casuismo. De todas las debilidades, ninguna es más completamente fútil que el deseo de tratar de agradar a todos. No solamente es éste un propósito imposible, sino que es suicida, porque precisamente aquellos a quienes se trata de agradar son los más disgustados. El ministro fiel no debe respeto y lealtad a nadie en el cielo o en la tierra, sino a Dios. Es perfidia en él pensar por un solo momento que ha de agradar las preferencias de los hombres, de las denominaciones, del gobierno, de la familia, de los parientes, o de sus mejores amigos. La verdadera lealtad a Dios parecerá muchas veces enemistad con padre, madre y hermanos ; pero siempre le llevará. a manifestar el espíritu de aquel excelente predicador que dijo : "Pero cuando plugo a Dios revelar a su Hijo en mí, a fin de que yo le predicase entre los gentiles, desde luego no consulté con carne, o sangre ; ni subí a Jerusalén, a verme con los que eran apóstoles antes que yo".

El deber del predicador es proclamar la verdad evangélica, sin consideraciones meramente humanas, guiado por su fidelidad al Maestro y su respeto a esa misma verdad. Algunos piensan que, para no herir susceptibilidades, y para poder interesar a la congregación, se hace necesario atenuar la verdad, debilitarla, no hacerla tan hiriente, disfrazarla algo; pero tal cosa es una funesta equivocación que, aparte del daño que ocasiona al propio predicador que emplea este sistema, no produce ningún beneficio a la congregación, ni contribuye a su éxito. La proclamación de la verdad evangélica, sin paliativos y eufemismos, como quien habla en nombre de Dios, fue una de las características de Spurgeon como predicador; y esta característica seguramente fue uno de los elementos de su éxito y de su poder.

Otra característica inapreciable que es necesario estudiar cuando se considera la vida y las obras de Spurgeon, y eso por todo lo que ella comprende y significa en cuanto a lo que contribuyó a que él llegara a ser lo que fué, es: su consagrado espíritu de oración. La oración es, por así decirlo, el refugio donde el predicador encuentra el manantial de gracia y de poder que son necesarios para que le sea posible vivir en vida y hacer su obra; refugio tan necesario, que cuando carece de él, ni puede vivir bien su vida, ni hacer bien su obra. No es oportuno que discutamos ahora hasta qué punto es cierta la frase de San Agustín, en cuanto a que "haber orado bien es haber trabajado bien"; pero lo cierto es que "el ministerio de las rodillas" es uno de los más importantes trabajos del ministro, y por consecuencia, del predicador.

Spurgeon creía absolutamente en la oración y en la necesidad de la oración; y la práctica de su vida nunca estuvo en desacuerdo con esta creencia. En sus obras encontramos una casi continua referencia a lo que venimos exponiendo. A este respecto es el famoso sermón, predicado a los estudiantes de su "Colegio de Pastores", sobre "La oración Privada del Predicador", tan perfecto, tan brillante y magnífico, que no podemos sustraernos al deseo de trasladar a estas páginas algunas de sus ideas, las que, después de todo, son la mejor demostración de aquel profundo espíritu de oración que poseía. He aquí sus palabras:

Si tiene que haber algún hombre debajo del cielo obligado a cumplir con el precepto "orad sin cesar", lo es sin duda alguna el ministro cristiano. Este tiene tentaciones especiales, pruebas particulares, dificultades singulares; tiene que mantener con Dios relaciona reverentes y que estar ligado a los hombres por medio de misteriosos intereses; necesita de consiguiente, mucha más gracia que los otros hombres, y como él lo sabe así, se ve obligado a clamar incesantemente, pidiendo fuerza al Fuerte, y a decir:

"Levantaré mis ojos a los cerros, de donde viene mi socorro".

Las oraciones que hagáis serán vuestros auxiliares más eficaces *mientras vuestros discursos estén sobre el yunque todavía*. Mientras otros hombres, como Esaú, andan en busca de su pasión, vosotros, con el auxilio de la oración hallaréis cerca de vuestra casa la carne delicada, y podréis decir con razón lo que Jacob dijo sin ella: "El Señor me la trajo". si podéis mojar vuestra pluma en vuestro corazón, recurriendo a Dios con toda sinceridad, escribiréis bien; y si arrodillados en la puerta del cielo podéis reunir vuestros materiales, no dejaréis de hablar bien. La oración, como ejercicio mental, traerá muchos asuntos al entendimiento, y así ayudará a la elección de un punto, a la vez que como práctica espiritual purificará, vuestra vista interior para que podáis ver la verdad de Dios.

Los hombres mejores y más santos han hecho siempre de la oración la parte más importante de la predicación.... La oración os auxiliará de un modo singular en la preparación de vuestro sermón; nada en efecto, puede ponerlos tan gloriosamente en aptitud de predicar,

como el que acabéis de bajar del monte de comunión con Dios, para hablar con los hombres. Nadie es tan a propósito para exhortar a los hombres, como el que ha estado luchando con Dios a favor de ellos.

De Alleine se dice: "Derramaba su corazón en ruegos y predicación"...Una predicación verdaderamente patética en que no hay afectación, sino mucha afección, puede ser sólo el resultado de la oración. No hay retórica como la del corazón, ni escuela para aprender, fuera del pie de la cruz. Sería mejor que nunca aprendiereis una regla de oratoria humana, sino que estuvieseis llenos del poder que dimana de un amor nacido del cielo.

Estas palabras de nuestro biografiado no son una mera teoría, sino que son el producto de una honda y sincera experiencia. El, que conocía lo que llama "la retórica del corazón" – de un corazón que ha estado en íntima comunión con Dios – podía hablar de esta manera con toda justicia y verdad.

El Dr. Russell H. Conwell dedica un largo capítulo de su biografía de Spurgeon a hablar del gran poder que este hombre de Dios tenía en la oración, e indica cómo éste era realmente el manantial en donde bebía su inspiración para la predicación, y su poder en la predicación. Realmente, de allí provenía el éxito de su actuación, cualquiera que ésta fuera, ya que con ella no buscaba otra cosa que la mayor gloria de Dios y el bien de los humanos.

Todos los que han estudiado de cerca la vida de Spurgeon, se encuentran conformes en afirmar que no era orador en el sentido humano de la palabra; que para serlo hubiera necesitado condiciones y elementos adquiribles que en él se encontraban a faltar. Y sin embargo, desde los días de los apóstoles ocupa un lugar único y singular en la historia de la predicación, tanto por las enormes multitudes que, año tras año atrajo, durante toda una generación, cuanto por los incomparables resultados de esa predicación. ¿Cómo se explica esto, que a primera vista parece una anomalía? Una parte de la explicación la encontramos en las siguientes palabras, que él mismo pronunciara:

La oración no podrá haceros elocuentes según el modo humano; pero os hará verdaderamente tales, porque hablaréis con el corazón; ¿y no es éste el significado de la palabra elocuencia? La oración hará descender fuego del cielo sobre vuestros sacrificios, haciéndolo de ese modo aceptable al Señor.... Así como descendieron lenguas de fuego sobre los Apóstoles, al estar ellos orando y vigilando, así también bajarán sobre vosotros. Cuando quizá hayáis flaqueado, os hallaréis levantados y sostenidos de improviso, como por el poder de un serafín. Repondrán ruedas de fuego a vuestro carro, que había comenzado a arrastrarse pesadamente, y corceles angélicos se uncirán en un momento a vuestro carro de fuego, hasta que escaléis los cielos como Elías, en un raptó de ardiente inspiración.

Además, la predicación de Spurgeon era lo que se ha llamado "Cristo-céntrica" ; es decir: Cristo era el fondo y el nervio de su predicación, ya se refiriese a su divina personalidad, ya a la bendita obra que vino a efectuar en el mundo. Era evangélica en el sentido más amplio y absoluto de la palabra. De tal cosa nos convencemos fácilmente por la lectura de sus sermones. Para él el único propósito y finalidad de la predicación era presentar a Cristo al mundo; pero no a un Cristo ético e imperfecto, sino al Cristo de los Evangelios, perfecto en su humanidad y en su divinidad; un Cristo Salvador, crucificado y muerto para nuestra redención; un Cristo que es el único remedio a nuestras enfermedades, y la sola solución a todos nuestros problemas, cualesquiera que éstos fueran. En realidad, para él la predicación no tenía razón de

ser, si no tenía este propósito y finalidad. Y de acuerdo con esta manera de pensar, perfectamente ortodoxa, así procedía en su predicación.

En esta conexión nos sentimos deseosos de decir lo que ya hemos dicho en otro lugar a este respecto : "En toda la historia de la Iglesia Cristiana, cualquiera que haya sido el pueblo, o la época, o las circunstancias, mientras más vital y cristológica ha sido la predicación, más eficacia ha tenido y más éxito ha alcanzado. Una filosofía religiosa que carezca de un Cristo crucificado; que no presente con todo vigor y energía la obra expiatoria por la muerte de Cristo; que ignore u oculte el sacrificio del Cordero de Dios, podrá, ser una hermosa filosofía, mundana y acomodaticia – será todo lo que se quiera que sea – pero carecerá, en lo absoluto de poder para atraer a los hombres, para salvar a los hombres, y para dar a los hombres paz y felicidad".

Spurgeon creía en la toda eficacia, exclusivamente, de Cristo para la salvación humana; creía que por el derramamiento de su sangre hay remisión de pecados; creía que el que cree en el Hijo de Dios ya es salvado, y que el que no cree, ya es condenado; y porque creía todo esto, de la manera más rotunda y sincera, podía decir con Pablo: "He determinado no saber entre vosotros cosa alguna, sino a Cristo y a éste crucificado". para él, el Evangelio, todo el Evangelio, sólo el Evangelio, era el poder de Dios para la salvación de todo aquel que cree. Y por eso predicaba ese Evangelio que es absolutamente exclusivista en su presentación de Cristo como el Salvador.

Oigamos lo que dice a sus estudiantes a este; respecto, y así podremos juzgarlo mejor y con mayor conocimiento de causa:

Muchos, son los aspectos bajo los cuales hemos de considerar a nuestro divino Señor, pero yo he de darle siempre la mayor prominencia a su carácter salvador, *de Cristo, nuestro sacrificio, el que lleva nuestros pecados*. Si jamás hubo una época en la cual hubiera necesidad de ser claros, decididos y vehementes en este punto, es ahora....Tratar de predicar a Cristo sin la cruz, es negarlo con un beso. Yo observo que algunas personas dicen creer en la expiación, pero no nos quieren decir lo que entienden por ella. ¿No puede esto significar que no tienen una verdadera comprensión de ella, y posiblemente tampoco una fe real en ella?....Algunos piensan ahora que es absurdo creer que lo que se efectuó en el Calvario hace diez y nueve siglos, pueda tener alguna relación con los pecados de este día.... Los que echan a un lado la expiación como satisfacción por el pecado, también dan golpe de muerte a la doctrina de la justificación por la fe... El pensamiento moderno no es otra cosa que la tentativa de retrotraer el sistema legal de la salvación por las obras.... No debemos cesar, queridos hermanos, en nuestra predicación de la manera más definida y decidida, acerca del sacrificio expiatorio; y os diré porque yo con toda seguridad lo haré. Personalmente no tengo ni la sombra de esperanza de salvación por otro medio; estoy perdido si Cristo no es mi Substituto....

Algunos predicadores evidentemente no creen que el Señor está con su Evangelio, porque a fin de traer y salvar a los pecadores, su evangelio es insuficiente y tienen que agregarle las invenciones de los hombres. La predicación del sencillo Evangelio ha de ser suplementada, creen ellos. . .Si vuestro Evangelio no tiene el poder del Espíritu Santo en él, no lo podéis predicar con confianza.

El gran predicador, con estas palabras, nos hace ver lo que fue su predicación, lo que aconsejó a sus alumnos que hicieran, lo había hecho él toda su vida, consciente y determinadamente; y los maravillosos resultados obtenidos en su obra, son la mejor y mayor evidencia de la bondad y legitimidad del sistema seguido. En efecto, por sus resultados hemos

de juzgar la obra de un predicador, y saber si merece este bendito nombre o no. Y considerando la obra de Spurgeon, no podemos dejar de ver que el mundo cristiano tuvo razón y procedió en justicia al llamarle "el príncipe de los predicadores". Porque en toda la historia de la Iglesia Cristiana es imposible encontrar otros predicadores que hayan llegado a ascender a las alturas a que este hombre pudo ascender.

Es incuestionable, pues, que Spurgeon poseía grandes condiciones espirituales para poder ser lo que fue: el más grande predicador desde el día de los apóstoles. Pero después de enumerar todas estas condiciones, pesándolas y diciendo de ellas todo lo que es posible decir humanamente, sería necesario agregar, con todo énfasis, que su éxito como predicador, lo que realmente significó, fue el uso que de él hizo Dios. En efecto, para los que quieran explicarse el maravilloso éxito de Spurgeon como predicador, aparte de lo sobrenatural y divino, ese asombroso éxito permanecerá siendo un indescifrable misterio. Spurgeon, como el Bautista, "fué un hombre enviado de Dios" para efectuar una obra estupenda y magnífica – una obra que no tiene muchos paralelos en el seno de la Iglesia de Cristo.

Pudo ascender a las más elevadas cumbres de la elocuencia cristiana, y obtener uno de los éxitos más sobresalientes de la Historia, no porque fuera un sabio, ni un orador; sino simplemente porque Dios lo usó para su gloria y para el bien de muchos. Su éxito fue, en realidad de verdad, el éxito de Dios – del Dios de amor que, condolido de las miserias y necesidades espirituales de los hombres, se complace en enviar seres de este calibre moral y espiritual, y los inspira, los alienta, los usa, para que por medio de su instrumentalidad, millares y millares puedan encontrar el camino que conduce a las mansiones de luz, y a los pies de Cristo, el bendito Salvador.

7

ENVIANDO LEJOS SU MENSAJE

Una de las de las importantes fases del trabajo de Spurgeon, fue la publicación de los sermones que predicó, primero en la capilla de la Calle Parque Nuevo, y después en el Tabernáculo Metropolitano. Por medio de la publicación de estos sermones estuvo enviando lejos su mensaje, por espacio de una tercia de siglo. Millares de personas, que no hubieran tenido nunca el privilegio de oírle personalmente, pudieron así, por lo menos, leer sus hermosos mensajes impresos, tan llenos de unción evangélica y de la más sana doctrina. Y sus mensajes impresos le dieron un renombre que las más eminentes personalidades no pudieron nunca llegar a disfrutar; y la influencia que ejerció, y el bien que efectuó por medio de estos sermones no es posible expresarlo a la palabra humana.

Siendo aun muy joven, Spurgeon leyó un sermón impreso, publicado por el Pbro. José Irons, que hizo tan profunda impresión en él, que determinó, según él mismo nos informa, dar a la estampa también algunos de sus sermones, aunque sólo fuera en una edición "de valor de un penique". En el primer otoño de su pastoreo en Londres pudo satisfacer este deseo, publicando un sermón titulado "Tiempo de Cosecha", el que obtuvo una recepción tan favorable, que le alentó grandemente a publicar otros. Y así, a la finalización de su primer año en Londres, ya había publicado doce sermones. Fue entonces que se puso de acuerdo con el

Sr. José Passmore, editor, que era miembro de la Iglesia, y de la familia del Dr. Rippon, para emprender la publicación semanal de sus sermones, comenzando con el primer domingo del año 1855, Esta publicación continuó ininterrumpida hasta el año 1892 en que falleció Spurgeon, es decir, por espacio de treinta y cinco años; y después de su fallecimiento, la continuó su esposa por espacio de algunos años más.

Hay que detenerse a meditar en lo que esta publicación de sermones significaba para nuestro biografiado, por el trabajo extraordinario que echaba sobre sus hombros. Los sermones de Spurgeon eran tomados taquigráficamente, y a la mañana siguiente le era presentada la traducción para su corrección; entonces era entregada al impresor, y un día después tenía que hacer la primera y la segunda corrección de pruebas. Esto, que parece cosa fácil y sencilla, resulta un tren de trabajo grande y pesado cuando hay necesidad de hacerlo por espacio de muchos años seguidos, máxime si, como concedía con nuestro predicador, tiene que ser hecho por un hombre que estaba excesivamente ocupado en otros diversos trabajos de grandísima importancia, y que, además, a menudo se veía obligado a guardar cama por pertinaz dolencia. Pero, sus sermones habían llegado a tener una enorme circulación, se habían preparado los planes para que aparecieran semanalmente, y eran esperados con ansia por sus asiduos lectores. Y en estas condiciones, Spurgeon siempre se consideró moralmente obligado a continuar dándolos a la estampa.

Desde el principio, la regular circulación de estos sermones llegó a la cantidad de 25,000 ejemplares semanales, publicados en forma de folletos baratos, a fin de que pudieran estar al alcance de todas las fortunas. Y como en ella no hubo interrupción alguna, pues siempre había bastante material acumulado, un sencillo cálculo nos demostrará que en esos treinta y cinco años se publicaron treinta y dos millones de estos sermones (32,000,000). Pero algunos de ellos tuvieron una circulación de cuarenta mil, cincuenta mil, y hasta setenta y dos mil ejemplares, y del más famoso de todos, aquel que predicó sobre la "Regeneración Bautismal", se publicaron trescientos mil ejemplares. Además, sus sermones y conferencias sobre asuntos especiales fueron muchos; y todos ellos se publicaron además en colecciones, desde diez hasta cincuenta volúmenes, y fueron reproducidos en gran número de periódicos y revistas, en diversas partes del mundo. Tomando todo esto en consideración seguramente no se nos podría tildar de exagerados si decimos que, durante su vida, de los sermones de Spurgeon se hicieron ediciones de quinientos millones de ejemplares. Y de los que se han publicado después de su muerte, nosotros no podemos ni siquiera imaginar los millares de millares que se han dado a la estampa, como tampoco de los que se continuarán dando al mundo.

Fijemos la atención en estos números, porque ellos dicen mucho. ¡Cincuenta millones de sermones, que circularon por todas las partes del mundo, que eran, más que leídos, devorados, por centenares de millares de personas, que en su lectura encontraban confortación y paz y salvación! ¿No revistió esta publicación una grandísima importancia? ¿Qué otro caso semejante se recuerda en la historia cristiana?

Seguramente que, fijándose en esta estupenda labor, fue que el Dr. R. H. Carroll dijo: "Spurgeon fue preeminentemente un predicador. Predicó quizá más sermones que cualquier otro hombre; más personas le oyeron a él, que a ningún otro; y más personas han leído sus sermones que los de otro predicador alguno". "El auditorio de Spurgeon", ha dicho otro connotado escritor, "fue, todo el mundo cristiano". En efecto, se supone que más de cien mil personas le oyeron predicar personalmente; pero, ¿cuantos han podido conocer su mensaje evangélico por medio de sus sermones impresos? Hay cosas que no pueden ser expresadas

en cifras numéricas, y ésta es una de ellas. Solamente Dios sabe cuántas personas leyeron sus sermones y fueron por ellos salvadas, o alentadas, o consoladas, o bendecidas de alguna manera.

Otro hecho digno de mención en este respecto es que los sermones de Spurgeon han circulado en mayor número de países que los de cualquier otro predicador, del pasado o del presente. Realmente, es muy difícil que haya país cristiano en el que no encontremos, en una u otra forma, los sermones impresos de este hombre eminente. Las personas que se sentían entusiasmadas con su lectura, al terminarla, entregaban estos folletos a otras personas, y éstas a otras, y así sucesivamente, hasta que estos sermones llegaban a convertirse en verdaderos judíos errantes, en incansables viajeros, por todos los caminos del mundo. Con excepción de la Biblia y de "El Peregrino" de Juan Bunyan, que son los dos libros que más han circulado, y que mayor número de traducciones han tenido, creemos que no ha habido nunca otra página impresa que haya circulado más y que haya producido mayor beneficio al mundo, que aquella que contiene los sermones de Spurgeon. Un solo ejemplo dará una hermosa ilustración de lo que venimos diciendo.

"El lunes 9 de enero de 1888, una gran multitud se reunió en el Tabernáculo Metropolitano para dar la bienvenida a Spurgeon, que regresaba a su hogar de Mentone, a donde había ido por causa de su mala salud, y también para reconocer el hecho de que se había publicado el sermón número 2000 del gran predicador. Spurgeon en esta ocasión dijo: 'Tengo en mi mano un sermón al cual doy un gran valor. Lleva escritas las iniciales D. L., es decir, David Livingstone, y es un sermón encontrado dentro de una de las cajas del Dr. Livingstone. Se titula 'Accidentes y Castigos', número 408, y en él se encuentran escritas estas palabras: '¡Muy bueno! D. L.' Me ha sido enviado por la Sra. Inés Livingstone Bruce, y está sucio y roto, pero lo guardo como una reliquia, porque aquel siervo de Dios lo llevó con él'. Este sermón, que el gran predicador guardaba junto con otros preciados tesoros de la misma índole, había viajado a través de toda África con el famoso misionero y explorador científico, quien lo leyó varias veces, le impartió su aprobación con las palabras "muy bueno", y seguramente encontró en él rico alimento espiritual.

En la revista mensual que publicaba Spurgeon en conexión con su obra, se relatan un gran número de anécdotas e incidentes en cuanto al resultado de sus sermones impresos, de los que se hacen eco casi todos sus biógrafos, y especialmente G. Holden Pike. Son tan interesantes, y ponen tan de manifiesto la magnífica labor efectuada por estos sermones, en la conversión y felicidad de millares de millares de personas, y entran tan perfectamente en la idea de este capítulo, que no nos podemos sustraer al deseo de mencionar algunas de ellas a continuación.

En el año 1881, un joven que siempre había estado inválido, murió dejando su pequeña fortuna de cuarenta libras esterlinas, para que fuera empleada en la obra de Spurgeon. "Como Ud. supondrá", escribía un pariente de este joven a nuestro biografiado, "por espacio de algún tiempo él ha estado tomando gran interés en el trabajo que efectúa Ud. por Cristo, y uno de los grandes gozos de su vida era el haberle oído predicar a Ud., un domingo en la última primavera. Ha estado leyendo sus sermones por largo espacio de tiempo, distribuyéndolos después de leídos, entre muchos vecinos pobres. Su vida ha sido una de muchos sufrimientos, principalmente por causa del asma; pero ahora la consunción se lo está llevando, y yace de la manera más apacible, tranquila, esperando el llamamiento de su Maestro". Este joven deseaba tener el privilegio, antes de morir, de recibir algunas palabras de Spurgeon, pero aunque éste le

escribió a vuelta de correo, cuando su carta llegó, ya el joven había entregado su espíritu en manos de su Señor y Salvador.

Un cristiano que se hallaba de paso en Nottiagham, fue llamado a visitar y a consolar, en sus últimos momentos, a una pobre mujer que estaba al expirar en una casa de mala fama. El buen hombre no fue remiso en cumplir con lo que consideraba un sagrado deber, y se dirigió a aquella casa; pero en vez de encontrar una pecadora a quien presentar el plan de la salvación, e impartir aliento y consolación, encontró una cristiana que se gozaba en Dios su Salvador, y demostraba poseer un selecto espíritu. Extrañado grandemente este buen cristiano, inquirió de aquella pobre mujer, cómo había llegado a obtener aquel estado de paz y felicidad; y se convenció de que todo ello se debía a un sermón de Spurgeon. "Pensad en aquel sermón predicado en Londres, enviado a América, un extracto de él publicado en un periódico de aquel país, ese periódico enviado a Australia, parte de él roto (como si dijéramos accidentalmente), envolviendo un paquete que fue enviado a Inglaterra, y después de tanto viajar, lleva el mensaje de salvación al alma de aquella mujer. 'La Palabra del Señor no volverá a él vacía' ".

Un señor que ascendía los Alpes, cerca del Lago Ginebra, se encontró una casa, perdida en aquellas soledades, a la puerta de la cual, sentadas sobre la hierba, se encontraban dos mujeres, profundamente abstraídas en la lectura de un libro, al extremo de que ni aun se habían dado cuenta de su presencia. Intrigado por esto, se acercó para ver qué maravilloso libro era aquel que así las absorbía, y le preguntó a una de ellas qué era lo que estaban leyendo. La mujer que leía el libro en alta voz para que su compartiera oyera, inmediatamente lo acercó para que él pudiera leer su título, y con grandísima sorpresa vio que se trataba de un tomo de sermones de Spurgeon, traducido al francés, que se había abierto camino hasta aquellas apartadas reuniones.

En los Estados Unidos de Norte América, los sermones de nuestro predicador tuvieron un franco éxito desde el principio, teniendo una enorme circulación, y ofreciendo el raro espectáculo de que periódicos que carecían en lo absoluto de matiz religioso, los reimprimieran en sus páginas, dando así gran satisfacción a sus lectores, y no poca ganancia a su administración. Un conocido escritor, hablando a este respecto, dice: "La recepción de los sermones de Spurgeon en los estados Unidos de América, no tiene paralelo en la historia de este departamento de la literatura religiosa. Sin ninguna de aquellas ayudas para la popularidad que tienen en Inglaterra.... esos sermones han venido con su mensaje de salvación, y han sido recibidos con alegre emoción por millares de personas en todas las partes de este vasto país. Hasta esta fecha (y esto fue escrito cuando Spurgeon todavía era el 'elocuente joven', según le llama el mismo autor de estas líneas) cuarenta y cuatro mil de estos volúmenes han sido vendidos, dentro de los últimos doce meses, y se están haciendo tantos pedidos de ellos, que mil ejemplares semanales no serían suficientes para atender a estos pedidos. Y esto es más admirable, habida cuenta de que ocurre en una época en que comparativamente hay poca demanda de libros y este comercio está languideciendo. Los editores reciben diariamente de los ministros de todas las denominaciones, las más valiosas y sinceras seguridades de que los sermones del Sr. Spurgeon son precisamente lo que ellos y sus congregaciones necesitan y quieren. Las iglesias que carecen de pastores han pedido estos sermones para leerlos desde el desocupado púlpito; y puede asegurarse con toda confianza que centenares y millares de personas en este mundo occidental, ya han sido traídas al contacto con el poder de la verdad, según es proclamada por este joven heraldo de la cruz".

Pero, que tal cosa tenga efecto en los Estados Unidos de América, donde siempre se ha recibido una sana educación evangélica, y donde se ha marcado en todo momento un

profundo espíritu religioso, a pesar de los esfuerzos que en contrario se han hecho y se están haciendo, no tiene, realmente, nada de particular, o por lo menos, nada de asombroso. Allí los libros, y sobre todo los libros que tienen un nervio robustamente cristiano, es seguro que encontrarán una calurosa recepción, en las millares de iglesias evangélicas, y los millones de cristianos. Lo que sí es admirable y asombroso, y que habla mucho a favor de estos sermones, es que ellos han encontrado entrada y calor en los países que, ni tienen esa educación religiosa, ni ese espíritu francamente cristiano.

En Rusia, en esa misma Rusia tan extensa en territorio, donde los Bautistas y otros cristianos hoy, en pleno gobierno soviético, están padeciendo todo género de persecuciones por causa de la conciencia, una vez, cuando era vasto imperio de los Romanoff, y los Bautistas no dejaban de sufrir terribles persecuciones, los sermones de Spurgeon obtuvieron una recepción que no era de esperarse, y llegaron a efectuar allí, como en otros lugares, su magnífica obra de salvación y de mejoramiento espiritual.

En 1881, un ministro escribió a Spurgeon desde el entonces llamado San Petersburgo: "Por medio de sus sermones Ud. está tomando una gran parte en el adelantamiento del Reino de Cristo, tanto en San Petersburgo como en el interior. Ud. es bien conocido entre los sacerdotes, los que parecen asirse de sus sermones traducidos; y, lo que resulta extraño, yo conozco casos en que el Censor, de buena voluntad ha dado permiso para que sus obras fueran traducidas, y esto cuando se mostraba irreductible con respecto a otras publicaciones".

Otro ministro, el Pbro. F. H. Newton, de la Misión Bautista Alemana, escribiendo a Spurgeon en 1882, desde Warschau, refiere lo siguiente: "En las últimas semanas he estado visitando las Iglesias Bautistas de Silesia y la Polonia Rusa; y creo que le interesará conocer su actividad en la fe cristiana. En casi todas las poblaciones y villas, una de las primeras preguntas que se me hacía era, *¿y cómo está el hermano Spurgeon?* En muchas de las estaciones extremas, donde no radica ningún misionero, regularmente se hace uso de sus sermones impresos; y estoy seguro de que se sentirá Ud. agradecido a nuestro común Maestro al saber que aquí, en Polonia, y en otros lugares, muchos de los miembros de las iglesias atribuyen su primer despertamiento religioso a haber oído leer alguno de sus sermones. En los servicios que he dirigido en varios lugares durante mi viaje, a menudo he usado la oportunidad de referirme a la obra de Dios que esta Ud. efectuando en Londres y otros lugares".

El siguiente hecho es relatado por el mismo Spurgeon: "Uno de los soldados del 73 Regimiento, escribe a en hogar desde la India, para decir que él recibe nuestros sermones por correo semanalmente, y que el domingo por la noche los soldados leen 'los sermones de Spurgeon', cuando la verdad es que no leen ninguna otra cosa que tenga sabor religioso. Afirma que cuando un sermón ha pasado por las manos de 50 o 60 hombres, vuelve a él completamente negro, usado y roto".

Uno de los dos hijos gemelos de nuestro biografiado, el Sr. Tomás Spurgeon, misionero en Auekland, Australia del Sur, escribió a su buena madre en 1881, acompañando un recorte del periódico "The Melbourne Argus", en el cual aparecía reimpresso el sermón No. 785 de su padre, y dice: "Este recorte de periódico me fue entregado por un misionero de este lugar, el que lo considera como una preciosa reliquia. Le fue regalado por un hombre que murió en el hospital; y se lo dio en herencia como un gran tesoro. Este hombre lo encontró en el suelo en una cabaña en Australia, y por medio de su lectura llegó al conocimiento de la verdad que es en Cristo Jesús. Lo guardó cuidadosamente durante el resto de su vida (porque estaba descolorido y roto cuando lo encontré), y en su lecho de muerte se lo dio al misionero como el

único tesoro que podía dejar tras de sí. Pensé que al querido papá, le agradaría tenerlo en su libro; si no, devuélvemelo, a fin de poderlo entregar a su dueño, el que dice que a menudo se siente alentado con sólo mirar a él".

Y el autor que relata este incidente, agrega: "Hubo cierto caballero cristiano que hizo que algunos de estos sermones fuesen insertos en los periódicos australianos, pagando personalmente el enorme costo de tal inserción. El sermón a que arriba se hace referencia puede haber sido uno de ellos".

Desde los lugares más distantes y entenebrecidos por el paganismo, se recibían continuas noticias de que, no sólo a ellos habían llegado los sermones de Spurgeon, sino también de los admirables y por todos conceptos magníficos efectos que tenían. De Tasmania escribió la esposa de un misionero, por el año 1885: "Si el Sr. Spurgeon supiera lo apreciado que son sus sermones en nuestros bosques sureños, donde no habían estado predicadores por espacio de muchos años, hasta que mi querido esposo vino a ellos, y cuántos casos de conversiones él ha presenciado, debidos todos a la lectura de estos sermones, se sentiría maravillado y se regocijaría con gozo indecible".

Se cuenta el caso de un armador de barcos de pesca, en el Mar del Norte, que, convertido por uno de los sermones de nuestro gran predicador, y deseoso de testimoniarle su profundo agradecimiento, de manera bien pública, puso a uno de sus barcos el nombre "Carlos H. Spurgeon"; y poco después le puso a otro "Susana Spurgeon", en señal de aprecio y consideración a la esposa de nuestro biografiado, la que a su vez relata el caso y dice que el "Carlos H. Spurgeon", no obstante ser muy joven, ya tiene una noble historia, puesto que ha intervenido en el salvamento de un barco de pasaje que estaba a punto de naufragar. ¡El barco "Carlos H. Spurgeon", aunque nacido con otros fines, ya estaba efectuando una obra muy parecida a la de aquel cuyo nombre llevaba: Estaba rescatando vida que estaba a punto de perecer! Y el "Susana Spurgeon", igual que la santa mujer a quien debía su nombre, estaba también haciendo circular el mensaje del gran predicador entre aquellos que se encontraban en la imposibilidad material de adquirirlos, porque siempre llevaba una buena provisión de sermones para distribuirlos profusamente entre los pescadores que en gran número se reunían en aquellos mares.

El Sr. A. G. Brown, uno de los aventajados discípulos de Spurgeon, en una ocasión relataba el siguiente incidente a su congregación: "Una vez vino a mí un hombre de magnífica presencia. No tuve necesidad de preguntarle si su negocio estaba en el agua porque el aire del mar había acariciado tantas veces su piel que había dejado en ella su marca. Le pregunté: '¿Dónde aceptó Ud. al Salvador.?' e inmediatamente me contestó: 'Latitud 25, longitud 54'. Confieso que tal respuesta me extrañó y me intrigó. Yo había oído hablar de personas que habían conocido al Señor en estas iglesias, en estos pasillos, en estas galerías, y en todo género de lugares, pero ahora me encontraba con un caso completamente distinto. 'Latitud 25, longitud 54' ¿Qué quiere Ud. decir?' y me contestó: 'Yo estaba sentarlo en cubierta, y de un paquete de periódicos que tenía delante de mí, extraje uno de los sermones de Spurgeon. Comencé a leerlo y mientras progresaba en la lectura, vi la verdad y recibí al señor Jesús en mi corazón. Brinqué al momento del montón de cuerdas sobre que estaba sentado; y pensé que si me hubiese encontrado en tierra, podría saber el lugar en que fui salvado, y, por qué no saberlo estando en el mar? Busqué la latitud y la longitud en que me encontraba, y ésta es la que le he dado a Ud.'

Estos ejemplos pudieran multiplicarse hasta llegar a un número considerable, porque en realidad, la bendición de Dios acompañó muy frecuentemente los sermones de Spurgeon, haciéndolos efectivos en el corazón de millares de personas que, por medio de ellos, pudieron aprender el camino de la salvación que es en Cristo Jesús; pero a fin de no hacer este capítulo extenso en demasía, creemos que basta con los que hemos citado.

El número de sermones dados a la estampa por Spurgeon, no obstante ser una cosa que pasma, porque llega a una cifra que es casi inconcebible, nada hubiera significado si ellos hubieran sido publicados para satisfacer una vanidad humana, o para explotar un rico filón. En ese caso, esta fase de la labor de nuestro biografiado hubiera carecido en lo absoluto de importancia y de mérito. Pero esa publicación tenía una finalidad mucho más noble, y obedecía a un propósito hondamente sentido, que era mucho más elevado, digno y meritorio. El único y exclusivo propósito de nuestro biografiado, era hacer que el mensaje evangélico pudiera llegar al mayor número posible de personas; y hay que reconocer, ante los hechos claros y terminantes testimonios, espontáneos y sinceros, de la propia experiencia de los que fueron beneficiados por ellos, que la finalidad que se perseguía fue plenamente alcanzada, mediante la bendición de Dios.

A este respecto Spurgeon fue también el caso cínico en la historia de este género de literatura cristiana. En efecto, en los anales de la Iglesia Cristiana no se recuerda otro caso semejante al suyo; porque no ha habido nunca, y quizá no lo vuelva a haber, un predicador que haya dado a la estampa un número tan crecido de sermones, como tampoco que el resultado de la lectura de esos sermones impresos se haya traducido en la conversión de tantos y tantos centenares de personas.

Imprimir sermones, puede cualquiera que cuenta con los medios necesarios para ello; pero que estos sermones no sean "letra muerta", sino que lleguen a efectuar la conversión de los hombres, es la obra exclusiva de Dios. El éxito, pues, alcanzado por los sermones impresos de Spurgeon, demuestra palmariamente que Dios estaba con él, para usarlo, como instrumento dúctil, para la gloria, de su nombre, mediante la conversión de millares y millares, que de otra manera, hubieran permanecido en las tinieblas y en el pecado, sin Dios, sin patria y sin República de Israel.

8

ESCRITOR PROLÍFICO

En el estudio de la vida de Spurgeon, llegamos al asombroso convencimiento de que fue el prolífico escritor que fue, no por afición literaria, sino por lo que pudiéramos llamar una necesidad moral. En efecto, en su primera juventud, según el testimonio de muchos de los que se han ocupado de escribir la historia de su vida, aunque estudiaba literatura con entusiasmo y agrado, no tenía una verdadera apreciación del enorme valor de la página impresa, como elemento de cooperación, y de una cooperación efectiva, en la obra evangélica.

Antes que todo, y por encima de todo, se conceptuaba predicador, y a la predicación dedicaba todas sus energías y todos sus momentos. Pero, porque era predicador, como ha dicho uno de sus biógrafos, llegó a ser escritor, y escritor de gran fuste, ya que pronto se convenció del error en que anteriormente había estado a este respecto, y para poder efectuar

una labor más amplia y dilatada, apeló a este medio de enseñanza, que para el mundo no fue otra cosa que una forma de predicación.

Algunos de sus libros demandaron de él años de trabajos continuados y persistentes, y de estudios pacientes y prolongados, como sucedió con su comentario de los Salmos; sin embargo, no creemos distanciarnos de la verdad al afirmar con uno de sus connotados biógrafos, que todos sus libros fueron a manera de sermones: algunos, sermones puros y simplemente, dados a la estampa; y otros, sermones ampliados, anotados, más extensos y dilatados; pero siempre sermones proclamadores de la verdad evangélica, en los cuales Cristo era el alma, y la vida. En este respecto hubo gran similitud entre Bunyan y Spurgeon, esos dos grandes hombres que tuvieron tantos puntos de semejanza, y que por igual manera se significaron de manera tan hermosa en el seno de su propia denominación, y en el mundo cristiano. Es cierto que el uno obtuvo su mayor fama como escritor, y el otro como predicador; pero ambos escribieron extensamente, y en un sentido muy elevado ambos, en sus obras literarias dieron al mundo sus sermones.

Por esa necesidad moral de que arriba hablamos, muy temprano en su ministerio comenzó nuestro predicador a dar al mundo sus magníficas páginas, aquellos folletos y libros que han guiado y robustecido tantas mentes, y alegrado tantos corazones. Y estos libros se fueron sucediendo, año tras año, en una forma sucesiva tan regular, un aumento de labor tan notable, un éxito tan franco, que causó el asombro de propios y extraños, para quienes resultaba casi inconcebible que un hombre tan ocupado como Spurgeon, pudiera efectuar este, enorme trabajo.

En realidad, resulta maravilloso que un hombre tan solicitado para que predicara en diversos lugares y circunstancias, teniendo que atender a su Colegio de Pastores, a sus varias instituciones benéficas a su Asociación de Colportores, a su revista mensual, y a una Iglesia fuerte, numerosa y activa, que daba calor y vida a gran número de organizaciones, y que además era atacado de pertinaz dolencia, que muy frecuentemente le hacía guardar cama, encontrara ideas, energías y tiempo suficientes para dotar al mundo de un tesoro tan abundante y rico, como el que le dio en sus libros.

Si el cristiano lector fija su atención, al leer estas páginas, en el cúmulo de cosas, todas importantísimas, que reclamaban la atención de nuestro biografiado, y que incesantemente le estaban creando problemas de difícil solución, se dará perfecta cuenta de que su labor literaria era realmente asombrosa, tanto por la cantidad cuanto que por la calidad de sus libros.

Casi todas las cosas grandes con que el mundo hoy cuenta, las cosas que verdaderamente han significado progreso y bendición para la humanidad, han tenido un origen muy humilde, comenzando por el mismo Cristianismo, hoy tan prepotente y magnífico. Han sido como la pequeña simiente enterrada en terreno fértil, que ha germinado, crecido, hasta llegar a ser como árbol gigantesco, a cuya sombra han encontrado descanso y gozo los hombres. Pues bien, y para seguir esta figura: la obra literaria, de Spurgeon tuvo su origen humilde en la publicación de una docena de sermones en el primer año de su pastorado en Londres, y fue creciendo y desarrollándose, hasta llegar a ser una poderosísima agencia. Para bien. Bastara decir que en Londres, la importante casa editora de los Sres. Passmore y Alabaster, ambos miembros del Tabernáculo Metropolitano, tuvo que abandonar todo género de publicaciones extrañas, para ocuparse exclusivamente de la edición de los libros y folletos de Spurgeon, y no daba abasto.

De aquel célebre estudio de su casa de Norwood, cuya estantería estaba repleta de las mejores obras religiosas del mundo, fluían tan copiosamente los libros, sermones y folletos, que un número considerable de obreros en una importante casa editora, eran insuficientes a darlos todos a la estampa; y cuando nuestro biografiado falleció, no obstante haber esa casa editora inundado el mundo de millares de millares de ejemplares de esos libros, quedaban muchos de ellos por ser publicados.

Para mayor comprensión del asunto por parte del lector, a continuación damos una lista de los libros de Spurgeon, según la agrupación que de ellos han hecho sus editores; y aunque es muy difícil traducir los títulos de estas obras, y en muchos casos la traducción puede que no llene la idea, nos atrevemos a hacer una traducción todo lo más aproximadamente posible de ellos.

I. EXPOSITIVOS:

1. "El Tesoro de David", (comentario sobre los Salmos). 7 vols.
2. "El Intérprete".
3. "El Alfabeto de Oro".

II. HOMILETICOS:

1. "El Púlpito, del Tabernáculo Metropolitano (sermones). 48 vols.
2. "Sermones para ganar almas".
3. "Sermones Impresivos".
4. "Sermones de Pascual".
5. "Sermones de Año Nuevo".
6. "Tipos y Emblemas".
7. "Llamamientos Triunfales".
8. "Señales de Tormenta".
9. "La Verdad Presente".
10. "Sermones Campesinos".
11. "El Matrimonio, Real".

12. "Cuadros del Progreso del Peregrino".

III. ILUSTRACIONES:

1. "Flechas Para Arcos".

2. "Ilustraciones y Meditaciones".

IV. EXTRACTOS:

1. "Buscando entre las gavillas".

V. DEVOCIONALES:

1. "Mañana por mañana".

2. "Tarde por tarde".

VI. PARA ESTUDIANTES:

1. "Discursos a mis estudiantes". 2 vols. (Trad. al Castellano.)

2. "Comentando y Comentarios".

3. "Mis Notas de Sermones". 4 vols.

4. "Discursos Domésticos y Extranjeros".

VII. PERIODISTICOS:

1. "La espada y la Trulla". (De esta revista, que era mensual, se publicaron hasta la hora de su muerte, 27 vols.

2. "El Almanaque Ilustrado". 27 vols. Anuales.

VIII. HISTORICOS:

I. "El Tabernáculo Metropolitano y su historia".

IX. POPULARES:

1. "Dichos de Juan Arador".

2. "Cuadros de Juan Arador".

3. "La Llave del Laberinto". (Trad.)

4. "Todo por Gracia". (Trad.)

5. "Conforme a la Promesa". (Trad.)
6. "Un Hombre en Cristo".
7. "Las Exigencias de Dios".
8. "Las primeras cosas primero".
9. "Un Catecismo con Pruebas".

X. VARIOS:

1. "Libro de Cheques del Banco de Dios".
2. "Cisternas de Sal". 2 vols.
3. "Sermones en Candiles".
4. "Memorias de Stambourne".
5. "El Cristiano y su Salvador".
6. "Piedras lisas de viejos arroyos".
7. "Rayos de pensamientos".
8. "Joyas de Spurgeon".
9. "Nuestro Himnario".

XI. POSTUMAS:

Además de estas obras mencionadas, Spurgeon dejó preparadas otras que se dieron a la estampa después de su muerte, y de las cuales podemos citar las siguientes:

1. "Flechas Barbadas".
2. "Las Parábolas de Nuestro Señor".
3. "Los Milagros de nuestro Señor". 2 vols.
4. "Las Enseñanzas de la Naturaleza en el Reino de la Gracia".
5. Más de 25 volúmenes conteniendo, cada uno de ellos, doce sermones sobre asuntos especiales, y otros trabajos que sería largo y difícil catalogar.

El primer libro publicado por Spurgeon es el que lleva el título de "El Cristiano y su Salvador", que tiene una médula robustamente cristiana, y contiene gran número de consejos utilísimos en cuanto a la vida cristiana. Es un libro de gran fondo evangélico, que ha tenido magnífica aceptación, y por todas partes ha ido haciendo bien ésta obra, que según un autor tiene una gran importancia, al extremo de que Spurgeon pudo vender su manuscrito en más de mil libras esterlinas, nuestro biografiado, en su inexperiencia, la entregó al editor por menos de cincuenta libras, dejando en sus manos el derecho de propiedad.

Descontando su colección de sermones, de la que hemos hablado con alguna extensión en otro lugar, la obra más importante por todos conceptos, de nuestro escritor, es su "Tesoro de David", magnífico comentario sobre los Salmos. Consta de siete tomos en tamaño 12mo, con un total de 3228 páginas, impresas en tipo de ocho puntos sin interlinear. El método seguido en este libro acusa una enorme labor y una grandísima erudición: primeramente se hace una introducción a cada Salmo, en la cual se estudia brevemente todo lo concerniente al tiempo en que fue escrito, el autor, etc.; después viene una exposición completa y abundante de cada versículo del Salmo, hecha por nuestro biografiado; luego siguen las "notas explicativas", en las que se presentan los comentarios sobre cada versículo, de diversos autores antiguos; y por fin, las "Sugestiones al Predicador Rural", que son a manera de notas para sermones, de distintos escritores, sobre cada uno de los textos del Salmo.

En la preparación de este libro empleó Spurgeon más de veinte años de continuos trabajos, según él mismo informa en el prefacio del tomo 7o., siendo en ese trabajo auxiliado por varias personas. Pero esa fue una obra de tanto amor para él, que al dar a la estampa la última parte del libro, dice: "Hay en mi espíritu una sensación de tristeza al separarme del 'Tesoro de David', para no encontrar más en esta tierra un tesoro más rico, aunque todo el palacio de la Revelación permanece abierto para mí. Benditos han sido los días empleados en meditar, lamentar, esperar, creer y alabar con David! ¿Puedo esperar tener horas más gozosas de este lado de las puertas de oro? Quizá, no; porque han sido muy selectas las ocasiones en que el arpa del gran poeta del santuario ha embelesado mis oídos.... A menudo he pausado en mi comentario sobre el texto, a fin de poder elevarme con el Salmo, y ver las visiones de Dios".

La apreciación que el mundo cristiano ha hecho de este libro, puede verse por el considerable número de ejemplares que de él se han vendido. El mismo autor afirma, no a manera de vanagloria, sino con un sentimiento de profunda gratitud a Dios, que es difícil que haya habido nunca un comentario tan extenso sobre un sólo libro de la Biblia, del cual se hayan vendido tantos ejemplares. Pero esta buena aceptación del libro por parte de propios y extraños, está perfectamente justificada, si se considera que en sus comentarios sobre el texto, Spurgeon guarda una perfecta fidelidad a las enseñanzas de la Palabra de Dios – porque para nuestro biografiado, la Biblia no *contenía* la Palabra de Dios, sino que era la Palabra de Dios – y se conserva siempre dentro de la más estricta ortodoxia; y esto, aparte de la erudición demostrada, y el gran número de comentarios ajenos que se incluyen en la obra.

Otro de los libros de Spurgeon que tiene un gran valor, por su índole y su contenido, es "Discursos a mis estudiantes", en cuya preparación, según uno de los más documentados biógrafos, puso nuestro autor "su alma y su corazón". Este libro, como se verá más adelante, fue la causa y el origen de aquella empresa tan importante que nació en el noble corazón de la noble compañera del "Príncipe de los Predicadores". "Discursos a mis estudiantes", que podemos tener el privilegio de leer en nuestro propio idioma, es realmente una obra de inmensa importancia acerca de la materia que trata y en su preparación puso el autor un

grandísimo cuidado, ya que se dirigía a los estudiantes del "Colegio de Pastores", aquella institución que para Spurgeon fue siempre "el ojo de su cara".

Este libro es "en todo sentido un libro de lectura popular; no demasiado ligero para los graves eruditos, ni tiene aquella sólida sequedad que repele a los que leen para solaz. Cada página es chispeante, y su ingenio es el de una naturaleza no enferma; a través de sus páginas se nota un esfuerzo característico a obtener resultados prácticos. Las cosas hermosas no son dichas únicamente por decirlas; el más pequeño apotegma es usado para llegar al blanco más elevado, fallándolo en muy raras ocasiones. Como homilias de un centro docente, estos discursos no fueron pronunciados con aquel esquinco profesional que parece dar valor a su materia y dignidad al conferenciante; más bien fueron pronunciadas con fácil gracejo, y a medida que las leemos, nos parece estar contemplando el iluminado rostro que por sí mismo puede enseñar, lo que vale mucho más que un discurso académico".

El mencionado libro es un admirable tratado de Teología Pastoral: quizá, no tan extenso, tan sistematizado como aquellos con que estamos familiarizados; pero esto mismo pudiera ser una de sus grandes ventajas. No hay en él hojarasca literaria, ni abundamiento de tecnicismos empalagosos; en cambio, ningún aspecto del asunto general que trata deja de ser estudiado, ni se deja de dar lecciones útiles y consejos prácticos sobre él, haciéndolo todo con aquella elocuencia, aquella clara erudición, y aquel sentido práctico, que tan naturales eran en Spurgeon. Es que un hombre tan consagrado al ministerio cristiano, en una comunión tan íntima con Dios, con una experiencia tan rica, y un deseo tan intenso de ser útil a sus jóvenes hermanos y compañeros en el ministerio, estaba en las mejores condiciones para hablar espontáneamente y con palabra docta, a la par que sencilla y perfectamente comprensible, de todos aquellos asuntos.

De todos los libros de Spurgeon, aparte de sus sermones, el que más éxito obtuvo, si es que debemos juzgarlo por su venta, es el titulado "Dichos (o conversaciones) de Juan Arador", en cuya portada, y en traje de campesino inglés, aparecía el retrato de nuestro biografiado. De ese libro se hicieron varias ediciones, y antes del año 1892 en que falleció Spurgeon ya se habían vendido trescientos mil ejemplares. Su material está formado por trozos de lo que pudiéramos llamar filosofía popular, perfectamente adaptarlo a las necesidades intelectuales y morales de los de humilde condición. Envueltas en un serio humorismo, si es que así podemos expresarnos sin caer en la contradicción, presenta las verdades más concretas y fundamentales. Su estilo es muy interesante; y por esto, y por haber sido publicado en ediciones muy baratas, circuló grandemente entre el elemento pobre, efectuando una verdadera labor de utilidad, allí donde más necesarios eran los libros de esta índole. Semejante a éste, aunque mucho más breve e ilustrado, es su "Cuadros de Juan Arador", del cual se vendieron ciento cincuenta mil ejemplares.

Sus "Notas de Sermones", en cuatro tomos, han resultado un verdadero tesoro para los predicadores, y sobre todo para los predicadores jóvenes, que en ese libro han encontrado modelo y sugerencias para la preparación de sus sermones, cosa que tan difícil resulta para algunos de los predicadores noveles. En efecto, en las "notas" de Spurgeon, aparte de ajustarse estrictamente a las enseñanzas del texto, se ve un orden lógico tan grande, y lo que pudiéramos llamar una cadencia tan natural, que no pueden dejar de ser sugestivas, en alto grado, para aquellos que las estudian con el propósito de aprender.

"La Historia del Tabernáculo Metropolitano" es un libro de gran valor histórico, porque relata la vida de aquella antigua congregación en la cual nuestro biografiado ministró por

espacio de treinta y siete años. En ella se ve la paciencia con que el autor ha buscado en los antiguos registros de la Iglesia, para dar al mundo un libro que era para él una obra de amor. La única falta que algunos críticos han encontrado en este libro, se encuentra en el hecho de que el autor silencia su propia labor al frente de aquella congregación, labor que tanto por ser una parte de la historia que se proponía relatar, cuanto por la magnitud que tuvo, no debió haber silenciado. Sin embargo, su silencio es perfectamente comprensible y hasta cierto extremo excusable.

Otros dos de sus libros que necesitamos mencionar son: "Nuestro Himnario", y "Memorias de Stambourne". En el primero, que es una magnífica colección de himnos, escritos en su mayor parte por el Dr. Rippon, Spurgeon se nos presenta como poeta y como crítico. Aparte de haber escrito un buen número de himnos para este libro, revisó cuidadosamente todos los que no eran de su paternidad, mejorándolos y puliéndolos, hasta hacer de ellos verdaderos salmos religiosos.

Y en "Memorias de Stambourne", libro escrito pocos meses antes de su fallecimiento, nos da un vislumbre a la ternura de su corazón, y una ojeada a los primeros años de su vida. Tiene un gran valor histórico-doctrinal, ya que es una especie de biografía de sus primeros años; y el cariño con que recuerda a sus buenos abuelos y a su tía-madre, habla muy alto de la grandeza de su corazón.

Pero, al hablar de Spurgeon como escritor prolífico, no podemos dejar de estudiarlo en el periodismo, difícil género en el cual se distinguió, poniendo de relieve su indiscutible habilidad, y que le ayudó en gran manera a obtener tan señalado éxito, tanto en su labor pastoral, cuanto en su obra de enseñanza o de benevolencia.

Es incalculable el beneficio que reporta el periódico, ya como medio de propaganda religiosa, ya como medio de cooperación en la labor de un ministro, o de una Iglesia. Yendo donde el hombre muchas veces no puede ir, y teniendo la muda paciencia y persistencia que al hombre muchas veces le faltan, reviste una gran importancia. Este es un hecho tan conocido, que no es necesario hacer hincapié en él. Por eso, aparte de los datos probatorios que pudieran aducirse al efecto, no dudamos en afirmar que a su revista mensual, fundada en 1865, y de la cual se habían encuadernado veintisiete tomos a la hora de su muerte, contribuyó grandemente a la realización y desarrollo de aquella estupenda y multilateral obra que nuestro biografiado tuvo siempre entre manos. Esta revista, que llegó a tener 15,000 suscriptores, y que circulaba profusamente dentro y fuera de Inglaterra, llevaba su mensaje evangélico, su palabra de aliento, su voz en defensa de los grandes principios bíblicos y denominacionales, su calurosa exhortación, y su apremiante petición de ayuda a millares de personas que no tenían contacto personal con el predicador, y que de otra manera hubieran permanecido inconscientes, por lo menos hasta cierto extremo, de la magna labor que se estaba llevando a cabo.

El Dr. Russell H. Conwell dice pertinentemente a este efecto: "La revista hizo que el Tabernáculo Metropolitano fuese conocido en todos los pueblos de habla Inglesa, y llenó su mejor propósito al hacer que cada uno de sus lectores se sintiera personalmente relacionarlo con Spurgeon. Tuvo una maravillosa influencia reflejada sobre la asistencia al Tabernáculo en Londres y sobre cada uno de los departamentos de la obra local. Las personas en América leían alguna nota interesante en la revista, acerca de la obra misionera, o del servicio de la Iglesia del Tabernáculo, y bajo la inspiración del artículo, escribían a sus amistades de Londres invitándolas a que concurren a los servicios de predicación de Spurgeon. En la gran

metrópoli había millares de personas, que vivían cerca del Tabernáculo, que no oyeron hablar de su predicador hasta que algún amigo de América, Australia o India, les escribió acerca de ello.... Podemos decir que una tercia de la membresía del Tabernáculo consiste de personas que fueron aconsejadas a asistir a los servicios de Spurgeon, por amigos que vivían fuera de Londres.

"La poderosa influencia que la revista ejercía sobre todos los intereses locales de la Iglesia, podía ser medida parcialmente por la asistencia de visitantes al Tabernáculo, que decían: 'He venido hoy a traer amigos que viven fuera de ciudad, y que deseaban grandemente oír al Sr. Spurgeon'. Un conocido del autor, que también era amigo de Spurgeon, ha calculado que las pequeñas ofrendas que éste recibía por correo, desde lugares distantes, para que las empleara en su obra, ascendían a \$16.000 anuales."

Ya vemos, pues, que la revista, en las manos de Spurgeon, era un verdadero poder, una a manera de interminable prolongación de su voz convincente y de su influencia personal: influencia usada siempre para alguna labor gigantesca, tendente al mayor beneficio humano y a la gloria de Dios –los dos solos objetivos en su vida intensamente ocupada y consagrada.

Los eruditos en la materia, sin distingos de partidos, considerando tanto la cantidad como la calidad, la forma cuanto el fondo de sus libros, han estado contestes, como no podían por menos que estarlo, si habían de proceder en justicia, en dar a Spurgeon la bien merecida calificación de escritor hábil y prolífico, y han considerado sus obras como didácticas e inspiradoras en alto grado. Pero, podemos dar un paso de avance, y repetir lo que hemos dicho en otro lugar a este mismo respecto: "Spurgeon fue el más grande escritor religioso de su época, y si suprimiéramos el adjetivo 'religioso', no diríamos mucho. Con verdad ha dicho el Dr. S. H. Greene: 'Fue una de las principales fuerzas religiosas de su época'.

En estilo es brillante, y el ropaje con que cubre sus pensamientos, resulta hermoso y agradable. El inglés que emplea, y en esto también se parecía a Juan Bunyan, desprovisto de terminologías rimbombantes y rebuscadas, era llano y castizo, con aquella casticidad que proviene del prolongado estudio del idioma, y que ha sido refinado y modelado por el profundo conocimiento de la Biblia, libro en que, a, decir de Donoso Cortés, han aprendido los literatos del mundo a escribir sus mejores páginas. Todos los que oían a Spurgeon podían comprenderlo perfectamente; y los que en más de una ocasión fueron a escucharle con espíritu crítico, no pudieron por menos que reconocer y proclamar que aquel hombre era impecable en el uso y aplicación del idioma. En realidad, los que le conocieron y trataron íntimamente, entre ellos un considerable número de afamados profesores universitarios, y distinguidos literatos, afirman que tenía un raro y sorprendente conocimiento de su lengua natal.

En sus escritos, lo mismo que en sus predicaciones, abundaban las imágenes e ilustraciones. Hombre que a menudo era visitado por las musas, como lo demuestran las magníficas poesías que dejó escritas, y que reunidas formarían un grueso volumen, con grandísima frecuencia introducía en sus escritos los giros y las figuras poéticas. Sus ilustraciones lo eran en el verdadero significado de la palabra, es decir, arrojaban siempre luz sobre el asunto de que trataba y al cual las aplicaba.

Sin embargo, la forma literaria que empleaba en sus escritos, no era un mero adorno, ni a manera de brillante vestidura con que se tratara de cubrir un esqueleto frío y descarnado; sino un medio atrayente y agradable de hacer que sus profundos pensamientos pudieran tener una mejor y más perfecta entrada en el cerebro y en el corazón de sus lectores. No era literato

meramente para realizar la belleza por medio del lenguaje humano, que entonces su valor hubiera sido muy relativo, sino para enseñar a los hombres verdades eternas, que habían de transformar y bendecir sus vidas.

En sus escritos, en todos ellos, se encuentran las flores a granel, pero tras ellas, y entre ellas, aparece el rico fruto, que ofrece sólido alimento, que pueden asimilar los estómagos más delicados. Tras la llaneza de la palabra y la hermosura del lenguaje, se encuentra siempre en sus páginas, aquella profundidad de pensamiento y luminosidad de ideas que tanto valen y significan para el mayor progreso de los individuos.

Así, Spurgeon combinaba naturalmente en sus escritos la elegancia de la forma con la solidez del fondo, haciendo que ambos se ayudaran mutuamente, para mejor llegar a la finalidad perseguida. Y ambas cosas fueron necesarias, no solamente para catalogar a Spurgeon entre los más conspicuos literatos de su tiempo, ya fueran religiosos o profanos, sino para lo que vale infinitamente más, a saber: que sus obras fueran todo lo útil que llegaron a ser, para tantos y tantos millares de personas, que a ellas debieron su paz y su felicidad.

9

PREPARANDO A OTROS

DESDE el mismo comienzo de la obra de Spurgeon en Londres, su enorme éxito como predicador se tradujo en un gran avivamiento, al extremo de que aquella Iglesia, que sólo contaba con 318 miembros cuando él vino a ella, y éstos en un estado de grandísima inactividad, aumentó su membresía en unos cuantos centenares que, antes de que pasara mucho tiempo, se convirtieron en unos cuantos millares. Muchos de los que venían a sus servicios con el propósito de burlarse del joven predicador, se quedaban luego para orar; y otros que llegaban con el fin de criticar y para "pasar un buen rato", se quedaron en la Iglesia para adorar y para servir.¹

Formando parte de estos centenares y millares que vinieron a engrosar la congregación, se encontraban muchos jóvenes, que demostraron ser consagrados y fieles, y sentir el hondo deseo de predicar el Evangelio a los perdidos. Acerca de la sinceridad y buenas intenciones de estos jóvenes, no se ofrecían dudas; y desde el primer momento fue para Spurgeon un problema de difícil solución, pero que gravitaba sobre su corazón, la manera de poder dar a estos jóvenes una adecuada preparación, que les capacitara, el poder efectuar a la mayor eficiencia, aquella sagrada labor a que tanto deseaban consagrar su vida. Y ese problema se hacía más difícil, primero, porque la mayoría de aquellos jóvenes no estaban en

¹ Entre los que venían a oír a Spurgeon, se encontraban elementos de todas las clases sociales, pues no hay que suponer, ni por un momento, que sólo los pobres y humildes eran atraídos por el gran predicador. Por el contrario, entre sus oyentes se encontraban frecuentemente personalidades de elevado rango social, político o financiero, de las que pueden mencionarse las siguientes: Lord Campbell, Justicia Mayor de Inglaterra, quien al salir un día de uno de estos servicios, decía a Sir Ricardo Mayne, Comisario de Policía, que también había asistido: "Este hombre está haciendo un gran bien, Señor está, haciendo un gran bien"; Lord y Lady Russell, Lord Alfredo Paget, Lord Panmure, el Conde de Salisbury la Duquesa de Sutherland, el Barón Bramwell, el Sr. W. E. Gladstone, la Srta. Florencia Nightingale, el Dr. David Livingstone y otras muchas. ¡Hasta el Obispo de Londres (Anglicano) frecuentemente iba a oír a Spurgeon!

condiciones económicas de poder afrontar los gastos de prolongados estudios; y después, porque el mismo Spurgeon tenía una manera de pensar que discordaba algo de la idea prevaleciente acerca de las materias que debían incluirse en el plan de estudios para la preparación ministerial, y la forma en que estos estudios debían efectuarse.

En esta necesidad de preparación de los jóvenes de su congregación, y el deseo que nuestro biografiado tenía de serles útil, tuvo su origen la idea de un Colegio para Pastores, cuyo nacimiento fue muy humilde, pero que se desarrolló con los años hasta llegar a ser una poderosa institución. El mismo Spurgeon ha hablado largamente acerca del origen y progreso de esa Institución, y aunque ellas resulten algo extensas, creemos conveniente citar algunas de sus palabras, para mejor comprensión de este asunto. Hablando a este respecto en 1870, dice:

El Colegio de Pastores, que comenzó en 1856, ha entrado ahora en su 14avo., año, y durante este largo período, ha sido siempre recordado por el Dios del cielo, a quien todos nos unimos en ofrecer reverente acción de gracias. Cuando comenzó, yo no tenía la más remota idea de que pudiera crecer tanto. Se estaban levantando a mi derredor, como mis propios hijos espirituales, muchos jóvenes sinceros que sentían el irresistible impulso de predicar el Evangelio, y sin embargo, con sólo medio ojo podía verse que su falta de preparación les había de ser un gran obstáculo. No estaba en mi corazón aconsejarles que dejaran de predicar, y aunque lo hubiera podido hacer así, con toda seguridad hubieran desoído mi recomendación. Como parecía que de todas maneras habían de predicar, y sus conocimientos eran muy limitados, no había otro camino a seguir que darles la oportunidad de prepararse para la obra.

El Espíritu Santo evidentemente había puesto su sello en la obra de uno de ellos, el Sr. T. W. Medhurst, que ahora se encuentra en Landport, por las conversiones que habían sido el resultado de su predicación al aire libre, por lo tanto, resultaba una sencilla cuestión de deber el instruir a este joven Landport, a fin de que pudiera efectuar mejor labor. Ningún colegio en ese momento me parecía ser apropiado para la clase de hombres que la Providencia y Gracia de Dios reunían en mi derredor. En su mayor parte eran pobres, y la mayoría de las escuelas hacían necesario un considerable desembolso para los estudiantes; porque aun en aquellos lugares en que la instrucción era libre, los libros, vestidos y otros gastos incidentales requerían una cantidad anual bastante considerable. Además, debe ser francamente reconocido que mis opiniones acerca del Evangelio y el modo de preparar a los predicadores, eran y son algo peculiares. Quizá haya sido falta de caridad en mi juicio, pero creía que el Calvinismo de la teología usualmente enseñada es muy dudosa, y el fervor de la generalidad de los estudiantes estaba muy detrás de sus conocimientos. Me parecía que predicadores de las grandes y viejas verdades del Evangelio, ministros apropiados para las masas, podían encontrar más probablemente en las instituciones donde la predicación y la teología fueran los asuntos principales, y no los títulos y otras insignias de conocimientos humanos.

Creía que sin interferencia en cuanto a los laudables propósitos de otros colegios, yo podía hacer mucho bien a mi manera. Esta y otras consideraciones me llevaron a tomar unos pocos jóvenes probados, y ponerlos bajo la dirección de algún ministro hábil, para que éste los instruyera en las Escrituras y aquellos otros conocimientos útiles para la comprensión y proclamación de la verdad. Tal cosa parecía sencilla; pero cómo había de ser conducida y sostenida esta obra, era la cuestión vital –una cuestión que, podemos agregar, estaba solucionada antes de ocurrir.

Para solucionar la cuestión económica, que era una de las más difíciles y apremiantes, Spurgeon contaba con la promesa de ayuda de varios amigos y hermanos, aparte de las cantidades que él mismo podía dedicar a esta empresa, en aquellos momentos en que la venta de sus sermones en los Estados Unidos de América, ofrecía una abundante fuente de ingresos. Sin embargo, esta solución era sólo momentánea, y una institución de esa índole, que se proponía proveer a los estudiantes de todo lo necesario durante sus estudios, había de demandar grandes cantidades para su sostenimiento, creando no pocas dificultades y contratiempos. Pero Spurgeon era un hombre de fe y de oración; confiaba en Dios, "de quien proviene toda dádiva buena y todo don perfecto", pero al mismo tiempo estaba en continua acción para obtener aquello que se había propuesto, que esperaba obtener, y por lo cual oraba. Y un hombre que poseía esas condiciones, entre otras muchas de gran valor, no podía dejar de abrirse paso y obtener el franco éxito.

Al principio, sólo se pudieron recibir uno o dos estudiantes, los que habitaban en el hogar de buenos cristianos, y recibían su instrucción de un solo profesor. "Dos amigos", dice Spurgeon, "el Sr. Windsor y el Sr. T. Olney, ambos diáconos de la Iglesia, prometieron ayudar, y su ayuda, con lo que yo podía dar personalmente, me permitió recibir un estudiante, y entonces me puse a buscar un maestro. En la persona de Sr. Jorge Rogers, entonces pastor de la Iglesia Independiente de la calle Albany, Camberwel, Dios nos envió el mejor hombre para tal cosa. Se había preparado para semejante obra, y ansiosamente esperaba poderse dedicar a ella. Este caballero, que ha permanecido durante todo este tiempo siendo el principal maestro, es un hombre de sello puritano, profundamente ilustrado, ortodoxo en su doctrina, liberal de espíritu, y de corazón juvenil, no obstante sus años..... En el hogar de este amado ministro encontraron cabida los primeros estudiantes, y por un tiempo considerable fueron considerados como miembros de su familia".

"Alentado por la facilidad con que estos jóvenes encontraron esfera de acción, y por su singular éxito en la salvación de las almas, aumenté su número; pero la mayor parte de lo empleado en sostenerlos, salía de mi propio bolsillo. La enorme venta de mis sermones en América, junto con la economía de mi querida esposa, me facilitó el poder emplear de 600 libras esterlinas (\$3,000.00) a 800 libras (\$4,000.00) al año, en mi obra favorita; pero de pronto, debido a mi denuncia de la esclavitud que entonces existía en aquellos Estados, mi manantial, que venía de aquel arroyo Cherith, se secó completamente".

Este fue el momento más difícil de toda la vida del Colegio de Pastores, porque Spurgeon había determinado cesar en esta obra tan pronto como se agotaran sus recursos, pensando que tal cosa sería la prueba más evidente de que esa institución no contaba con el favor divino. Pero, cuando el hombre ha agotado todos sus recursos, y no le resta nada que hacer, entonces comienza la obra de Dios; cuando el hombre ve que todos los caminos se le cierran, entonces Dios abre nuevos caminos, tan maravillosos, que el humano no puede ni siquiera imaginar que existan. En la flaqueza del hombre, el poder de Dios es perfeccionado. Y eso sucedió en el caso de Spurgeon y su Colegio.

La Iglesia del Tabernáculo Metropolitano, enterada de las condiciones en que se encontraba esta institución, y el extremo a que había llegado su fundador, acordó tener lo que se llamó "la ofrenda semanal" para el sostenimiento del Colegio, ofrenda que al principio fue pequeña y pobre, pero que aumentó de día en día, hasta que llegó el momento en que pudo hacerse cargo del sostenimiento de tan magnífica empresa; y muchas personas, la mayor parte de las cuales eran completamente desconocidas para nuestro predicador, comenzaron a enviar cantidades para que las usara a voluntad. Un día recibió una carta, de un banquero de la

ciudad, informándole que una señora, cuyo nombre se negó a comunicar, le había hecho entrega de \$1,000.00 para que fueran usados en la preparación de sus jóvenes. Algunos días después, el mismo banquero le entregó otros \$500.00 para el mismo fin; y las cantidades siguieron llegando, de la manera más abundante y providencial.

Algún tiempo después, dice Spurgeon, el Sr. Phillips, un amado diácono de la Iglesia del Tabernáculo, comenzó a ofrecer el banquete anual a los amigos del Colegio en el cual se han reunido grandes cantidades año tras año.... El Colegio creció rápidamente, de mes en mes, y el número de los estudiantes aumentó de uno a cuarenta. Los amigos, conocidos y desconocidos, de cerca y de lejos, fueron movidos a dar poco o mucho a la obra, y de esa manera crecieron los fondos a medida que aumentaban las necesidades....

Estas donaciones siguieron fluyendo en gran número, al extremo de que fue posible levantar un edificio apropiado para el Colegio, y admitir gran número de alumnos. Y de esta manera, bajo el auxilio y la protección divinas, esta institución, que había tenido un origen tan humilde, como todas las otras que se debieron luego al genio organizador y a las actividades de Spurgeon, llegaron a ser la admiración de propios y extraños, por la forma maravillosa, providencial, en que pudo siempre sostenerse, y por la magnífica labor que pudo realizar en la preparación de esos centenares de jóvenes que luego se esparcieron por el mundo, a proclamar las buenas Nuevas de Salvación, y a decirle como una institución que ha roto los antiguos moldes usados para esta clase de centros docentes, puede llenar a la perfección el fin para el cual fue creada.

Como hemos indicado ya, Spurgeon que no tuvo el privilegio de efectuar sus estudios en universidades y seminarios, pero que conocía teóricamente sus exigencias y sus resultados, no estaba enteramente conforme, ni con los programas de éstas, ni con la manera en que efectuaban su cometido. Para él, estas grandes instituciones, por lo menos en lo que a ministros del Evangelio se refiere, obraban tanto por exceso como por defecto: por exceso, porque demandaban demasiados estudios de aquellos que entraban en sus aulas; por defecto, por cuanto que no daban la debida y cabal preparación exclusivamente ministerial, a los estudiantes, sino una preparación que desde el punto de vista espiritual, dejaban, mucho que desear. En conformidad con esta manera de pensar, creó un colegio que no era semejante a los otros colegios preparatorios para ministros, que existían.

Para que se vea claramente cuáles eran sus ideas a este respecto, copiamos las palabras que Spurgeon dirigió al Dr. S.S. Cutting, Secretario de la Comisión Educativa Americana y Bautista, en las que expone perfectamente sus puntos de vista, en cuanto a lo que debe ser una escuela teológica para hombres sencillos.

1. Fúndese un colegio en el cual puedan ser admitidos hombres que tengan una ordinaria preparación inglesa, sin que tengan que sentirse degradados al compararse con graduados de universidades seculares.

2. No se debe incitar en los hombres la ambición de obtener sabiduría humana por lo que ella vale; más hacedles sentir el deseo de ser salvadores de almas y edificadores de los santos –por tanto, que la finalidad no sea el título.

3. Provéase a todas las necesidades de los hombres –alimento, alojamiento, ropas, libros, en realidad, todo lo que necesiten.

4. Condúzcase todo en la forma más económica, a fin de que los hombres no formen hábitos de acuerdo con los cuales no puedan luego vivir.

5. Únase el Colegio a una Iglesia grande y activa. Signifíquese la esperanza de que los hombres se unan a ella, y durante los primeros seis meses, trabajarán en sus Escuelas Dominicales, etc.

6. Hágase que los periodos de estudio sean cortos, digamos de dos o tres años. Nunca debe excederse de esto. Los que no pueden demostrar eficiencia en este tiempo, no podrán rendir mejor obra en un estudio más prolongado.

7. Dése a cada hombre los primeros tres o cuatro meses como prueba, y constantemente sepárese a los holgazanes, vanos, insuficientes, o faltos de celo.

8. Desarróllese el espíritu devocional, dedicando medio día a la semana a la oración, exclusivamente. Comiéncese toda clase con oración.

9. Que los estudiantes vivan en hogares cristianos envíese constantemente a un cristiano a que investigue acerca de sus hábitos, vida domestica, moral, etc.

10. Hágase saber por medio de vuestras revistas y periódicos, que los hombres que deseen estudiar serán admitidos, y son solicitados. Véase mi almanaque anual.

11. No aten al Presidente con comités, etc.

12. Examínese a los hombres, y hágase que todos efectúen el mismo estudio. Algunas personas jamás aprenderán los clásicos; otros los aprenderán fácilmente.

13. Hágaseles practicar en la preparación de sermones, en la discusión, etc. y foméntese el discurso espontáneo.

14. Al hombre que verdaderamente es bueno, permítasele quedarse hasta que se le encuentre un puesto; y permítasele volver, si en su primera iglesia no tiene éxito. Retenedle con vosotros otro término, y dejadle probar otra vez.

15. Con los pobres estableced un sistema de bibliotecas circulantes, a fin de ponerles en contacto con los libros, y que puedan irse instruyendo a sí mismos.

16. Que los maestros sean hermanos de los estudiantes, y no señores. Mientras más familiar sea el intercambio, más profundo será el amor, y más verdadero el respeto.

17. Invitad a pastores, misioneros, y obreros que han tenido éxito, a hablar a los estudiantes y a contarles sus experiencias.

18. Ocupad a los estudiantes en la predicación en el interior, y exhortadles a que sean ganadores de almas, al mismo tiempo que son estudiantes.

19. Haced énfasis en las ciencias físicas; ellas ofrecen muchas ilustraciones, relevan la severidad del estudio, y aumentan la mentalidad. El cambio de trabajo es una recreación.

20. Que la iglesia ore por ellos. Interésese a la iglesia por medio de reuniones en las que predicarán los estudiantes. Permítase a los principiantes hablar, y después, se podrá medir su progreso y se verá la realidad de su preparación.

21. Acéptense los "Principios de los Bautistas" del Dr. Wayland, y póngaseles en práctica.

Estas reglas, por lo sencillas que son, hacen pensar que sería muy difícil llevarlas a la práctica sin embargo, el Colegio de Pastores, creado por el mismo hombre que formuló estas reglas, y seguramente de acuerdo con ellas, demuestra concluyentemente la posibilidad de crear y sostener, un centro docente religioso que llene su finalidad de la manera más cabal. Porque es difícil que en el mundo haya existido nunca, un colegio que haya producido tantos obreros fieles, consagrados, activos, eficientes, en el mismo espacio de tiempo. Y conste que no queremos desmeritar la labor de los grandes seminarios, sino solamente poner de manifiesto la magnífica labor de éste que creó y sostuvo Spurgeon.

A fines del año 1872, el número de estudiantes había crecido tanto, que fue necesario pensar en la fabricación de un hogar para el Colegio, en el cual se encontrara la capacidad y las comodidades necesarias. Y Spurgeon que en su profunda fe creía que no había nada imposible, ni que hubiera dificultades y obstáculos que no pudieran ser vencidos, si se contaba con la ayuda divina, comenzó a trabajar en pro de esa edificación. Y Dios bendijo su propósito y le dio todo lo necesario para llevarlo a la efectividad.

En mayo de 1878 un amigo envió a Spurgeon \$5,000.00 para el Colegio; y en octubre 14 de este mismo año, fue colocada la primera piedra del nuevo edificio. La congregación dio \$5,000.00, y los estudiantes \$1,500.00 y se comprometieron a reunir \$8,500.00 más. Por este tiempo, el Sr. Matthews dejó un legado de \$25,000.00 para el nuevo edificio; \$15,000.00 fueron donados por una señora en memoria de su querido esposo fallecido; y un lector de los sermones de Spurgeon, envió otros \$10,000.00. La congregación del Tabernáculo también hizo grandes contribuciones a ese fin, como consecuencia de las visitas que, a invitación de su presidente, hacía al Colegio. "En contestación a la oración", dice Spurgeon, "el oro y la plata han estado listos cuando han sido necesitados".

Con un costo de \$75,000.00 fue terminado el edificio, e inaugurado en medio de un grandísimo regocijo, con ceremonias apropiadas. Hablando en esta ocasión acerca del trabajo evangélico llevado a cabo por los estudiantes, dijo nuestro biografiado: "Nuestras estadísticas, que están muy lejos de ser completas, demuestran que estos hermanos (los estudiantes que han salido del Colegio, a predicar el Evangelio en Inglaterra y fuera de ella) bautizaron 20,676 personas en diez años (1865-1874), que el crecimiento neto de sus iglesias ha sido de 19,498". Y en su discurso anual, a la terminación del curso, en 1890, dice que en los 34 años de existencia del Colegio, habían sido recibidos en él 828, no incluyendo a los que entonces estaban estudiando; que de éstos, "los más habían quedado, mas algunos (72) han dormido"; y que, después de hacer todas las deducciones, 673 permanecían haciendo alguna obra evangélica, y de éstos, 607 se encontraban en nuestra denominación, como pastores, misioneros y evangelistas.

El Colegio de Pastores fue la primera de aquellas magníficas instituciones que se debieron a la grandeza de corazón, a la robusta mentalidad, y al asombroso espíritu de organización de ese hombre gigante que se llamó Carlos H. Spurgeon; y hasta el fin de su vida, fue la preferida, su "querido primogénito", como lo llamaba él mismo. Nunca descuidó, ni miró

con indiferencia ninguno de sus asilos, ni su Asociación de colportores, ni sus publicaciones; pero amaba el Colegio con un amor especial, quizá pensando que éste tenía una grandísima utilidad, más que sus otras organizaciones. Bueno es cuidar de la viuda y del huérfano, pero ¿quién puede decir, ni justipreciar, el resultado final de una obra que se ocupa de la preparación y modelación de centenares de personas, de cristianos fieles y piadosos, de ministros activos y consagrados, que han de ir a esparcir la buena simiente del Evangelio por todas las regiones del ancho mundo, tratando de ganar para Cristo a los millones que se encuentran como ovejas sin pastor, descarriadas y perdidas?

Hablando a este respecto él mismo dice, con aquella elocuencia que le es característica: "Bajo ciertos aspectos, la obra de Aquila y Priscila, al enseñar al joven Apolos el camino de Dios, más perfectamente, es de mucha mayor importancia que el elocuente servicio de Apolos, que le siguió. Hacer el busto es algo, pero hacer el molde en que ese busto ha de ser vaciado, es mucho más. El que convierte un alma saca agua de una fuente; pero el que prepara un ganador de almas, está cavando un pozo del cual millares pueden beber el agua de la vida eterna. Por eso creemos que nuestra obra entre los estudiantes es la mayor responsabilidad de todas aquellas en las cuales hemos puesto las manos....Un toque de errónea doctrina, un pequeño mal ejemplo, un consejo poco sabio, y la vasija puede echarse a perder", y lo que es peor, su imperfección se verá en su futuro uso".

Consecuentemente, Spurgeon tuvo siempre un grandísimo cuidado de que los alumnos del Colegio de Pastores recibieran una profunda enseñanza en la más sana doctrina bíblica; buscando maestros que, como él mismo, fueran capaces de enseñar con la palabra y con el ejemplo. En su deseo de dar a sus estudiantes la preparación espiritual que creía era la base y fundamento de su éxito en la obra a que iban a dedicar su vida, no desperdició oportunidades ni rehuyó deberes; y así, con el auxilio divino, para usar su misma figura, preparó el molde en que fueron vaciados aquellos estudiantes que, a centenares, se esparcieron por el mundo, efectuando una obra cristiana fidelísima y grandemente eficiente. "Spurgeon se reprodujo, si es posible que así nos expresemos, en cada uno de aquellos jóvenes que, como él, estuvieron siempre apegados a la más estricta doctrina bíblica, ansiosos de traer almas a los pies de Cristo y a la salvación, completamente activos en el servicio cristiano".

En el año 1865 se organizó en relación con el Colegio de Pastores, la llamada "Conferencia Anual", que se proponía mantener vivos entre los estudiantes los lazos del compañerismo y la confraternidad. A estas reuniones anuales venían los estudiantes, todos los que habían pasado por sus aulas, para tener una semana de verdadero refrigerio espiritual, en el abrazo de los antiguos y nuevos compañeros, en los intercambios de impresiones, en el relato de las mutuas experiencias, en el estudio de grandes y fundamentales doctrinas, y en la contemplación del brillante rostro del maestro, amigo, consejero y hermano – C. H. Spurgeon – que siempre tenía palabras de cariño y aliento, de exhortación y consejo. Y, según el testimonio de los mismos estudiantes, no cabe duda que esta Conferencia Anual contribuyera grandemente al mayor éxito del Colegio, y a la robustez espiritual de los estudiantes.

En uno de los últimos informes rendidos, antes de la muerte de nuestro biografiado, en cuanto al trabajo efectuado por los estudiantes, demuestra que éstos habían organizado más de 80 iglesias en Londres y sus inmediaciones, y más de 200 en el mundo, en su mayor parte robustas y florecientes. Algunas de estas iglesias se encontraban en los países más distantes, y no pocas en las Islas del Pacífico. Habían bautizado más de 40.000 personas en el año. "En América",

Dice el Sr. Conwell, "instituyeron más de 14 iglesias, y demostraron ser muy eficientes evangelistas entre todas las clases sociales. Son hombres que no solamente predicán y enseñan, sino que positivamente trabajan, imitando el ejemplo del Sr. Spurgeon".

Verdaderamente, la obra de Spurgeon al frente del Colegio de Pastores ha sido magnífica, en todo sentido; y este Colegio llegó a revestir tanta importancia, que si aparte de su trabajo pastoral, no hubiera efectuado otra obra alguna, ésta hubiera sido suficiente para proclamar a los cuatro vientos la fama de su nombre. Que no en vano se preparan y forman centenares de hombres, y se les envía al mundo como soldados de la cruz, para luchar contra el pecado, en lucha denodada e incesante, y para proclamar un Evangelio que es de amor, de paz, de salvación –un Evangelio que es la única panacea para nuestros dolores, que tranquiliza la conciencia, robustece el corazón, satisface todas las aspiraciones y necesidades del alma humana.

10

DIRIGIENDO EL TRABAJO DE OTROS

DE muy antiguo es bien conocido y altamente apreciado el inmenso valor de la página impresa como elemento de cooperación en la obra evangélica, y, realmente, en toda forma de propaganda, cualquiera que sea su tendencia y finalidad. El periódico, el folleto, el libro, son incansables viajeros, ya en una obra malsana, que llena el alma de tinieblas y la conduce por los caminos que van a la perdición, ya en benemérita misión, que trae al alma brillante luz, gozo inefable, paz robusta, y hasta la felicidad y salvación. Y ese viajero, en su incesante recorrido, se va multiplicando indeciblemente, haciendo el bien, o haciendo el mal; a tal extremo que las cifras numéricas son incapaces de expresar, ni la cantidad, ni la calidad del fruto que ha podido llegar a cosechar una sola página dada a la estampa.

Todas las grandes agencias, hayan sido creadas para el bien o para el mal, conscientes de su enorme poder, han utilizado el periódico, el tratado y el libro como medio de propaganda, y a este medio han debido, en gran parte, en supervivencia y un desarrollo. Esa página impresa va formando la corriente de la opinión pública, a la cual debía, en tan gran parte, su declinación a la vida misionera.

En efecto, creyendo en la grandísima importancia de la literatura como factor de propaganda, se propuso primeramente hacer circular la mayor cantidad posible de libros sanos, de pronunciado carácter cristiano; pero sin que su Asociación de Colportores tuviera nunca por finalidad la torpe ganancia material. Esta empresa no era mercantilista, sino que su propósito y finalidad se encontraban dentro de los más estrechos límites de una estricta moralidad, y la más absoluta espiritualidad. La venta de libros, por parte de estos colportores era necesaria, y llegó a producir enormes cantidades anuales, pero ello fue una consecuencia secundaria, porque esta asociación no había sido creada a este fin, ni a él se encaminaban sus esfuerzos. El dinero vino a raudales, pero vino porque tenía que venir, porque era imposible que dejara de venir, dada la magnitud que llegó a tener la empresa; pero no porque se corriera tras él, ni porque se le buscara con ansia inmoderada. Aparte de las Sociedades Bíblicas, nosotros creemos que es imposible encontrar en la historia cristiana, otra agencia de la índole de la Asociación de Colportores de Spurgeon, que fuera menos mercantilista, que tuviera un espíritu tan amplio, y que, sin embargo, llegara a tener una importancia y magnitud tan grandes. Dicha

Asociación se creó para honrar el nombre de Dios, y para tratar de mejor servirle, trayendo a los pecadores al arrepentimiento, y haciéndoles vivir una vida mejor; y moldeando paulatinamente el carácter, afinando o embotando los sentidos, iluminando o entenebreciendo el corazón, de manera persistente y continuada, rebasando todas las fronteras, y sobreponiéndose a todos los obstáculos.

Desde el principio de su vida ministerial Spurgeon reconoció este gran poder, y lo usó para el bien de incontables personas, en su patria y fuera de ella. Porque lo reconoció, hizo circular profusamente su revista, que llegó a ejercer una magnífica influencia en sus manos, y dio al mundo millones de páginas en sus sermones impresos, en sus múltiples folletos y libros.

Pero este poder de la página impresa es más efectivo si se organiza una empresa que tienda a su mayor circulación. Y así, en el año 1866, obedeciendo a la sugestión de hermanos y amigos para con los que se sentía obligado, y contando con la ayuda de algunas personas, se determinó a organizar la "Asociación de Colportores", que fue la tercera institución que se debió a su genio organizador, y que tanto éxito había de tener en la clase de obra que se proponía llevar a cabo. En octubre de ese año se nombró un Comité para formular sus bases y su programa, y ver la manera de ponerla en pie de marcha. Aunque el verdadero propósito de esta Asociación, como su nombre lo indica, era la circulación y venta de libros, en el estudio que de ella haremos en estas páginas, no dejaremos de ver que Spurgeon le dio mucho del espíritu de aquella "Asociación de Predicadores Laicos" a que él había pertenecido en su primera juventud y a la cual debía, en tan gran parte, su dedicación a la vida misionera.

En efecto, creyendo en la grandísima importancia de la literatura como factor de propaganda, se propuso primeramente hacer circular la mayor cantidad posible de libros sanos, de pronunciado carácter cristiano; pero sin que su Asociación de Colportores tuviera nunca por finalidad la torpe ganancia material. Esta empresa no era mercantilista, sino que su propósito y finalidad se encontraban dentro de los más estrechos límites de una estricta moralidad, y la más absoluta espiritualidad. La venta de libros, por parte de estos Colportores, era necesaria, y llegó a producir enormes cantidades anuales, pero ello fue una consecuencia secundaria, porque esta asociación no había sido creada a este fin, ni a él se encaminaban sus esfuerzos. El dinero vino a raudales, pero vino porque tenía que venir porque era imposible que dejara de venir, dada la magnitud que llegó a tener la empresa; pero no porque se corriera tras él, ni porque se le buscara con ansia inmoderada. Aparte de las Sociedades Bíblicas, nosotros creemos que es imposible encontrar en la historia cristiana, otra agencia de la índole de la Asociación de Colportores de Spurgeon, que fuera menos mercantilista, que tuviera un espíritu tan amplio, y que, sin embargo, llegara a tener una importancia y magnitud tan grandes. Dicha Asociación se creó para honrar el nombre de Dios, y para tratar de mejor servirle, trayendo a los pecadores al arrepentimiento, y haciéndoles vivir una vida mejor; y no con el fin de acumular riquezas materiales. Su propósito era profundamente filantrópico, y quizá a eso mismo se debió su gran éxito material.

Durante los primeros dos años, solamente se pudieron emplear seis hombres en este importante trabajo, y para sostenerlos fue necesario vencer grandes dificultades, pues los fondos necesarios escaseaban, y la labor efectuada por ellos no parecía dar el rendimiento que era de esperar. Sin embargo, con el tesón que le era característico, alentado por lo que había sido el principal promotor de la Asociación, el amigo que primeramente había sugerido la idea, Spurgeon no se desalentó, ni abandonó esta empresa, aunque muchas veces se sintió tentado a ello, en vista del aparente fracaso. Y el rico fruto no había de hacerse esperar mucho tiempo,

porque bajo la protección divina, esta Asociación había de llegar a ser una de las agencias más poderosas de cuantas estuvieron bajo su dependencia.

En el año 1872 seis años después de creada la Asociación, "la obra comenzó a crecer, y se emplearon trece hombres en el campo. Se hizo necesario pagar un secretario, y el Sr. W. C. Jones fue nombrado para ocupar este puesto, el que desempeñó muy aceptablemente. En 1874 había trabajado treinta y cinco hombres, y el ingreso de la Sociedad por su venta de libros religiosos, Biblias y tratados, fue de \$15,000.00. En 1875 había cuarenta y cinco hombres trabajando, y los libros en almacén tenían un valor (de \$40,000.00".

Fijando la atención en este breve extracto, dado por Spurgeon, se ve el gran progreso efectuado en ese lapso de tiempo, y sobre todo, en los últimos cinco años. En los diez primeros años, los colportores se habían aumentado de seis a trece; en los dos siguientes años, este número se aumentó en veinte y dos obreros; y en los otros dos años, últimos de la primera década, creció el número de colportores en diez más. Sin embargo, este crecimiento fue muy pequeño, si se compara con el que luego hubo de tener, que fue verdaderamente asombroso.

Spurgeon fue el Presidente de esta Asociación, desde su creación hasta la hora en que rindió la jornada de su vida; y en su carácter de tal, al rendir informe en 1880 del trabajo llevado a cabo, demuestra que el éxito de esta institución había sido franco y completo, y mucho mayor del que los más optimistas pudieron esperar. En ese año, que era el 14o. de su existencia, la Asociación contaba con 79 colportores y el trabajo efectuado por éstos fue el siguiente: se habían vendido 396,291 libros y revistas, con un valor de más de \$37,000.00; se habían efectuado 631,000 visitas religiosas o misioneras, y celebrado 6,000 servicios de predicación. Descomponiendo estas cifras, resulta que en ese año cada colportor, como promedio, había vendido 5,016 libros y revistas; efectuado 7,987 visitas; y celebrado 75 servicios de predicación.

Como se ve, la labor de esta Asociación no solamente era muy dilatada, sino también de grandísima importancia. Sin embargo, esta institución siguió creciendo en eficacia y en eficiencia al extremo de que en el año 1890, un año antes del sensible fallecimiento de nuestro biografiado, de acuerdo con el informe rendido por él, la labor llevada a cabo fue la que a continuación se expresa: En este año había empleados 87 colportores, que vendieron 8,782 Biblias; 220,713 libros; 11,379 Testamentos; 365,788 revistas (magazines), todo lo que con otra literatura, hacia un gran total de 551,949 libros vendidos, más 365,788 revistas. A esto hay que agregar que estos colportores distribuyeron gratis más de 153,000 folletos, efectuaron 698,292 visitas misioneras, y celebraron 9,866 servicios de predicación. Según ese informe la ascendencia de las ventas efectuadas hasta ese momento era de más de \$650,000.00.

Pero, en lo que a la Asociación de Colportores se refiere, lo de menor importancia en su trabajo, aunque se trata de cifras verdaderamente grandes, son las enormes cantidades empleadas y recibidas en la compra y venta de libros, revistas y folletos. De los informes emitidos se desprende que la Asociación, aparte de la venta de libros, desempeñaba funciones que eran de muchísimo mayor valor. En efecto, no olvidando lo que ya hemos apuntado en cuanto al valor real y efectivo de la circulación de literatura, por el magnífico trabajo que lleva a cabo, hay otras cosas trascendentales en las que debemos fijar nuestra atención.

En primer lugar, no debemos olvidar que la buena literatura, entre sus misiones, tiene la de hacer una ruda oposición a la que sólo tiene por objeto y fin la sórdida ganancia. En época de Spurgeon existía, como existe hoy, y como probablemente seguirá existiendo, incontable

cantidad de libros que eran terriblemente malos, desde el punto de vista moral, y desastrosamente perniciosos desde el punto de vista espiritual. Esos libros, que no tienen otro fruto que el embotamiento de la conciencia, el obscurecimiento de la inteligencia y la dureza del corazón, y que llevan entre sus páginas el más sutil, pero activo, veneno, forman legiones verdaderas legiones de Satán; y el mundo estaba necesitado entonces, como lo está hoy, y estará mañana, de libros sanos, inspiradores, de alta moralidad cristiana, de profundo espíritu evangélico, para hacer a los anteriores una ruda y tenaz oposición. El veneno requiere un antídoto que neutralice e impida sus terribles efectos; y esa literatura funesta requiere que se dé a los hombres páginas henchidas de un sano optimismo, en las cuales, a más de su fondo de elevada moralidad, se pueda llevar al corazón de todos, la buena simiente del Evangelio de amor.

¡Oh, las publicaciones religiosas, las páginas netamente cristianas! Qué necesitados están los hombres de ellas, cualquiera que sea el clima o el estado en que vivan! El mundo evangélico lleva sobre sus hombros la responsabilidad de inundar al mundo pecador de esas páginas brillantes, iluminadoras, magnificas, que alegran el espíritu, dan descanso al cerebro, y nutren el corazón. Mucho se ha hecho, y se está haciendo a este respecto; pero no todo lo que puede y debe hacerse. Hay necesidad de publicar y hacer circular profusamente literatura, mucha literatura, sana y buena, que haga oposición ruda a la mala literatura que encontramos continuamente a nuestro paso por los senderos de la vida.

Ese era, precisamente, uno de los propósitos de la Asociación de Colportores del Tabernáculo Metropolitano distribuir profusamente la mejor clase de literatura, para que ella hiciera oposición a la mala literatura. El mismo Spurgeon dice al efecto: "la venta de la literatura viciosa puede solamente ser combatida por medio de la distribución de los buenos libros; y éstos sólo pueden ser distribuidos en los distritos rurales llevándolos a la puerta, y aun en las poblaciones el trabajo de los colportores grandemente estimula su venta. Escocia, desde hace tiempo, tenía un buen ejército de colportores y ya era tiempo de empezar esta obra en Inglaterra".

Efectivamente, el hecho de que el colportor lleve el libro a la misma puerta de la casa, hace más fácil su venta; y así, en muchas ocasiones, el libro bueno es adquirido y leído antes de que lo sea el malo, y cuando éste llega, su malsana influencia es neutralizada por la influencia de la buena lectura anterior. Esta es una verdad tan cierta, una cosa tan natural, que muchas veces esa literatura mala no tiene aceptación precisamente, porque la lectura anterior de buenos libros, por así decirlo, ha formado el gusto del lector, y para ese gusto no llega a tener sabor alguno aquella literatura de baja estofa a que nos hemos referido.

Otra cosa: casi todos los libros que llevaban para la venta estos colportores, tenían precios tan bajos, que se encontraban al alcance de todas las fortunas, aun de las más humildes. Y allí donde la excesiva pobreza hacía completamente imposible la venta de libros, el colportor siempre dejaba algún folleto, alguna revista, algo que llevara un buen mensaje, y que fuera útil en gran manera al propósito indicado. Ya hemos visto que en un solo año, estos colportores distribuyeron gratis más de 153,000 folletos, la mayor parte de los cuales seguramente eran sermones de Spurgeon. Y éste era uno de los aspectos más hermosos, y una de las fases más útiles de aquel magnifico trabajo.

Pero estos colportores no se concretaban a vender libros, sino que eran verdaderos obreros evangélicos, que por la misma índole de su trabajo, efectuaban una obra en el sentido indicado, quizá mayor que la que hubieran llevado a cabo un número igual de ministros

regulares. En cada puerta a que llegaban, y con cada individuo con que se encontraban, hablaban referente a las necesidades espirituales de los individuos y al plan de la salvación que es en Cristo Jesús. El suyo era, en cada pueblo, un verdadero trabajo de circunvalación, en el que se repetía y multiplicaba el mensaje evangélico.

Los obreros de esta Asociación eran personas escogidas, a las cuales el mismo Spurgeon había examinado y probado durante largo tiempo; todos tenían que poseer una gran actividad y celo religioso, y una profunda experiencia cristiana, unida a un intenso anhelo de ganar almas para Cristo. De otra manera, no hubieran servido para esta obra, porque como ya hemos indicado, el fin inmediato de la Asociación no era recabar fondos, ni acumular riquezas. Reuniendo esas condiciones, aprovechaban todas las oportunidades, por pequeñas que éstas fueran, para dar su mensaje evangélico, presentando a Cristo como el único y necesario Salvador.

Ya hemos visto que en el año 1890 los 87 colportores de la Asociación efectuaron nada menos que 698,292 visitas religiosas, es decir, que cada colporteur individualmente, hizo 8,026 visitas en el año, probablemente en un territorio muy dilatado. Y, conocida la clase de Asociación que era ésta, y los grandes propósitos que abrigaba, podemos estar seguros de que esas visitas resultaban lo que bien pudiéramos llamar predicaciones individuales o familiares, tan férvidas, tan consagradas, con una libertad tan grande, que seguramente rindieron un magnífico resultado en cuanto a la salvación de muchas almas. El número de personas traídas a los pies de Cristo por medio de la instrumentalidad de estos obreros fieles, no es posible decirlo, pero podemos tener la certeza de que fueron muchas.

Hablando de este aspecto del trabajo de los colportores, dice Spurgeon: "Es primeramente un misionero, luego un predicador, y después, en el sentido más verdadero, un pastor. Tenemos hombres muy buenos en esta obra. Todos no son igualmente buenos, y algunos han resultado malos; pero el sistema es tal, que muy pronto se descubre la negligencia del hombre, porque sus ventas merman mucho, y sus informes mensuales cuentan su historia. El colporteur tiene ventaja como misionero que va de casa en casa. Su tratado es un pasaporte en cada puerta, y el tratar de vender es una oportunidad para declarar el Evangelio. Cuando pensamos en las 300,000 visitas (o en las 698,292) hechas en un año, a campesinos dominados por el sacerdocio, nos sentimos alentados y damos gloria a Dios".

Los niños también merecían la atención y los esfuerzos de estos colportores, y ellos no se los negaban. Que Spurgeon fue siempre amigo de los niños, y que procuraba siempre su conversión, es un hecho innegable. Ya sabemos que su vida ministerial la comenzó precisamente entre los niños, a los que enseñaba y trataba de llevar a los brazos del Salvador. Y habiendo aprendido de este maestro y en esta escuela, para los miembros de la Asociación de colportores, que a él debía su existencia, el futuro de estos tiernos niños no podía ser indiferente.

De todo el campo cristiano, el terreno más preparado y fértil para sembrar la simiente del Evangelio, es el corazón del niño. La historia y la experiencia demuestran que el mayor número de conversiones se ha efectuado siempre entre los niños y jóvenes, y que éstos hacen los mejores cristianos no se puede negar. En traer al niño a Cristo no solamente se gana su alma, sino también su vida. El trabajo pues entre los jóvenes, es de grandísima importancia y da los más ricos frutos.

Los colportores de Spurgeon, a medida que hacían su recorrido, y efectuaban su obra de visitación, no descuidaban sembrar la buena simiente en los corazones infantiles, ya hablándoles directamente y en forma sencilla del plan de salvación, ya enseñándoles versículos de memoria, en los cuales necesariamente habían de meditar. Cuánta de esta simiente, así sembrada en el corazón de multitud de niños, germinó y dio rico fruto, sólo Dios lo sabe; pero no hay nadie que conozca esta clase de obra, que deje de atribuirle una grandísima importancia.

Cada vez que llegaba el día del Señor y había oportunidad para ello, estos consagrados obreros reunían a los niños en sesiones de Escuela Dominical, les enseñaban himnos y versículos, y luego les daban la clase bíblica; y en muchas ocasiones celebraban más de un servicio de esta clase, en distintos lugares, ya que en esos días, como es natural, no se ocupaban en la obra de colportaje, y tenían tiempo suficiente para efectuar una labor especial. Este trabajo, como comprenderá perfectamente el lector, no era en ningún sentido el menos importante de los que llevaban a cabo aquellos consagrados obreros; y todos los que han escrito datos biográficos de la vida de Spurgeon, han estado siempre conformes en reconocerlo así.

Pero hay todavía otro aspecto de la obra de estos colportores que es necesario que notemos. Como hemos visto de las propias palabras de Spurgeon, consideraba a los obreros de la Asociación de Colportores como "misioneros predicadores, y pastores"; y tenía razón que le sobraba para considerarlos bajo este triple aspecto. Ya hemos hablado de la parte misionera de su trabajo al referirnos a la obra de visitación, y ahora es necesario que les consideremos bajo el aspecto de predicadores y pastores.

Que estos colportores eran predicadores, y que siempre estaban a caza de oportunidades para predicar, lo demuestra el hecho de que en dos años solamente (1889-1890) celebraron 10,500 servicios religiosos, es decir, más de catorce servicios diarios. No sabemos en cuantas poblaciones se celebraron estos servicios de predicación; sin embargo, puede tenerse la seguridad de que tuvieron efecto en más de 100 lugares distintos, lugares donde probablemente no había iglesia evangélica, aparte de la Anglicana. Esto significa mucho, porque de esa manera el sencillo mensaje evangélico, sin el formulismo de que le había rodeado la Iglesia imperante, fue proclamado en todos aquellos lugares donde el sistema seguido por los clérigos oficiales, había creado, o estaba creando, una gélida atmósfera espiritual, y un grandísimo indiferentismo religioso.

En gran número de pueblos del interior de Inglaterra, se sentía un ansia intensa de oír la predicación del Evangelio en su prístina pureza; pero no podían gozar de este privilegio, por carecer de predicadores, y de los medios materiales para sostenerlos. La obra de predicación de estos colportores vino, por tanto, a llenar una necesidad hondamente sentida, y a la que era cada día más perentorio atender.

Durante todos los años de la vida de esta Asociación, la obra efectuada por ella, como se ve claramente, fue verdaderamente una de grande e intenso avivamiento, el que con toda seguridad produjo bendecidos resultados, en el mejoramiento espiritual de los individuos, y en el progreso de las comunidades.

Pero, nos dice nuestro biografiado que sus colportores eran pastores en el verdadero sentido de la palabra. Por supuesto, no lo eran en el sentido de estar al frente de congregaciones, de una manera oficial, sino porque cumplían con todos los deberes de este

santo oficio. Por doquiera iban consolando, confortando, enseñando, confirmando en la fe haciendo todo aquello que hubiera hecho un consagrado pastor oficial.

La Asociación de Colportores era interdenominacional en su carácter, pero la mayor parte de sus obreros eran Bautistas, y todos ellos eran rígidos conservadores en cuanto a doctrina, perfectamente apegados a las enseñanzas escriturarias, sin mezclas espurias ni mutilaciones, y enemigos irreconciliables de lo que se ha dado en llamar Alta Crítica y Modernismo. Y esto es algo que hay que tener siempre presente al considerar la labor de esta Asociación, por todo lo que significa en cuanto a la pureza de sus enseñanzas y la lealtad a los principios bíblicos.

Esta institución de Spurgeon, pues, fue de la mayor importancia, y llegó a efectuar una obra tan grande y tan magnífica, que atrajo la atención y mereció el aplauso y la simpatía de los hombres más célebres y eminentes de todas las denominaciones Y con razón porque el hecho de que cerca de cien hombres consagrados cristianos fieles, obreros activos, vayan de Pueblo en pueblo repartiendo la más sana literatura evangélica, instruyendo, exhortando, enseñando a vivir una vida verdaderamente cristiana, de alta consagración y espiritualidad este hecho, repetimos, merece la sonrisa aprobadora de Dios y el aplauso de los hombres, por la nobleza de sus propósitos y la magnitud de sus resultados.

11

CUIDANDO DE LAS ANCIANAS

Lo que generalmente fue conocido con el nombre de "Hogar de las Ancianas", tuvo su nacimiento cincuenta años antes de que Spurgeon viniera al pastorado de la Iglesia Bautista de la calle Parque Nuevo; y se originó en el gran corazón del hombre eminente que se llamó Dr. Juan Rippon. Sin embargo, y como veremos en breve, debió su mayor incremento a nuestro biografiado, sin el cual nos atrevemos a decir, que nunca hubiera llegado a ser lo que luego fue. Sin él, su vida estaba llamada a ir languideciendo hasta desaparecer completamente. Porque, para sostener y hacer crecer una institución de esta índole, tan importante, tan costosa, y que tanto cuidado y atención requería, se hacía preciso un hombre de las condiciones del nuestro, que poseyera todo el tesón, todo el desprendimiento, y lo que es más, todo el amor, toda la fe y confianza en Dios, de un Spurgeon. Pero dejemos este aspecto del asunto por el presente.

Hablando del origen de la institución benéfica, dice Spurgeon:

Hasta donde podemos recordar la historia de la fundación de sus asilos y escuelas (del Dr. Rippon) en 1803, tuvo efecto de la siguiente manera: el doctor insistió cerca de sus diáconos en cuanto a la necesidad de esas instituciones; ellos no comprendieron la tal urgencia; él insiste otra vez, pero como el sordo del cuento, no se quieren dejar convencer, aunque él trata de hacerlo. "Los gastos serán enormes y el dinero no puede ser obtenido", fue el innecesario argumento de los muy prudentes oficiales. Al fin, el pastor dice, el dinero puede ser adquirido, y tiene que ser adquirido. Qué, si yo no salgo el próximo lunes, y reúno 500 libras (\$2,500) antes del servicio de la noche, abandono este propósito; pero mientras crea que nuestra gente tomará el asunto de todo corazón, no será detenido por Uds. Las discusiones sobre este asunto siguieron en el lenguaje más claro, pero sin rebasar los límites de la

decencia, porque ambos partidos se conocían y respetaban mutuamente, para hacer que sus buenas relaciones en la Iglesia dependieran de un punto de diferencia. Todos estuvieron conformes en poner a prueba al Pastor, y le pidieron que presentara las 500 libras el próximo lunes, o que cesaría de importunarlos acerca de los asilos. En el día indicado, los diáconos no faltaron a la hora señalada, y muy pronto llegó el doctor. "Bien, hermanos, dijo, he tenido éxito en reunir 300 libras (\$1,500) y eso es muy alentador, ¿no?" "Pero", dijeron dos o tres de ellos prontamente, "Ud. dijo que reuniría 500 libras (\$2,500) o abandonaría el asunto, y esperamos que Ud. cumpla su palabra". "Absolutamente", dijo él, "espero cumplir mi palabra y aquí hay 800 libras (\$4,000) que los amigos me han dado casi sin pedir las, y me han prometido casi todo el resto". Los prudentes oficiales no podían salir de su asombro, pero reponiéndose prontamente, expresaron su gran alegría, y agregaron que estaban dispuestos a reunirse con el pastor en cualquier momento para determinar cómo había de emplearse el dinero. "No, no, mis hermanos dijo el doctor, yo no tendré necesidad de vuestros servicios. Me habéis hecho oposición todo este tiempo, y ahora que yo he hecho el trabajo sin vuestra ayuda, queréis tomar participación para seguir presentando dificultades, pero ni vosotros ni ningún otro diácono, seréis una plaga al ministro en este asunto. Así que, hermanos, podéis ocuparos de otra cosa". Así que en la escritura de los antiguos asilos, hay una cláusula que dice que el ministro podrá aceptar los internos, *"sin la interferencia de los diáconos"*. El presente pastor tuvo el placer de inducir al Comité de Caridad a hacer desaparecer esta cláusula, dando al pastor y diáconos, unidos, el poder de elegir los que han de ser objeto de caridad.

Originalmente esta institución tenía propósitos muy limitados, pues sólo se había pensado en recibir a seis ancianas, y para ese número solamente se había hecho provisión, tanto en los proyectos reglamentarios, cuanto en los fondos requeridos para su sostenimiento. Pero Spurgeon, que no sabía hacer las cosas en pequeña escala, desde que vino al pastado de la Iglesia londinense, comprendió que ésta era demasiada limitación para una Institución de beneficencia, y se impuso darle una mayor amplitud y un incremento más grande; y al efecto, hizo que su Iglesia y sus amigos contribuyeran a este fin, y él mismo dono gruesas cantidades en diversas ocasiones, para el sostenimiento de este Hogar de Ancianas.

Spurgeon pudo haber sido un hombre muy rico, pues difícilmente la historia recuerda otro predicador del Evangelio por cuyas manos hayan pasado tantas y tan gruesas cantidades, como las que pasaron por las manos de este hombre eminente. No hacemos referencia a los millares y millares de libras esterlinas que le fueron enviadas como donaciones a sus diversas instituciones, porque estas cantidades no eran de su propiedad, y le habían sido entregadas para ser usadas con fines determinados. Nos referimos a las cantidades que ingresaron en su caja particular, como consignación de su Iglesia, como obsequios que ésta y sus amigos le hicieron muchas veces, y muy especialmente, como producto de la venta de sus sermones, libros, etc. A tal extremo es esto cierto, que varios periodistas de su día, refiriéndose a estos enormes ingresos, dejándose guiar por las apariencias, apuntaron la opinión de que nuestro biografiado seguramente tendría acumulada una bien saneada fortuna. Es cierto que Spurgeon durante más de treinta años había estado ganando mensualmente cantidades muy respetables, y que pudo acumular grandes riquezas; pero también lo es que no las acumuló, porque todo lo que ganaba lo daba para la obra que Dios había entregado en sus manos, así como para ayudar a la que otras personas llevaban a cabo. Spurgeon murió pobre, porque si ganaba mucho, en cambio "daba como un príncipe", como ha dicho alguien.

El "Hogar de las Ancianas" fue una de las instituciones a que nuestro biografiado contribuyó siempre con gran liberalidad. Hombre que creía de todo corazón que la caridad, para serlo verdaderamente, tenía que ser llevada a la práctica, y no ser considerada como una

cuestión meramente teórica o doctrinal, no podía por menos que darle todo su calor y toda su simpatía a movimientos como éste, que se proponían dar pan y abrigo a las pobres viejecitas que transitaban por los senderos de la vida solas y tristes, sin una mano amiga que las sostuviera y socorriera. Y porque le dio a este Hogar toda su simpatía y todo su calor, pudo este asilo revestir la importancia que revistió y alcanzar el éxito que tuvo. Él era el alma mater de todas aquellas instituciones que florecían a la sombra del Tabernáculo Metropolitano, en forma tal que, sin él, nunca hubieran llegado a ser lo que fueron, ni a prestar el magnífico servicio que prestaron.

Primitivamente, bajo la dirección del Dr. Rippon, se alquiló una casa para dar asilo en ella a las ancianas pobres de la Iglesia, hasta el número de seis. Esta casa se encontraba cerca de la capilla, en Carter Lane, pero al adquirir la Iglesia la capilla de la calle Parque Nuevo, se edificaron en aquellas cercanías, tres casas para el asilo, y se les dio el nombre del promotor de la idea. Sobre la puerta de entrada de estos edificios, cuando Spurgeon los conoció, se leía la siguiente inscripción:

ASILO DEL DR. RIPPON,
ANTERIORMENTE EN CARTER LANE,
CALLE DE TROLEY. HABIENDO SIDO
DESTRUIDAS PARA DAR LUGAR AL
PUENTE DEL NUEVO LONDRES, ESTOS
FUERON ERIGIDOS EN SU LUGAR.
ANNO DOMINI MDCCCXXXII.

Cuando la Iglesia que Spurgeon pastoreaba se vio obligada a fabricar su Tabernáculo Metropolitano, abandonando la capilla de la calle Parque Nuevo, el asilo la siguió en su traslado, siendo entonces establecido en las inmediaciones de la barriada de Southwark. Spurgeon confiaba que al abandonar la Iglesia la antigua capilla, que este lugar pudiera ser utilizado para establecer en él una estación de predicación, hasta que de ella surgiera una congregación; pero tal cosa no pudo llevarse a cabo y el edificio fue vendido, así como el asilo y la escuela conectada con él, y con el producto se edificó el nuevo Hogar de las Ancianas. Consistía éste en varios edificios unidos entre sí, incluyendo una escuela para niñas, una capilla, y algunas pequeñas moradas. Sobre la puerta de la escuela se leía la siguiente inscripción:

ESTOS EDIFICIOS ESTAN CONECTADOS CON LA ANTIGUA IGLESIA QUE AHORA ADORA EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO. SEIS DE LAS CASAS DE CARIDAD, JUNTO CON UN AULA PARA ESCUELA, FUERON EDIFICADAS Y SOSTENIDAS BAJO EL PASTORADO DEL DR. JUAN RIPPON, EN LA CALLE PARQUE NUEVO, SOUTHIWARK, LOS ACTUALES EDIFICIOS FUERON TERMINADOS EN MAYO DE 1868.

C. H. y S. A. SPURGEON, PASTORES.

Por el año 1880 encontraban abrigo en este asilo 17 ancianas, la mayor parte de las cuales eran antiguos miembros de la Iglesia del Tabernáculo. El sistema usado para la admisión de ancianas era por demás sencillo, pero perfectamente natural y apropiado: siempre era preferida la que mayor necesidad tenía, sin tomar en consideración otras cuestiones.

Este asilo era un verdadero hogar para las ancianas. Spurgeon nunca creyó en la conveniencia de que las personas recluidas en una institución benéfica vivieran hacinadas en grandes salones, y menos aun siendo ancianas, las que como tal, tienen sus hábitos de vida ya formados, y sus costumbres hechas. De acuerdo con esta manera de pensar, proveyó en los edificios del asilo gran número de habitaciones para que en ellas pudieran vivir individualmente las asiladas, y en estas habitaciones reunió todas las comodidades posibles dentro de un bien entendido espíritu de economía, a fin de que los últimos años de vida de estas ancianas fueran tranquilos y agradables. Allí vivían aquellas viejecitas independientemente sin embargo en familia, con el aprecio y la consideración de todos. Eran consideradas no como objeto de caridad, sino como buenas hermanas a quienes se estaba en el deber sagrado de sostener, haciéndoles llevaderos los últimos instantes de la existencia.

En lo que se refiere al Hogar de las Ancianas, lo mismo que en lo que respecta a todas las otras instituciones que a él debieron su vida y su subsistencia, Spurgeon era "el poder detrás del trono". Siendo hombre en el sentido más amplio y comprensivo de la palabra, su corazón era tierno y sencillo, amante y compasivo, al extremo de que no podía soportar la idea de que cristianos fieles y consagrados, que durante largos años habían dado su testimonio a favor de Cristo, vivieran y murieran en la miseria y en el dolor. Y por eso dio entrada en su corazón al hogar de ancianas, y quiso hacer de él, no un *asilo*, que siempre da la sensación de que se vive de caridad, porque todo falta, sino un verdadero *hogar*, donde cada anciana pudiera vivir separadamente, y ocuparse de las labores que deseara, teniendo las comodidades necesarias.

Siempre estimó como un placer poder ayudar a los necesitados, ya fueran jóvenes o ancianos, y por eso cuidaba de ellos con una devoción tan grande y un desprendimiento tan espontáneo y amante. Y porque sentía ese placer en extender su mano al necesitado, sus obras de beneficencia llegaron a ser otras tantas fases de su innegable grandeza, y su nombre ha pasado a la posteridad, ungido por la fama, como de uno de los grandes benefactores de la humanidad.

12

ATENDIENDO A LOS HUERFANOS

HABLANDO de nuestro biografiado y de uno de los aspectos de su gran obra filantrópica, ha dicho el Dr. Russell H. Conwell: "El Orfanatorio conectado con la obra del Tabernáculo Metropolitano, es una de aquellas instituciones que presentan de la manera más hermosa, uno de los rasgos más tiernos y amantes del carácter de Spurgeon. Su amor a los niños sólo fue excedido por el amor que los niños le tenían a él. Ese fue uno de los rasgos prominentes de su carácter, que le trajo una gran parte del éxito del comienzo de su ministerio. Los niños lo admiraban grandemente. El corazón de las madres y de los padres siempre siguió el amor de sus hijos, y efectivamente, el hombre que puede hacerse atractivo a las mentes puras y sencillas de los niños, será también, necesariamente, interesante y útil a las personas de

mentes más maduras. La sencillez infantil de Spurgeon, que era un rasgo maravilloso de su noble vida, convencía a todos los que le conocieron o supieron de él, que era sincero. Y esto le ayudó mucho a ganarse los corazones, y le escudó contra los ataques de los que querían hacerle mal".

En efecto, Spurgeon tenía aquella sencillez de vida y manera de ser, y aquel amor a los niños, que han sido características de todos los hombres verdaderamente grandes. Y todo esto era tan natural y espontáneo en él, que no podía ocultarse, ni ignorarse. Su simpatía y cariño para con los niños se pusieron de manifiesto desde el mismo comienzo de su vida cristiana, cuando allá, en Cambridge, no estando todavía preparado para hacer otra clase de obra, trabajaba entre los pequeños de la Escuela Dominical, para con los que ejercía una verdadera atracción. Y esa simpatía y cariño siguieron manifestándose siempre a través de toda su vida, sin que bastara a mermara, ni la enorme fama que disfrutaba, ni las múltiples e importantes obras en que se ocupaba. Al contrario, en muchas ocasiones, extenuado por el exceso de trabajo, y preocupado con grandes y difíciles problemas que tenía que resolver, iba al Orfanatorio para encontrar descanso físico y mental en la charla infantil, y en el sincero cariño que le tenían. Uno que le conoció bien, ha dicho por eso que Spurgeon en el Orfanatorio era como "un niño grande entre otros muchos niños pequeños".

No obstante, Spurgeon nunca tuvo el deliberado propósito de fundar y sostener un asilo de niños. Eran muchas las cosas a que tenía que atender –cosas de grandísima importancia y responsabilidad– y no deseaba echarse otra carga sobre los hombros, ya demasiado recargados. Realmente, la creación de este asilo fue providencial. En el sentido más absoluto Dios fue el creador y sostenedor del Orfanatorio de Stockwell, y Spurgeon solamente su administrador.

En el año 1806, hablando nuestro biografiado, de una manera incidental, de algunas cosas que constituían una necesidad imperiosa,, mencionó un Orfanatorio, haciendo énfasis en los millares de niños que en la misma Londres carecían de pan y de abrigo, y que probablemente vivían en un ambiente pernicioso y malsano. Esta nota fue leída por una asidua lectora de la revista, la Sra. J. Hillyar, que era viuda de un clérigo anglicano, y que recientemente se había unido, por medio del bautismo, a la Iglesia del Tabernáculo, según afirman muchos de sus biógrafos. Esta hermana, que poseía abundantes bienes de fortuna, se dio a meditar y orar acerca de esta nota del pastor, sintiendo pesar sobre su conciencia la responsabilidad en que estaba, como mayordomo del Señor, de emplear, por lo menos en parte, sus bienes en la obra de Dios.

Después de meditarlo mucho, se determinó a escribir a Spurgeon, poniendo a su disposición la cantidad de 20,000 libras esterlinas (unos \$100,000 aproximadamente) para la creación de un Orfanatorio, comprometiéndose a entregarle la cantidad íntegra al primer aviso. Uno de los aspectos más admirables de la vida de nuestro biografiado es, seguramente, la facilidad y prontitud con que siempre encontró corazones y manos abiertas para ayudarle en todas las obras en que emprendía. Sin embargo, hasta ahora nunca se le había ofrecido cantidad alguna que tuviese la importancia de ésta; y por ello, porque era esa una manifestación del favor con que el Señor le miraba, se sintió profundamente agradecido "al Padre de las luces, de quien procede toda dádiva y todo don perfecto".

Pero, como hemos indicado anteriormente, Spurgeon tenía muchas cosas importantes a que atender, que reclamaban de él un trabajo persistente y un continuo desvelo, y no se consideraba en condiciones de echarse encima un nuevo compromiso y una responsabilidad

nueva. Además, la creación de un Orfanatorio, era una empresa gigantesca, que por sí sola requería, toda la consagrada atención de un hombre no mediano, y grandes cantidades de dinero para su sostenimiento. En consecuencia, y como siempre había simpatizado con la magnífica labor que estaba efectuando Jorge Müller en su Orfanatorio de Bristol, sobre la cual Dios había derramado sus bendiciones más abundantes, escribió a la buena y munificente Sra. Hillyar, declinando la aceptación de su ofrecimiento, y la responsabilidad que implicaba, y aconsejándole que hiciera esa donación al Sr. Müller, quien seguramente la emplearía de la mejor manera.

Con esa carta creyó que quedaría terminado este asunto. Pero casi inmediatamente recibió una segunda carta de la ya mencionada Sra. Hillyar, en la que manifestaba que Dios había puesto en su corazón entregarle esa cantidad para el fin indicado, y que de no ser él el que se ocupara de la dirección de este asunto, esa cantidad permanecería en su caja. De esa manera Spurgeon se vio obligado a emprender la fundación del Orfanatorio, empresa a la cual había de entregar la mejor parte de su corazón, y que tanto había de contribuir a su mayor renombre, por la amante devoción con que la atendió y el enorme incremento que llegó a darle.

En esas condiciones, no creyéndose autorizado a desalentar a esta noble cristiana, ni a perder esa hermosa oportunidad de hacer algo en beneficio de los huérfanos en el nombre del Señor, Spurgeon se determinó a poner manos en la obra, con toda la confianza en Dios y el entusiasmo con que acostumbraba a hacer todas sus obras. Al efecto, reunió a los diáconos de la Iglesia, para estudiar ampliamente el asunto y dar los primeros pasos al fin propuesto. En esa reunión se organizó un Comité, o Junta de Patronos, que eligió Presidente a nuestro biografiado, y se comenzó a trabajar en pro de la organización del Asilo.

Fácilmente podemos imaginarnos todas las dificultades que fue necesario vencer, y los múltiples problemas que se le presentaron; pero este grupo de hombres de buena voluntad, a la cabeza del cual se encontraba el irreductible Spurgeon, no era de la madera de los que se abaten ante los primeros obstáculos, o se amilanan ante los contratiempos. Sintiendo que esos contratiempos y dificultades eran como a manera de poderosos acicates, siguieron adelante en sus nobles propósitos; y su primer paso fue adquirir un terreno en las cercanías del Tabernáculo Metropolitano, en el lugar conocido por Stockwell, en la barriada de Southwark, en el cual había capacidad suficiente para la serie de edificios que se proponían levantar. Porque nuestro biografiado deseaba seguir en el asilo para niños el mismo plan de edificación que se había seguido en el asilo de ancianas.

Pero cuando se fue a proceder a levantar los varios edificios proyectados, se hizo preciso enfrentarse con una grande e inesperada dificultad: los cien mil pesos de la Sra. Hillyar, que habían sido entregados en acciones del Ferrocarril de Londres, tuvieron una enorme baja, lo que reducía la cantidad en gran manera. Habiendo sufrido una merma tan considerable, no era prudente tocar estos fondos; y como ellos eran los únicos con que se contaban por el momento, parecía que el sólo camino a seguir era desistir de la idea hasta tanto que esos valores no tuvieran un alza.

Spurgeon, sin embargo, no podía someterse indiferente y tranquilamente a esta espera, ni permitir que lo que creía ser la obra de Dios fuese impedida por un simple azar de bolsa. Su grande fe, sus convicciones, su temperamento, todo en él, se rebelaba contra este estado de cosas. Y por eso, ante la dificultad surgida, se levantó su fe y su esperanza en Dios, con mayor potencia, si es que así podemos expresarnos. De ninguna manera podía permitirse que la proyectada obra de caridad cristiana, quedara estacionada por una razón tan marcadamente

humana. Inmediatamente se reunió la Junta de Patronos, y a, sugestión de Spurgeon, acordó dejar los \$100,000.00 como dotación o fondo de reserva del Orfanatorio, y proceder a buscar las cantidades necesarias para la fabricación de los edificios.

Como primera providencia, se hicieron arreglos con una familia cristiana para que admitiera en su seno a cuatro niños, que hasta esos momentos era preciso recoger y abrigar; y al mismo tiempo Spurgeon, que creía en la casi omnipotencia de la oración, se entregó intensamente a ella, derramando su alma ante el altar de Dios, y consiguió que los miembros de su buena Iglesia se alistaran en un "bando de oración" a favor de este objeto específico. Y nuestro biografiado, que tenía grandes y hermosas experiencias del poder de la oración, por la manera abundante en que Dios siempre había contestado las suyas, tuvo una experiencia más, y no la menor precisamente, de todo lo que ella vale y significa, cuando es hecho con fe y con el fin de promover la mayor gloria de Dios.

La prontitud y abundancia con que comenzaron a llegar las donaciones para el Orfanatorio, tan pronto como Spurgeon comenzó a anunciar la necesidad que de ellas había, es algo realmente asombroso. En el mes de junio siguiente a la recepción de los \$100,000.00 de parte de la Sra. Hillyar, Spurgeon escribió: "El Señor está comenzando a mostrárenos en el asunto del Orfanatorio; pero hasta el presente él no ha abierto las ventanas del cielo como deseamos y esperamos que lo haga. Esperamos en oración y fe. Necesitamos, por lo menos, 10,000 libras (\$50,000) para erigir los edificios, y esa cantidad vendrá; porque el Señor contestará las oraciones de fe".

Y en julio siguiente (1867) apareció esta nota suya en su revista: "Hemos estado esperando en el Señor con fe y oración, en lo que se refiere al Orfanatorio; pero es su voluntad probarnos al presente. Como no buscamos otra cosa que la gloria de Dios, por medio de la instrucción de los huérfanos en el camino del Señor, teniendo como objetivo la salvación de sus almas, habíamos esperado que muchos de los que componen el pueblo del Señor, inmediatamente hubieran visto la utilidad y carácter práctico de esta empresa, y mandarían ayuda substancial enseguida. El camino del Señor, sin embargo, es el mejor, y en él nos regocijamos, sea el que fuere. Si este trabajo ha de ser efectuado con mucho tiempo y esfuerzos, que sea así, si de esa manera el nombre del Señor ha de ser magnificado. Hemos conseguido que una hermana reciba cuatro niños en su hogar, hasta que los edificios estén listos. Nuestra amada hermana, la donante original, ha entregado su plata para que sea vendida a este objeto, y al hacerlo así, ha dado un hermoso ejemplo a todos los creyentes que tienen sobra de plata, la que debía ser usada de mejor manera, que no tenerla bien envuelta, encerrada en una caja."

Y todavía el mes siguiente hace este anuncio: "Que estos hechos que relatamos este mes con profunda gratitud, fortalezcan la fe de los creyentes. En respuesta a nuestras oraciones fervientes, el Señor ha movido a su pueblo a enviar, durante el mes pasado, en diferentes cantidades para el Orfanatorio, la suma de 1,075 libras (\$5,875), por lo que damos gracias al Señor. De una manera más especial vemos la graciosa mano de Dios en los siguientes incidentes: Una hermana (la Sra. Tyson), que a menudo nos ha ayudado en la obra del Colegio, habiendo podido celebrar el 25o. aniversario del día de su matrimonio, su amado esposo le obsequió con 500 libras (\$2,500), como prueba de su creciente amor hacia ella. Nuestra hermana nos ha llamado, y dedicado las 500 libras a la edificación de una de las casas, para que se la llame 'la Casa de las Bodas de Plata'. El Señor, sin embargo, tenía otra substancial donación preparada para alentarnos en nuestra obra; porque hace uno o dos días un hermano, creyente en el Señor, nos visitó para cierto asunto y al retirarse, en un sobre

sellado, nos dejó la cantidad de (600 libras (\$8,000), que ha de ser empleada en otra casa. Esta donación era tan inesperada como lo otra, aparte de que nuestra fe espera que todas nuestras necesidades serán suplidas por el Señor, a su manera. Al día siguiente, cuando estábamos predicando al aire libre, una hermana desconocida, puso en nuestras manos un sobre conteniendo 200 libras (\$1,000) para el Colegio y 200 libras más para el Orfanatorio; ¡Cuánto ha hecho Dios!"

Treinta días después, en la revista que publicaba nuestro biografiado, aparece la crónica de la colocación de la primera piedra de cuatro edificios, lo que se hizo en medio de la alegría que es de suponer: la primera piedra de la "Casa de las Bodas de Plata", colocada por C. G. Spurgeon; la de la "Casa de los Comerciantes", por la Sra. Hillyar; la de la "Casa de los Obreros", por el Sr. Guillermo Higgs; y la de la "(Casa de la Unión", por el Sr. Tomás Olney, el decano de los diáconos de la iglesia del Tabernáculo. El Dr. Conwell, hablando de este gran acontecimiento, dice: "Celebraron la ocasión con una gran reunión y discursos públicos, en la que se contribuyeron \$25,000.00. Muy pronto se recibieron \$11,000.00 más, como consecuencia de la reunión pública, celebrada para la colocación de la primera piedra".

Algún tiempo después, las Iglesias Bautistas de Inglaterra, obsequiaron a Spurgeon con \$6,000.00, como testimonio de admiración y cariño, cantidad que luego fue aumentada a \$8,000; pero nuestro biografiado, con aquel desprendimiento que le era característico, no quiso recibir este dinero para sí, y anunció que con mucho agradecimiento lo recibía para el Orfanatorio, y con él se edificaron las dos "Casas del Testimonio". La Escuela Dominical del Tabernáculo, en el día onomástico de Spurgeon, 19 de junio de 1868, colocó la primera piedra de dos nuevos edificios, pagando todo su costo muy en breve; y los estudiantes del Colegio de Pastores, unieron esfuerzos para levantar otro edificio.

De esta manera., siguiendo el plan de edificación que se había ideado, todos los edificios del Orfanatorio de Stockwell estuvieron terminados para fines de 1869, con un costo total de más de \$51,000. En él ingresaron niños a centenares, convirtiéndolo en uno de los asilos de huérfanos de mayor importancia de Inglaterra, y quizá del mundo. Realmente parece imposible encontrar otra institución de su índole, de carácter particular, que haya revestido la importancia que revistió el Orfanatorio de Stockwell, ni aun el de Jorge Muller en Bristol –ni por el número de huérfanos que recibió en su seno, ni por la magnífica preparación intelectual, moral y religiosa que se les daba.

El Orfanatorio de Stockwell era de carácter interdenominacional, porque Spurgeon opinaba con razón, que las diferencias sectarias no deben llegar hasta las cuestiones benevolentes, ya que la caridad debe hacerse a las personas que la necesiten, sin distinciones de ningún género. Y esta característica del asilo habla mucho a favor de su fundador y director, que no obstante ser muy rígido en las cuestiones doctrinales – tan rígido que por ellas tuvo que librar más de una batalla – tuviera una tan grande amplitud de miras, y un concepto tan elevado y noble, de la caridad cristiana. En Stockwell no solamente se recibían los huérfanos de personas pertenecientes a las diversas denominaciones evangélicas, sino también a todas las clases sociales. "Esta institución está abierta a todas las clases de la comunidad", decía Spurgeon. "Ninguna sección de la sociedad tiene la preferencia. Al considerar las peticiones de huérfanos, el puesto que los padres ocupan en la vida, no tiene influencia para con el Comité". Para mayor abundamiento de lo que decimos, damos a continuación uno de los últimos informes rendidos acerca de los asilados:

Resumen de Admisiones:

Londres 717

Interior 358

Gales 17

Escocia 1

Irlanda 2

Isla de Wight 4

Total 1,099

Paternidad de los niños:

Mecánicos 261

Empleados de comercio 171

Manufactureros y traficantes 161

Obreros, porteros y carretoneros 159

Ferreteros y oficinistas 117

Marineros y hombres de mar 38

Ministros y misioneros 33

Viajantes comerciales 21

Campesinos y floreros 21

Empleados de Ferrocarril 19

Cocheros 18

Maestros 17

Policías y aduaneros 13

Agentes comisionistas 11

Empleados de Correos 8

Médicos y dentistas 6

Periodistas 5

Soldados 2

Bomberos 1

Arquitectos 1

Caballeros 1

Total 1,099

Profesión religiosa de los padres:

Iglesia de Inglaterra 429

Bautistas 264

Congregacionales 121

Wesleyanos 101

Presbiterianos 22

Católicos Romanos 8

Hermanos 4

Moravos 1

Cristianos de la Biblia 2

Sociedad de Amigos 1

No especificados 151

Total 1,099

Hasta el año 1879, en el Orfanatorio de Stockwell sólo se habían recibido varones; pero en este año se vio la injusticia de tal exclusivismo, porque si había muchos niños que tenían necesidad de una institución como ésta, también había muchas niñas, y en caso de haber preferencia, quizá, debió ser a favor de ellas, las que por su misma condición, estaban en

mayor necesidad. Para Spurgeon y sus consejeros, se hizo perfectamente claro que el plan usado hasta el presente no era el más lógico y mejor, y determinaron variarlo, en el sentido de admitir niñas también. Pero, para hacer posible la recepción de las huerfanitas, se hacía precisa la fabricación de una nueva serie de edificios.

Al efecto, se comenzó a hacer una campaña semejante a la que se había llevado a cabo trece años antes, a fin de obtener las cantidades necesarias para esos edificios; y Dios tocó el corazón de los suyos, para que con toda liberalidad contribuyeran al fin propuesto. Y así, un año después, es decir, en 1880, se dio comienzo a la fabricación. Nuestro biografiado dice a este respecto:

El año 1880 será, memorable en la historia de esta institución, y señalamos con gratitud el hecho de que se colocaron las primeras piedras de cuatro de las casas del Orfanatorio de niñas el día 22 de junio, cuando se celebraba el cumpleaños del Presidente. Fue un gozo para todos los presentes el que la Sra. Spurgeon estuviera en condiciones de colocar la piedra conmemorativa de la "Casa del Sermón", donación de C. H. Spurgeon y sus estimados editores, los Sres. Pasmore y Alabaster. La piedra conmemorativa de otra casa, donación del Sr. W. R. Rickett, llamada "The Limes" (Los Tilos), en tierno recuerdo de cinco hijos queridos, fue colocada por C. H. Spurgeon, que hizo una patética alusión al triste acontecimiento que así se conmemoraba. La Sra. de Samuel Barrow colocó la piedra conmemorativa de la casa llamada "Los Olivos", fabricada con el dinero dado y colectado por su querido esposo. Habiendo suscrito los patronos de esta institución los fondos necesarios para la fabricación de otra casa, su tesorero, el Sr. Guillermo Higgs, colocó en su nombre la piedra conmemorativa que lleva la inscripción: "Erigida por los patronos del Orfanatorio, para expresar su gozo en esta obra de amor".

A todo esto se agregaron después edificios para una enfermería, un lavadero y varios salones más, formando todo, según se puede ver en una de las fotografías con que ilustramos este capítulo, una amplia construcción cuadrangular, con un espacio abierto en el centro para mayor higiene, y para que los niños pudieran usarlo para sus juegos y ejercicios.

En este asilo no sólo se daba alimento y abrigo a los niños, sino que también se atendería con esmero y preferente cuidado, a sus necesidades intelectuales y espirituales; porque Spurgeon creía, muy razonablemente, que satisfacer las necesidades materiales de los pobres niños que recibían admisión en su seno, era hacer la obra, a medias, ya que padecían otras necesidades más vitales, a las que había que atender con toda devoción. Y en esta conexión no es posible dejar de mencionar el nombre del Pbro. Vernon J. Charlesworth, miembro de la Iglesia del Tabernáculo desde el primer año de la estancia de nuestro biografiado en su pastorado, que resultó ser un consagrado hermano, hábil y fiel colaborador de Spurgeon en aquella obra de amor. Este buen hermano, desde el principio supo captarse el cariño y el respeto de los niños, siendo siempre para ellos, no ya el director, sino el padre, el amigo, y el consejero.

De acuerdo con la manera de ser y de pensar de Spurgeon, la única disciplina que se empleaba en el Orfanatorio de Stockwell era la del amor. El método usado no era el del castigo, en ninguna de sus clases, sino la palabra cariñosa, el trato más amante y la afectuosa persuasión. Para los niños, Spurgeon era un verdadero amigo, al que siempre recibían con manifestaciones de cariño, entre aplausos, y un espontáneo y sincero júbilo. Por supuesto, el sistema de vivienda empleado contribuía grandemente a que esta disciplina tuviera una mayor

eficacia y produjera los mejores frutos. "La experiencia nos confirma en la práctica del sistema de hogares separados", dice nuestro gran benefactor.

No tenemos amplios salones, ni vastas barracas, sino casas y familias a la manera de la común sociedad. La pérdida del hogar y de la influencia paternal, es una calamidad para el niño, y lo más sabio es disminuir esta pérdida tanto como sea posible, reteniendo la forma familiar de vida. Habiendo un área de cerca de cuatro acres, en uno de los más saludables suburbios de Londres, el Orfanatorio está admirablemente adaptado a este propósito. Cada hogar es completo en sí, y cada hogar tiene su "madre". Los niños comen en una sala común, como familias; la comida de las niñas se prepara en sus respectivas casas; y es la regla que tanto los niños como las niñas, ayuden en todos los quehaceres domésticos del establecimiento. El culto familiar se celebra en cada departamento por la mañana y por la tarde, y los niños aprenden el texto del día, del Almanaque de Spurgeon. De acuerdo con nuestro sistema, se hace posible la cuidadosa supervisión de cada niño y se obtienen las mejores condiciones sanitarias, morales y religiosas. Aunque no podemos cambiar la naturaleza humana, ni hacer que los niños buenos sean perfectos, podemos hacerlo todo mejor en grupos familiares, que si los tuviéramos en grandes masas y empaquetados por gruesas, como las plumas de acero. El carácter individual se manifiesta mejor en los pequeños grupos que en los grandes regimientos.

La instrucción que se daba a los niños era bastante liberal. Un autor dice: "Los niños son bien enseñados en los conocimientos elementales, como lectura, escritura, aritmética, gramática, historia, geografía, música vocal, latín, taquigrafía, las ciencias de las cosas corrientes y la Biblia. Se celebra una clase de francés para los muchachos mayores, y diariamente se les ejercita en las tácticas militares. Se enseña el dibujo y muchos de los niños han sobresalido en él. También se enseña la música con éxito".

En el Orfanatorio no se enseña oficio a los niños; pero cuando han llegado a la edad en que deben abandonar la institución, de acuerdo con sus gustos y preferencias, van empleados, recomendados por Spurgeon y sus amigos. Con la educación recibida, fueron siempre cumplidores de sus deberes de la manera más estricta, y muchos de ellos se encuentran hoy predicando el Evangelio eficientemente, o desempeñando puestos de importancia en la banca y el comercio.

La enseñanza religiosa que se da a los niños es tan completa, y el ejemplo que reciben tan perfecto, que de ellos han ingresado muchos en la Iglesia, por medio de una personal confesión de fe en el Salvador. En las sesiones de la Escuela Dominical, en los servicios especiales que celebran en el mismo asilo, en las conversaciones particulares, en todo, se tiende a la conversión de los niños, y los esfuerzos que se hacen en este sentido no son en vano. Nuestro biografiado creía de la manera más absoluta que "no con sólo pan vive el hombre, sino con toda palabra que sale de la boca de Dios"; y por eso, se ocupaba con preferente atención en promover el despertamiento espiritual de aquellos pequeños seres que Dios había puesto bajo su abrigo y cuidado, y no desperdició oportunidad alguna para llevarlos a los pies de Cristo.

Spurgeon acostumbraba a decir que "el Orfanatorio de Stockwell era un argumento a favor de Dios", y al decirlo tenía razón que le sobraba, ya que sin la acción de Dios en él, ese asilo tan costoso, y que tan enormes cantidades exigían para su sostenimiento, no hubiera sido creado, ni conservado.

Esta aserción de nuestro biografiado es cierta de toda certeza; pero también hay que reconocer que esta institución benéfica es un monumento a aquel hombre que, no sólo pasmó al mundo con su grandilocuencia, sino que también lo maravilló por sus obras estupendas; un monumento de su fe grande y firme; un monumento a su confianza plena en la ayuda y auxilio divinos, para con aquellos de sus siervos que se rinden a él para servirle, sirviendo a la humanidad que sufre; un monumento, en fin, a su genio organizador, a su singular actividad y energía, y a su incansable esfuerzo.

13

LA LABOR DE LA CONSAGRADA ESPOSA

Dios, que bendijo abundantemente a Spurgeon en la grande y valiosa obra que llevó a cabo en su nombre, le bendijo también, y de la manera más pródiga, en lo que a su familia se refiere. En efecto, tuvo solamente dos hijos gemelos, y los dos, andando el tiempo, ingresaron en el ministerio Bautista, y uno de ellos se significó tanto por su elocuencia y capacidad, que cuando su tío homónimo, que había quedado al frente de la Iglesia el Tabernáculo, a la muerte de nuestro biografiado, dejó de existir, fue elegido para sustituirle en ese pastorado, en el cual tanto había brillado su padre. Su otro hijo también desempeñó puestos de importancia en el seno de su denominación, y en cuando a su esposa, fue esta tan paciente, tan consagrada, tan fiel y amante, que resultó para él la compañera ideal y una colaboradora competente.

El día que nuestro biografiado predicó por primera vez en Londres, en la congregación se encontraba la joven Susana Thompson, que aunque no era miembro de la Iglesia, sino congregacional, había concurrido a fin de aumentar el número de los oyentes, para que el joven predicador no recibiera una decepción al ver la capilla vacía. Un amigo, que recordaba perfectamente los acontecimientos de ese día memorable, años después, que Susana había dicho: "Sería una vergüenza hacer venir un hombre desde lejos, y que encontrara la Iglesia pobremente concurrida".

Esta era de familia bien acomodada, su padre un próspero comerciante de la ciudad, y había recibido una sólida y brillante instrucción, y una magnífica educación religiosa. Vivía en medio de las mayores comodidades, y brillaba en su sociedad por sus gustos refinados y por la gran bondad de su carácter, más que por la belleza física. Era en suma, una mujer a quien Dios había adornado con las mejores prendas de corazón y de carácter, preparadas debidamente para brillar en cualquiera esfera.

"En este siglo", ha dicho un conceptuoso escritor, "cuando la vida de cada joven es un enigma para ella misma, porque depende tanto de circunstancias que están fuera de su dominio, ¡que oscuro debe aparecer su futuro! Para él puede joven que puede abrigar una razonable ambición y hacer probables profecías acerca de su futuro comercial, hay una medida de certidumbre que agrega mucho a su atracción, y mucho y mucho de alegría a sus juveniles estudios. Pero la vida de una mujer es más incierta, porque depende en alto grado de la apariencia, hábitos y posición social de algún hombre de quien, en su juventud, puede no saber nada absolutamente.

"Esas deben haber sido las condiciones de Susana, cuando vio por primera vez, a este joven de pie en el púlpito. Que él pudiera llegar a ser para ella algo más que un mero conocido,

o posiblemente su pastor y consejero, era una cosa que no podía entrar en su pensamiento en aquellos momentos, a menos que sus pensamientos hubieran vagabundeado en las más extravagantes imaginaciones. Sus vidas eran muy diferentes; estaban muy separados".

En esas corrientes de amor que atraen y ligan sólidamente a un hombre y una mujer, haciéndoles vivir una misma vida, suplementarse y ayudarse mutuamente, hay algo de misterioso que la inteligencia humana no puede analizar ni explicar; algo tan sutilmente incomprendible, que la vista humana no puede sondear en sus arcanos. Querer hacer que estas relaciones dependan de una mera cuestión de conveniencia, es no conocerlas, ni haber experimentado el poder avasallador, modelador, impulsor de aquella fuerza irresistible que se llama amor. Cuando las relaciones conyugales no son un simple contrato civil, sino que el corazón está por medio, entonces no podremos dejar de reconocer que, tras esas relaciones, hay siempre algo de misterioso que nos hace pensar en una Divina Providencia, que ha estado actuando en los acontecimientos e inclinaciones de la vida.

Dios había elegido a esos dos seres, tan desemejantes por muchos conceptos, no sólo para que se unieran, sino para lo que vale mucho más, para que se comprendieran, alentaran y ayudaran mutuamente, por medio del profundo amor que los ligaba, en la santa causa de rescatar almas perdidas y presentarlas al común Salvador. En realidad, Susana Thompson era la mujer, precisamente, que Spurgeon necesitaba para compañera de la vida, mujer culta, de gran ternura de carácter, sabia en el consejo, de selecto espíritu cristiano, obrera consagrada en la viña del Señor.

No es oportuno que entremos en divagaciones acerca de lo que Spurgeon hubiera sido, o hubiera dejado de ser, de no haberse unido con esta santa mujer; pero es algo bien conocido y que no admite dudas, que la mujer ejerce sobre el hombre una grandísima influencia. Y esta influencia, guiada y santificada por el más tierno y profundo amor, la usó Susana para pulir al elegido de su corazón, para ser su aliento y confortación en los momentos de dificultad, para inspirarle y fortalecerle. A este respecto dice el Dr. Tomás Armitage:

Al estimar la hombría, el poder y la obra del Sr. Spurgeon, pocas personas toman en consideración las fuerzas modeladoras y fortalecedoras utilizadas por la Sra. Susana Spurgeon, la "señora elegida", que Dios le dio por esposa en 1856, cuando él se encontraba en el vigésimo segundo año de su vida. . . No hubo nunca dos almas, desde la primera brillante mañana de la creación, que fueran más adaptadas una a la otra, que el Sr. y la Sra. Spurgeon. El era intrépido, ella tímida; él era grande en la acción, ella en el sufrimiento; él era rudo, brusco, a veces demasiado franco; llegó a alcanzar todo lo que es honorablemente desafiador en el hombre; ella todo lo que es suave y tierno en la mujer; él tenía elevados dones, ella la más delicada sensibilidad. Le amaba con todo el corazón. . . Completamente instruida, y doblemente agraciada con toda virtud noble y bella, creó a su derredor una atmósfera muy distinta a la que respiraba fuera del hogar. El podía entender perfectamente lo que Salomón quena decir cuando dijo: "Como el sol cuando se levanta en los altos cielos, así es la belleza de una buena esposa en la ordenación de su casa". Amaba las ocupaciones literarias de su esposo, y le era una hábil colaboradora en ellas. Cuando estaba presente, ella era para él como una estrella en la noche, como una gota de rocío iluminando una espina.

La verdad es que la ayuda y simpatía de la Sra. Spurgeon fueron incalculables en la modelación del carácter y la vida de su esposo, de tal manera que él nunca hubiera podido llegar a ser lo que fue sin ella. . . Mientras que a cada paso de su vida pública él era el blanco de todo ataque, ella, después de Dios, era su escudo y su defensa. . . Su benéfica y

suavizadora influencia sobre su naturaleza ruda, era semi-angélica. . . "La historia de la vida de Spurgeon será ahora un libro abierto para todos los tiempos; pero sin leer cuidadosamente el capítulo de la influencia de esta mujer en su vida, cuando menos, llegará a ser ese libro un imperfecto retrato suyo".

Pero hay necesidad de hacer énfasis en algo relacionado con esta noble mujer, que da mayor importancia a la enorme labor que realizó: durante muchos años esta noble matrona, que reunía todas las condiciones humanas necesarias para que su vida fuera feliz y alegre, padeció de una terrible parálisis, que la incapacitó para moverse. Clavada en su butaca, durante largos años, sufrió los más intensos dolores físicos, los que en muchas ocasiones la habían llevado hasta la misma agonía. Ella misma nos cuenta que por espacio de largo tiempo "no tuvo un día bueno", sin que los dolores hincaran profundamente en su carne. Y a estos dolores físicos se unían los morales, al considerar que no podía ser la obrera activa y entusiasta que estaba acostumbrada a ser, ni podía ayudar a su querido esposo, materialmente, en sus absorbentes ocupaciones.

Sin embargo, en su profunda fe en Dios, y en su paciencia cristiana, encontró siempre recursos suficientes para acallar sus dolores, elevándose por sobre las cosas materiales y terrenas, para ocupar su espíritu y su mente en las cosas divinas. Si sus dolores físicos eran grandes, mayor era su confianza de que "todas las cosas obran para el bien de aquellos que a Dios aman y que el Señor, en sus inescrutables y siempre sabios designios, tendría alguna razón de orden elevado, para someterla a la prueba de aquellos dolores.

Pero, de lo que llevamos dicho no ha de imaginarse, ni por un momento, que esta santa mujer permaneciera ociosa; que para el que quiere, siempre hay labores nobles y elevadas en que ocuparse. Gobernaba perfectamente su hogar, dirigiendo con suavidad, pero con energía a la servidumbre, la que la respetaba y quería, y en la cual había cristianos a cuya conversión había ella contribuido en gran parte; iba persistentemente educando a sus dos hijos gemelos, poniendo en ellos el fundamento de aquel carácter cristiano que luego llegaron a manifestar en el mundo; y lo preparaba todo con amoroso cuidado, para que cuando su querido esposo llegase a su hogar, extenuado por las labores del día, y quizá agobiado por las dificultades y contratiempos, encontrara en él todo lo que humanamente puede contribuir a la paz y quietud. Así hizo que para Spurgeon, su hogar fuese realmente una anticipación del cielo, cosa que éste aseguró muchas veces, al hablar de todo lo que su buena esposa significaba para él.

Pero, nuestra noble Susana, con todo lo que ella significó para Spurgeon, probablemente hubiera tenido una ligera mención, como tantas y tantas otras esposas de pastores, buenas y consagradas mujeres, siempre dispuestas al trabajo y al sacrificio, de no haber sido por aquellas dos agencias, tan magnificas, que tuvieron su origen en la ternura de su gran corazón, y que tantas horas de alegría y de solaz dieron a multitud de ministros evangélicos. Nos referimos a los llamados "Fondo de Libros", y "Fondo de Auxilio para los Ministros Pobres". En cuanto al "Fondo de Libros", he aquí como ella misma relata su origen:

Fue en el verano de 1875 que mi querido esposo completó y publicó el primer volumen de "Discursos a mis estudiantes". Leyendo una de las pruebas, me sentí tan enamorada del libro, que cuando el querido autor me preguntó, "Bueno, ¿te gusta?" yo contesté de todo corazón: "Quisiera poderlo poner en manos de cada ministro de Inglaterra". "¿Cuánto darás para ese fin?" me preguntó mi muy práctico esposo. Debo confesar que no estaba preparada para tal pregunta. Tenía el deseo de la distribución del precioso libro; pero ayudar en su distribución, o contribuir a pagarla, era cosa que no se me había ocurrido. . . Sabía que se haría

necesario una presión en alguna parte, porque el dinero no era muy abundante entonces; pero, el poder ver el rostro de mi querido esposo radiante a la idea de que yo pudiera enviar el libro cerca y lejos, valía cualquier esfuerzo; y el amor, mucho más que la obediencia, me hizo llevar adelante el plan tan festinadamente formado. Entonces vino lo admirable: encontré que el dinero estaba listo y esperando. En el piso alto, en una pequeña gaveta, había algunas coronas bien guardadas, las que, obedeciendo a temores tontos, había estado reuniendo por espacio de años, siempre que se presentaba alguna en mi camino. Conté estas monedas, y vi que sumaban la cantidad precisa para comprar cien ejemplares del libro. Si una sombra de disgusto pasó sobre mí al separarme de mi querido tesoro, pronto desapareció, y él fue entregado libre y agradecidamente al Señor; y en ese momento, aunque yo no lo sabía, "El Fondo de Libros" fue inaugurado.

Y en 1886, escribiendo en la Introducción al libro "Diez Años trabajando en el Fondo de 'Libros'", escrito por su esposa, Spurgeon hace la siguiente apreciación de aquella magnífica labor:

Agradecido adoro la bondad de nuestro Padre Celestial, que dirigió a mi querida esposa a una obra que ha sido causa para sus amigos de una felicidad inenarrable. Que le ha costado más dolor del que podemos hablar, es una verdad; pero que le ha traído gozo indecible, es también una verdad. Nuestro gracioso Señor ha ministrado en su hija que sufría, de la manera más efectiva, cuando bondadosamente la llevó a ministrar en las necesidades de su servicio. Por este medio la llamó de su tristeza personal, dio tono y concentración a su vida, la dirigió a intercambio constante con El, y la elevó al centro de aquella región donde algo más que los goces terrenales reina supremo.

He de concretarme a expresar mi convicción de que la obra (del Fondo de libros) es muy necesitada, ha sido grandemente útil, y todavía es muy demandada. ¿Cómo pueden muchos de nuestros ministros comprar libros? ¿Cómo pueden los que se encuentran en los pueblos adquirirlos? ¿Qué llegarán a ser sus ministraciones, si su mente no es alimentada? ¿No es una medida prudente, digna de la atención de todos los que desean que las masas sean influenciadas por la religión, que los predicadores que ocupan su púlpito estén provistos de material fresco?

Por medio del Fondo de libros, no menos de doce mil ministros de todas las denominaciones han sido provistos de varios libros. Algunas veces los hombres han sido ayudados en estudios especiales, por los cuales sentían predilección.

La importancia del trabajo de la Sra. de Spurgeon, y el resultado que obtuvo, son cosas que no pueden sujetarse a las cifras numéricas. Los libros son para el ministro, como las herramientas de su trabajo. Sin estas herramientas le es muy difícil efectuar su labor, por lo menos de una manera eficiente, ya que siempre vivirá en un mundo atrasado, y sus ideas no tendrán ni novedad, ni brillantez. El ministro del Evangelio vive hoy en un mundo que lee, donde se dan a la estampa y circulan centenares de millones de libros, y donde se discuten todos los asuntos y todos los movimientos; y para no hacer un papel desairado, tiene necesidad de estar al tanto de las altas y bajas del mercado intelectual.

Generalmente no se exige de las personas cultas que sepan de todo y que puedan hablar de todo, porque es bien sabido que nadie puede abarcar todos los conocimientos. Pero en lo que se refiere al ministro del Evangelio, sucede una cosa muy diversa y que resulta curiosa: ¿Cómo es posible que las personas que se explican perfectamente que los

profesionales, el médico y el abogado, tengan conocimientos muy limitados en algunas materias, o que no sepan nada sobre ellas, no se lo expliquen de la misma manera que el ministro, y piensen que éste debe ser una especie de enciclopedia ambulante? Hay que sacar a todos de este error, haciéndoles ver que el ministro es un hombre que tiene todas las limitaciones que los otros hombres.

Pero, el ministro debe tratar de instruirse en las cuestiones de discusión actual, en los movimientos corrientes debe estar al tanto de las cuestiones teológicas. Su congregación, y el mismo prestigio del ministerio así lo demandan. Y para ello necesita libros unos cuantos escogidos si es que no puede tener muchos y los necesita para estudiarlos, para embeberse en ellos, a fin de sacarles su sustancia.

En la época de Spurgeon, había en Inglaterra, para no referirnos a otras partes del mundo, una multitud de ministros que, por su escasez de fondos, porque sus ingresos eran demasiado pequeños, se encontraban en la imposibilidad de adquirir, ni aun los libros más necesarios. Por eso, la obra de la esposa de nuestro biografiado revistió la mayor importancia, dado el número de personas que comprendió, y una no menor utilidad, ya que vino a llenar un vacío hondamente sentido, y a resolver, en parte, un difícil problema.

La obra efectuada por la Sra. de Spurgeon no hizo acepción de personas. Si se hubiera circunscrito a los de su propia denominación, seguramente ella no hubiera sido tan hermosa, ni hubiera efectuado tanto beneficio; pero aunque creía en su denominación y buscaba su progreso por todos los medios que estaban a su alcance, cosa muy natural, después de todo, esto no llegaba al extremo de hacerla sustraer los beneficios de su gran obra a personas de otras convicciones. Quería ayudar a los ministros pobres, sin distingos de ninguna clase. Y como el único requisito para obtener los libros era solicitarlos, pudo ayudar a centenares de obreros evangélicos, dentro y fuera de Inglaterra.

La obra efectuada por esta noble mujer adquirió una grandísima importancia, a medida que pasaba el tiempo. En el año 1880 se distribuyeron nada menos que 7,144 libros y 6,262 sermones; y en 1884 la Sra. de Spurgeon informó que, en los quince años de existencia del "Fondo de Libros", se habían distribuido 122,129 libros, aparte de un grandísimo número de sermones; y que estos libros habían sido donados a más de 12,000 ministros.

Tres meses después del fallecimiento de Spurgeon, es decir, en abril de 1892, su viuda escribió en la revista que él había dirigido:

Ha sido necesario echar a un lado esta agradable obra de mi vida, a fin de poderme ocupar de las dulces, tristes ministraciones de mi querido esposo; primero, junto a su lecho de terrible enfermedad, durante el tiempo de primavera y verano; luego, con esperanzado regocijo, junto a su lecho, en aquellos tres brillantes meses en Mentone; y después de eso, hasta la terminación de aquel memorable 31 de enero de 1892, cuando su Salvador no pudo dejármelo par más tiempo, sino que "quiso" que estuviera con él donde él está, para que pudiese "contemplar su gloria". Tal es la breve y triste historia del "Fondo de Libros" durante los últimos doce meses.

Un mes de reclusión en uno de los más hermosos paraísos terrenales, ha calmado algo el dolor de mi corazón, y me ha fortalecido para renovado servicio. "He esperado pacientemente en el Señor, y él ha inclinado a mi su oído, y ha contestado a mi clamor". Así que ahora me parece que ha llegado el tiempo de que reasuma mi trabajo; y creo que Dios me

ayudará, a cumplir con mi intenso deseo en todas las cosas, y que podré servirle fielmente hasta la hora de mi muerte. Mientras yo tenga vida, el trabajo del Fondo de Libros ha de ser el trabajo de mi vida; y espero estar en condiciones de aumentar su utilidad, y esparcir más dilatadamente sus beneficios, si se me concede salud.

En petición de libros, o como señal de agradecimiento por libros recibidos, llegaron a manos de la Sra. de Spurgeon millares de cartas, las que ella iba coleccionando cuidadosamente, dando publicidad a muchas en su libre "Diez Años de Servicio con el Fondo de Libros". Todas estas cartas son muy interesantes, porque manifiestan la apreciación que se tenía de la obra que llevaba a cabo nuestra matrona; y al lector, seguramente, le agradará, conocer algunas de ellas. Una, llegada de la lejana India, no tiene desperdicio. Dice así:

¡Que la ayuda de Dios sea su bendición!

A la presencia de mi querida madre, la Sra. Spurgeon.

Valpulla Yohan, maestro en el Seminario Teológico, Ramapatam, escribe con mucha gratitud lo que sigue:

Querida Sra.: Estoy ocupado en la obra de Dios en este Seminario, ayudando a su director, el Dr. Williams: con esto quiero decir que estoy enseñando la Palabra de Dios a mis conciudadanos. Estoy seguro de que Ud. orará a fin de que las bendiciones de Dios sean sobre mis labores. Ahora quiero hablarle particularmente de la gratitud que siento hacia Ud. Querida madre Ud. dio unos pocos libros de sermones del Sr. Spurgeon a nuestro misionero, y le dijo que los ofreciera gratuitamente a aquellos predicadores que sepan leer inglés. De esta manera, he recibido, por su favor el sexto tomo de estos sermones. Le ofrezco a Ud. mi gratitud por esta donación. Estoy seguro de que, aunque mi tierra está a millares de millas de la suya, Ud. siente amor hacia los pobres cristianos de este país, lo mismo que yo. Puedo decirle algo de mi historia personal, fui llevado a creer en Cristo en el año 1868, y fui bautizado el mismo año. Después de unos pocos meses, fui recibido en la escuela de la misión, y adquirí conocimientos por espacio de cuatro años. Entonces, en 1872, fui enviado al Seminario Teológico "Brownson", para estudiar la Palabra de Dios. Después de seis años, Dios me eligió y nombro como maestro en este seminario; mi esposa también enseña a las esposas de los estudiantes. Tengo una familia de seis hijos; le ruego que pida a Dios que me bendiga siempre y me capacite para efectuar mi obra con fidelidad. Envío mis saluciones al Sr. Spurgeon, a Ud. y también a sus hijos. Mi esposa e hijos también envían saluciones.

Valpulla Yohan.

Y un misionero escribe desde las Antillas:

Los sermones han sido un rico tesoro para mí por espacio de quince años. Más de uno he asimilado bien, y luego lo he dado a las gentes, que siempre me han dicho: "Oh, señor, es un sermón muy bueno". Y he pensado para mí: "Si, *debe ser muy bueno*, y no dudo que les agrade".

Un clérigo anglicano, desde una apartada aldea, escribió:

A mi regreso encontré el paquete de sus libros que me esperaba; y aunque estaba cansado de cuerpo, y deprimido de mente, la vista de estos libros fue tan refrescante para mí, a medida que los examinaba uno a uno, aunque era más de media noche, que me sentí deseoso de cantar de alegría. Caí sobre mis rodillas y alabe a Dios por sus misericordias para conmigo por su mediación.

Pero, entre las innumerables cartas recibidas por la Sra. Spurgeon, había muchas en las cuales podía verse con toda claridad, la angustiada situación económica por que atravesaban multitud de ministros ingleses en aquellos días, y sobre todo, los ministros episcopales. Ella misma menciona tres casos, a cual de ellos más triste. Helos aquí:

No. 1. Se trata de un pastor que trabaja rudamente, predicando cinco veces a la semana, celebrando numerosas clases bíblicas, escribiendo, haciendo obra itinerante, y haciendo lo mejor que le era posible en beneficio de su congregación; está casado, tiene tres hijos, y recibe y se las arregla para vivir con ello, una pequeña consignación de setenta y cinco libras anuales, complementada por las ofrendas de Año Nuevo, que generalmente ascienden a diez o doce libras....

No. 2. es un caso más triste. Por espacio de veinte años, su sueldo, como pastor de una aldea, nunca ha excedido de sesenta libras anuales, y para usar sus propias palabras, a *menudo han sido solamente diez, y a veces veinte libras menos*. Esto, con una esposa afligida con una complicada enfermedad intestinal, que requiere la asistencia de muchos médicos, y que no está nada mejor, sino peor, unido a otras dificultades domésticas, y a muchos fallecimientos en la familia, es bastante, pensamos, para sacar todo el don de la predicación de un hombre. "Pocas personas", dice él mismo, "excepto nuestro buen Padre Celestial, saben las privaciones y dificultades que hemos tenido que soportar durante estos veinte años....

El No. 3. es un caso que permanece aparte, en el pináculo especial de la tristeza.... El esposo está débil y enfermo, como consecuencia de un prolongado ataque bronquial, que le postró por espacio de dos años, un pequeño hijo en un estado de debilidad, crítica condición, y la esposa, aunque está desmejorándose rápidamente, acaba de ser madre del *décimo segundo hijo*, todos los cuales viven, excepto uno, y *los últimos cinco tienen menos de cinco años de edad*. Sus entradas, por todos conceptos.... son de cincuenta y cinco libras al año. ¿Puede la pobreza respetable llegar a una profundidad mayor que ésta?

Con el conocimiento de la precaria situación de gran número de obreros, la Sra. Spurgeon consiguió poder unir a su "Fondo de Libros", otra gran agencia, tendente a hacer menos dolorosa las condiciones de estos pobres ministros, e instituyó lo que se llamaba "Fondo de Alivio Ministerial". Como su nombre lo indica, este fondo tenía por finalidad proveer a los pastores más pobres, de ropas para ellos y sus familiares, efectos de escritorio, y en muchos casos, de cantidades con qué atender a casos de emergencia.

Al frente de esta nueva agencia, en la cuál era liberalmente ayudada por muchas personas caritativas, esta consagrada mujer estuvo ocupada muchos años, y el beneficio que pudo hacer, es incalculable.

Cuando se toman en consideración todas las cosas, se llega a la convicción de que la obra efectuada por esta débil mujer, fue realmente asombrosa. Atendiendo a los dolores de otros, olvidaba sus propios dolores; y atenuando el ajeno sufrimiento, el suyo se hacía menos sensible y punzante. No obstante su debilidad, su postración y sus padecimientos, pasaba

largas horas en “su taller”, atendiendo a la mayor eficacia de estas dos grandes agencias que bien podemos llamar benéficas.

Allí, en aquella celebre habitación del extremo este de su morada de Norwood, llamada por ellos “Montañas Beulah”, en recordación del magnifico pasaje de “El Peregrino” de Juan Bunyan –habitación que había convertido en taller y santuario– olvidándose de sus intensos dolores físicos, y sobreponiéndose a aquella enfermedad que solo le permitía el uso de la cabeza y de los brazos, esta noble mujer trabajaba en “su obra de amor”.

Ella, que sufría, estaba en condiciones de dar aliento y confortación a los tristes, y llevar alguna palabra de simpatía y amor cristiano a las almas que estaban sumidas en el dolor; y tal cosa la realizaba a una perfección tan grande, que todas sus epístolas escritas con motivo de la donación de libros, ropas, etc., son modelos de ternura, de selecto espíritu de consagración, y de un alma que había aprendido, en la misma escuela de Dios, a decir con el Maestro: “Así, Padre, porque así agradó a tus ojos”.

14

FIN DE UNA BRILLANTE CARRERA

DURANTE muchos años Spurgeon padeció de pertinaz dolencia, que cada día se hacía más aguda. La gota reumática, que había heredado de su abuelo, constantemente le mortificaba, haciendo necesario que anualmente se viera obligado a pasar largas temporadas en el sur de Francia. La atmósfera de este lugar le era benigna, y de estas forzadas vacaciones, regresaba siempre fortalecido y mejor, pero no curado. Además, el enorme trabajo que gravitaba sobre sus hombros, a cada momento se hacia mayor y más pesado, al extremo de que en 1886, él mismo exclamaba.: "Estoy bien, pero esta obra gigantesca ha de abatirme más temprano o más tarde más temprano, si el viento sigue del Este por mucho tiempo".

En los últimos años su dolencia se agudizó grandemente, y aunque sus viajes a Francia se hacían más frecuentes, y su buena esposa, sus médicos y amigos extremaban sus cuidados para con él, se preveía claramente que el fin no estaba lejano. Se veía con toda claridad que el fuerte roble, combatido por rudas tempestades, pronto había de abatirse. En el comienzo del año 1891 Spurgeon sufrió un rudo ataque de gota, complicado con la influenza y congestión de los riñones, lo que le postró durante muchos días. Este fue realmente el principio del fin de su carrera.

A los tres meses, encontrándose muy mejorado, hizo un viaje a Stambourne, donde había pasado los mejores días de su primera niñez, con el fin de tratar de reponerse completamente. Allí, en la compañía del venerable J. C. Houchin, estimado pastor de aquella iglesia, disfrutó de muchos momentos de verdadero solaz espiritual. Estos dos hombres de Dios se reunían diariamente para estudiar la Biblia, cambiar impresiones acerca de la obra que el Señor había encomendado en sus manos, y para dar paseos por el jardín de la casa rectoral. A la magnífica biografía del Dr. Wayland debemos muchos de los datos de este capítulo, así como la fotografía en la cual aparecen Spurgeon (a la izquierda) y Houchin; y en ella puede verse bastante claramente lo extenuado que se encontraba nuestro biografiado.

Pero, la agradable estancia de Spurgeon en Stanbourne no pudo ser de mucha duración. Al poco tiempo de encontrarse allí, un nuevo ataque de gota lo hizo apresurarse a regresar al hogar, donde por espacio de largas semanas padeció los más agudos dolores. Esta recaída llegó a revestir caracteres tan graves, que la nueva del peligro en que se encontraba se esparció por todo el mundo cristiano de habla inglesa, llevando a todos los corazones, tanto de propios como de extraños, la más sincera ansiedad. Los periódicos de Londres publicaban diariamente noticias de su estado, y la Iglesia del Tabernáculo Metropolitano daba al público un boletín diario para informar acerca de todo lo que se relacionaba con el querido enfermo.

Fue en esta época en que aquel otro gran hombre y fiel cristiano, W. E. Gladstone, que hacía poco había pasado por el dolor de perder uno de sus hijos, escribió a la esposa de nuestro biografiado la presente expresiva carta:

Estimada Sra.: En mi hogar, entenebrecido al presente, he leído con intenso interés, las noticias diarias de la enfermedad del Sr. Spurgeon; y no puedo dejar de expresarle la más sincera seguridad de mi simpatía hacia Ud. y con Ud., y de mi cordial admiración al Sr. Spurgeon, no sólo por sus magníficos poderes, sino más aun de su devoto e invariable carácter. Permítame que humildemente los encomiende a Ud. y a él, en todas las contingencias a los infinitos tesoros del amor y la misericordia divinas, y suscríbame, muy estimada Sra., sinceramente suyo, W. E. Gladstone.

A misiva tan atenta contestó la Sra. de Spurgeon, con otra no menos expresiva, en la que, además, la temblorosa mano de nuestro biografiado había estampado una breve post-data. He aquí esa carta:

Westwood, Norwood Superior, Julio 18, 1891.

Estimado Sr. Gladstone: Sus palabras de simpatía tienen una especial significación para mí, al venir de una persona que acaba de pasar por las profundas aguas que ahora parecen amenazarme. Le doy las gracias calurosamente por sus expresiones de consideración hacia mi querido esposo, y con todo mi corazón oro porque las consolaciones de Dios abunden en Ud., de la misma manera que abunda en mí. Aunque todavía no podemos considerar fuera de peligro al querido paciente, los médicos han publicado un boletín más alentador. Creo que es un honor que me sea permitido decir que siempre seré,

Su agradecida amiga,

S. Spurgeon.

P. D.: La suya es una palabra de amor, como sólo pueden escribirla aquellos que han estado en el país del Rey, y visto mucho de su rostro. El amor de mi corazón para Ud.

C. H. Spurgeon.

En octubre de este mismo año de 1891, habiéndose repuesto bastante de su dolencia, los médicos y amigos le aconsejaron otro viaje a Mentone, en Francia. En medio de sus dolores y sufrimientos, Dios le concedió en esta ocasión un gozoso privilegio que hasta ahora no había podido disfrutar nunca: Su buena y cariñosa esposa, inválida durante muchos años, no había podido ir con él a Francia en sus viajes anteriores, pero ahora, por un milagro de la Providencia, estaba en condiciones de poderle acompañar, aunque no se encontraba del todo

bien. Con este gran gozo en su corazón, se dispuso nuestro biografiado a visitar aquel rincón francés, que tanto había significado para su salud, y del cual siempre había regresado con nuevas energías. Poco antes de embarcar escribió la siguiente interesante epístola a su bien amada congregación

A mí querido rebaño del Tabernáculo Metropolitano. Queridos hermanos: Puesto que todos vosotros orasteis por mí tan intensamente os suplico que conmigo alabéis de corazón. Mi estancia junto al mar ha efectuado maravillas. Me siento un hombre completamente distinto, y mi dolor me da esperanzas de que cuando me reponga no estaré mucho peor que antes del terrible proceso porque he tenido que pasar. "¡Oh, magnificad el nombre del Señor conmigo, y alabémosle!" Estoy muy, muy débil, y la restauración a la salud ha de ser gradual. El inevitable descenso de temperatura es un gran peligro para mí por varias razones, y por eso mis amigos médicos deseaban que saliera de Londres. Espero embarcarme el lunes día 26. Orad porque pueda efectuar el viaje con seguridad, y también la Sra. Spurgeon. Cien millas es una frase muy seria para seres tan débiles. El Señor perfeccionará lo que me concierne, y cuando yo regrese en paz, celebraremos un servicio público de acción de gracias, para bendecir y exaltar a nuestro Dios. Os dejaré en las manos del Señor. Como Iglesia del Dios viviente, sois "como una ciudad asentada sobre montaña, que no puede esconderse". Vuestro amor, y unidad, y oración', y fe son conocidas en todas partes. . .

Han de haber algunas deficiencias que arreglar a mi regreso, pero haced que éstas sean las menos posibles. . . Dejo el rebaño con el Gran Pastor de las ovejas, y sé que seréis cuidados y alimentados. El Señor permita que, sea que yo hable o esté en silencio, me regocije o sufra, viva o muera, todo sea para la mayor gloria y progreso del Evangelio. Soy deudor a todas las iglesias y a todas las clases de la sociedad. La simpatía que se mostró diariamente, casi quebranta mi corazón de gratitud. ¿Qué soy yo? Una cosa sé que soy: vuestro siervo en Cristo Jesús, y el mensajero del Señor a muchas, muchas almas que nunca vieron mi rostro, pero que han leído mis sermones. A vosotros en el Tabernáculo estoy unido por los más estrechos lazos. Que Dios os bendiga a todos.

Vuestro en el común Señor,

C. H. Spurgeon.

"El lunes 26 de octubre, como había determinado, abandonó el hogar al cual nunca más había de regresar, llegando bien a Calais. Al día siguiente continuó su largo viaje, en un coche salón perteneciente al Barón de Rothschild, que bondadosamente éste había puesto a su disposición. Desde París fue enviado a Inglaterra un telegrama, por una persona que le vio allí, diciendo: 'Brillaba con claridad y gratitud, y dijo que había ganado, y no perdido fuerzas en el viaje'. Al día siguiente el mismo Spurgeon telegrafió: 'Llegado a Marsella confortablemente; esposa fatigada. Estoy mejor que a la salida. Que todos alaben a Dios' "-

Por esta fecha Spurgeon sólo contaba cincuenta y siete años de edad; y su llegada a Mentone, no considerándose un anciano, y sabiendo lo beneficioso que le era aquel clima, abrigaba en su corazón la esperanza de un pronto restablecimiento, después del cual podría entregarse nuevamente a la obra que Dios le había dado a hacer, y que él amaba con tanta intensidad. Pero, la Providencia de Dios había determinado otra cosa, y estas esperanzas habían de resultar fallidas, ya que el fin de su brillante carrera estaba próximo.

Durante los tres meses que mediaron entre su llegada a Mentone y su sentida muerte, semanalmente escribió a su congregación, epístolas cariñosas que eran leídas públicamente todos los domingos, a las multitudes que se reunían en el Tabernáculo Metropolitano. Estas cartas tienen un grandísimo valor histórico, y muestran al gran hombre, en toda la hermosura de su selecta personalidad. En ellas se ve la esperanza del pronto restablecimiento; el ansia de reunirse con su querida congregación, en la casa de Dios, para adorarle; el decaimiento físico del hombre; el intenso anhelo del progreso espiritual de los creyentes; y su disposición a aceptar, confiada y tranquilamente, la voluntad de Dios, fuera ésta cual fuera. Con fecha 21 de diciembre de 1891 escribió una cariñosa carta a los niños del Orfanatorio, haciéndoles presente su cariño, y dándoles saludables consejos. A esta carta contestaron los niños con la siguiente tierna misiva, que pone de manifiesto todo lo que Spurgeon era para ellos:

No le escribimos a Ud. cuando estuvo tan enfermo, pero oramos por Ud. todos los días. Hemos estado tan contentos desde que supimos que Ud. seguía mejor. Apenas sabemos qué hemos de mandarles, pero ahora nos hemos puesto de acuerdo para mandarles unas flores inglesas, para que las use el día de Navidad. Ud. tiene más hermosas flores en Francia, pero esperamos que le agradarán éstas más que aquéllas, al venirle de sus amantes niños y niñas del Orfanatorio. Damos las gracias a la Sra. Spurgeon por el amor que siente por nosotros; y nos sentimos muy contentos de que Dios le haya mejorado lo suficiente para poder ir con Ud. a Mentone. Todos son muy buenos para con nosotros; y Ud. es nuestro más querido amigo en la tierra.

Firmado a nombre de los niños y las niñas,

Catalina Bishop,

Ernesto Santiago Barson.

Parece que la última carta que Spurgeon escribió a su Iglesia es la que aparece fechada el 15 de enero de 1892, en Mentone, aunque es presumible que después de esta fecha dictó otros mensajes a su secretario particular. Tres días antes dio un largo paseo en coche, y el día 13 escribió una nota para su revista, sobre "La Biblia y la Crítica Moderna". El día 17 de este mes, habiéndose reunido con él algunos amigos, en un culto familiar, hizo la exposición del Salmo 103 y elevó la oración de clausura.

"Al día siguiente (18 de enero de 1892) la gota le afectó la cabeza. El martes 26 era el día señalado para traer al Tabernáculo las ofrendas de acción de gracias por el parcial restablecimiento del pastor. Ese día Spurgeon dictó a su secretario, el Sr. Harrald, el siguiente telegrama:

'Yo y esposa, cien libras, sincera acción de gracias, para gastos generales del Tabernáculo. Cariños a todos los amigos, y entonces cayó en la inconsciencia, la que continuó casi todo el tiempo restante. Antes había dicho al Sr. Harrald:

"Mi obra ha terminado'. Y así sucedió".

Carlos H. Spurgeon, este hombre verdaderamente grande, y el más eminente predicador desde los días de Pablo, el Apóstol de los gentiles, durmió en el Señor, de la manera más apacible y confiada, el memorable día 31 de enero de 1892, a las 11 y 20 de la noche, hora francesa (aproximadamente a las 6 p. m., hora de Nueva York), rodeado de su

amante esposa, que en estos momentos dio la mejor prueba de su gran espíritu cristiano, uno de sus hijos, su hermano y co-pastor, su secretario particular, y tres o cuatro amigos cariñosos.

Sin que haya hipérbole ni exageración en ello, podemos decir que todo el mundo cristiano lamentó profundamente la caída de este gran príncipe de Israel. No en vano se llega a la altura a que ascendió nuestro biografiado, ni se efectúa la enorme y grandemente meritoria obra que él efectuó. Los hombres de su carácter, que son verdaderos valores morales, pesan grandemente en la balanza de la conciencia humana, y en la historia del mundo; no pueden pasar desapercibidos ni ignorados; pasan y se dejan sentir; y si apreciados son durante la vida, más comprendidos y apreciados son después de la muerte. Su caída afecta a todos por igual.

Tan pronto cerró Spurgeon sus ojos a la luz de este mundo, la nueva de su fallecimiento fue cablegrafiada a Londres, y de Londres a todas las partes del mundo civilizado. Tan numerosos fueron los mensajes que se transmitieron durante estos días, en señal de condolencia, ya a Mentone, ya al Tabernáculo Metropolitano, que el telégrafo y cable fueron empleados casi exclusivamente en su transmisión. Muchos de ellos llegaron de los lugares más distantes y extremos del mundo; y entre los primeros en llegar a Mentone, como sentido testimonio de condolencia, se encontraba el del Príncipe y la Princesa de Gales.

Spurgeon durmió en el Señor el domingo 31 de enero, y la noticia de su fallecimiento llegó a Londres el lunes primero de febrero, día que a sugerencias del mismo Spurgeon, había sido señalado para hacer rogativas especiales en el Tabernáculo, pidiendo que cesara aquella terrible epidemia de influenza que, por espacio de largos meses, había estado diezmando la población. No obstante el hondo pesar que embargaba a los numerosos concurrentes al Tabernáculo, en la densa atmósfera de recogimiento y tristeza que es de imaginarse, se celebraron tres servicios aquel día, y uno cada noche de aquella semana. El célebre predicador americano, Dr. Arturo Pierson, que sustituía interinamente al pastor, dirigió todos estos servicios, y hay que imaginar el hondo pesar de aquella congregación, compuesta de millares de personas, que acababa de perder al amigo, hermano, consejero, padre espiritual al hombre consagrado, eficiente y bueno, que por espacio de treinta y siete largos años, había estado a su frente, empleando sus raros y asombrosos poderes, en toda obra gran de y noble! Hay que pensar en el hondo dolor de los que habían sido ganados para Cristo, o auxiliados en su vida cristiana, por su instrumentalidad; en los estudiantes del Colegio de Pastores; en los miembros de la Asociación de Colportores; en las ancianas desvalidas; en los pobres huérfanos. . .

En Mentone, Francia, el día 4 de febrero, se celebraron servicios fúnebres en la Iglesia Presbiteriana Escocesa, concurriendo a ellos todos elementos de mayor significación social, política o económica de la población, que en él habían aprendido a admirar a un verdadero amigo. Inmediatamente después de estos servicios, el cadáver de Spurgeon, encerrado en un féretro de madera de oliva, fue llevado a Londres, vía Dieppe y Haven. La esposa del ilustre desaparecido había hecho público su deseo de que no se enviaran flores, sino que el dinero que en ellas había de emplearse, se destinara al sostenimiento del Orfanatorio de Stockwell. El único adorno, pues, que ostentaba el sarcófago, era, unas hermosas ramas de palma oriental, que la amante compañera había adquirido, y que tan hermosamente representaban la victoria alcanzada por el ilustre desaparecido, en las luchas de la vida, y sobre la muerte.

La víspera de la llegada del cadáver a Londres, una enorme multitud, vestida de riguroso luto, se reunió en el Tabernáculo Metropolitano, para la participación de la Cena del Señor, y para un servicio de preparación a los que habían de seguir. El día 8 de febrero, a las 11 a. m., llegó el tren fúnebre a la estación Victoria de Londres, bajo una torrencial lluvia que

duró varias horas. Sin embargo, millares y millares de personas afluyeron a la estación, a recibir los restos mortales de aquel ser que había sabido abrirse camino hasta su corazón; y en medio de una sincera manifestación de duelo, interrumpido el tráfico y descubiertas todas las cabezas, el ataúd fue sacado en hombros de los estudiantes del Colegio de Pastores, y llevado hasta el carro que debía conducirlo al Tabernáculo, yendo la multitud en pos.

En el centro del Tabernáculo se levantó un sencillo y severo túmulo sobre el cual fue colocado el cadáver de Spurgeon. Sobre este túmulo formaban bóveda las palmas de la India que había enviado desde Francia su entristecida esposa; y frente a él, sobre la estrecha ara en que él tantas veces había colocado su Biblia y sus manos, se hallaba un busto en yeso del gran predicador; y cubriendo el barandaje que rodeaba el púlpito, aparecían crespones, ostentando las célebres palabras del Apóstol de los gentiles, que Spurgeon hizo suyas en los últimos momentos de su vida: "He peleado la buena batalla, he guardado la fe"; palabras que realmente eran la historia abreviada de su vida, tan intensamente ocupada, y que no tuvo más que una finalidad y una sola aspiración: pelear la buena batalla y guardar la fe.

El martes día 9, el Tabernáculo permaneció abierto doce horas, de siete a. m., a siete p. m., a fin de que todo el que quisiera pudiera desfilar delante del cadáver; y se dice que más de sesenta mil personas visitaron el templo ese día, para dirigir una postrera mirada al amigo a quien Dios había llamado a su seno.

"El miércoles fue el gran día conmemorativo. En la mañana, los miembros de la Iglesia del Tabernáculo se reunieron, y el pastor Santiago A. Spurgeon, con quien todos los corazones estaban en simpatía, dirigió el servicio. El Presidente Angus, del Colegio del Parque Regente, anterior pastor de la Iglesia, hizo algunas reminiscencias de los días pasados ya, y señaló los deberes del presente. El Dr. Pierson leyó una carta de la Sra. Spurgeon, una parte de la cual copiamos a continuación: "Hoy, ha estado ya una semana en el cielo. ¡Oh, el gozo, la felicidad de contemplar el rostro de su Salvador! ¡Oh, la bienvenida al hogar, que lo esperaba cuando abandonó esta pobre tierra! Ni por un momento deseo que regresara a mi lado, aunque era para mí más querido de lo que la lengua puede expresar".

"El Dr. Pierson habló del Sr. Spurgeon como evangelista, como pastor, y como creyente cristiano.

"El Sr. J. W. Harrald, su secretario, habló de aquellos tres preciosos meses pasados en Mentone.

"En el intervalo de la tarde, se celebró una reunión de la Asociación Evangélica del Colegio de Pastores.

"En la tarde, ministros y estudiantes, representando todas las secciones de la Iglesia, se reunieron en el Tabernáculo. El Dr. Maclaren (Alejandro) de Manchester, habló del espíritu, la fibra y el manantial de un ministerio efectivo. Refiriéndose a la sencillez de la predicación de Spurgeon, dijo: 'Yo no creo que haya verdad tan profunda que no pueda encontrar expresión en el idioma Inglés que Bunyan y Spurgeon usaron'. El canónigo Fleming habló de su amistad de veinticinco años con el Sr. Spurgeon. El Dr. Monroe Gibson, representó el Sinodo Presbiteriano Inglés, del cual era moderador; el Dr. Herber Evans, a la Unión Congregacional, y el Dr. Stephenson, a la Conferencia Wesleyana. El Dr. Pierson representó a la América.

"En la noche, el edificio estaba completamente lleno de los obreros cristianos de todas las denominaciones. Jorge Williams, presidente de la Asociación Cristiana de jóvenes de Londres; Sir Arturo Blackwood, el Canónigo Palmer, y el Coronel Griffith (representando a la Unión Bautista), pronunciaron discursos.

"El último servicio comenzó a las 10 y 15 p.m. El edificio se llenó de aquellos a quienes sus labores habían hecho imposible estar presentes durante el día. Los Sres. Sankey, Fullerton, y J. Manton Smith fueron los oradores.

Al día siguiente, martes 11 de febrero de 1892, se efectuó el entierro. Antes de la salida, se cantó el himno "The Sands of Time are Sinking" (Las Arenas del Tiempo se Hunden), que, hasta donde nosotros sepamos, no ha sido traducido al Castellano, y que fue el último himno que mandó a cantar Spurgeon; el Dr. Pierson predicó un magnífico sermón, y el Pbro. Newman Hall guió en oración. Entonces, entre lágrimas y tristeza el sarcófago fue cargado y conducido al coche fúnebre, en derredor del cual hacían guardia de honor los estudiantes del Colegio de Pastores. A lo largo del camino por donde había de pasar el entierro, las casas aparecían enlutadas y los comercios cerrados, y una verdadera ola humana llenaba ambos lados de la vía.

Aquella fue una verdadera manifestación de duelo, espontáneo y sincero, y tan grande como pocas veces se había visto otro igual en Londres, antes o después, tratándose de un entierro de particular. Alguien, considerando la magnitud de esta manifestación de duelo, en la cual tomaban parte todas las clases sociales, ha dicho, con muchísima razón, que aquel fue "un entierro regio, aunque sin la pompa del mundo y el brillante aparato militar regio por el sentimiento y la sinceridad, tanto como por el número de los que en él tomaron participación".

Ex-profesamente se hizo pasar el entierro por frente al Orfanatorio de Stockwell. Los centenares de niños que en él tenían abrigo, y que tanto debían al ilustre desaparecido, desde una tribuna levantada al efecto, vistiendo de severo luto, y evidenciando en sus infantiles rostros el más profundo dolor, silenciosamente, con ese elocuente silencio del pesar hondamente sentido, presenciaban el fúnebre desfile. La contemplación de estos niños, que tan queridos habían sido para Spurgeon, y que tanto le querían, y que se daban perfecta cuenta de la grandísima deuda que con él tenían contraída, fue quizá lo más impresivo de aquella procesión fúnebre en que todo producía una profunda impresión.

En el cementerio "Norwood", también esperaba una gran multitud. Antes de que la tierra cayese sobre los mortales despojos, el Pbro. Archibaldo G. Brown, uno de los primeros graduados del Colegio de Pastores, y amigo predilecto de Spurgeon por espacio de un cuarto de siglo, pronunció un conmovedor discurso, en el cual se despidió con un "hasta luego", del instrumento de su conversión, de su maestro, consejero, amigo, hermano y pastor. Este discurso, pronunciado mientras las lágrimas surcaban el rostro del que hablaba, y que fue como el grito de un alma herida, avivó más el dolor en el corazón de los que le escuchaban, y trajo nuevas y más quemantes lágrimas a sus ojos.

El Dr. Pierson, sin casi poder hablar, tan grande era su emoción, guió en ferviente oración; y el Dr. Randall T. Davidson, Lord Obispo de Rochester, que había pedido se le concediese este honroso privilegio, despidió a la gran concurrencia con la bendición apostólica. Y el cuerpo del gran hombre fue colocado en su lugar de descanso terrenal, junto al sepulcro del gran misionero Moffatt, mientras su espíritu se gozaba en la presencia de su Señor y Salvador, en medio de las aclamaciones angélicas, en las mansiones de luz y de felicidad. . .

APRECIACION DE UNA VIDA CONSAGRADA

LA muerte de Carlos H. Spurgeon, anunciada a los cuatro vientos, sumió en la tristeza y el pesar al mundo evangélico; que no en vano se ha efectuado una obra gigantesca como la suya, durante más de una tercia de siglo, ni se ha ascendido al más alto picacho de la elocuencia religiosa, en una época donde abundaban los elocuentes predicadores.

Los hombres de la talla de nuestro biografiado, no pueden pasar desapercibidos, ni ocultarse. Por sobre las multitudes humanas, descollarán y se destacarán, haciéndose notar y apreciar por sus contemporáneos. Y al desaparecer de sobre la escena del mundo, generalmente, el juicio que de ellos tienen sus contemporáneos, es la historia sucinta y verídica de su vida.

Aunque al comienzo de su brillante carrera Spurgeon tuvo que enfrentarse con la contradicción, y sufrir la crítica adversa y hasta injuriosa de una parte de la prensa, después de unos pocos años, su posición se solidificó, sus adversarios se convirtieron en sus amigos, y su personalidad llegó a tener una grandeza indiscutible y aceptada por todos.

A la muerte de este caudillo de Israel, toda la prensa de habla Inglesa de alguna significación, durante muchos días, se ocupó de él llenando sus columnas con sus datos biográficos, con la enumeración y apreciación de su obra, y estimación de su carácter. Estos escritos revisten una importancia tan grande, a nuestra manera de ver, que no hemos querido dejar de citarlos en esta conexión, en la seguridad de que ello será, del agrado del lector, y para su mejor comprensión del asunto que estamos terminando de tratar.

"El Espectador", de carácter Conservador unionista, dice:

Las Iglesias no conformistas, y en realidad todas las Iglesias, han perdido en el Sr. Spurgeon un hombre de considerables poderes y de inmensa influencia, todo lo que usó persistentemente para bien. Fue probablemente el predicador de mayor éxito en una congregación de burgueses, y es fácil comprender el por qué. Existe la idea de que los ingleses se están volviendo escépticos, y en lo que se refiere a una sección de los cultos, y la sección semi-socialista de los obreros, hasta cierto extremo, es verdad; pero la clase baja, una clase numerosa de la sociedad inglesa, retiene en su mayor parte, aunque a menudo no la sigue, la antigua fe. Sus miembros creen en el evangelicalismo, calificado por un sentido estricto, y encuentra en ese Evangelio una regla suficiente de conducta para la mayor parte de las emergencias de la vida. No desean, por tanto, que su fe sea perturbada, o que se haga de ella una exposición a la manera escocesa, sino que sea presentada y expresada claramente, y aplicada a todas las contingencias de la vida, por un predicador que tenga dotes, y mientras mayores sean éstas, mejor, pero sin originalidad en cuanto al pensamiento religioso. También desean, y de todo corazón, que su predicador sea un hombre que crea en su mensaje más sinceramente que su misma congregación, que es visible e inequívocamente sincero en su entusiasmo, que viva de acuerdo con sus principios e ideales, y que tenga independencia suficiente para denunciar la abjuración con energía. En Spurgeon encontraron que llenaba completamente estas condiciones. Dotado de una voz superior, y poseído de una teología que era exactamente la de su congregación, el predicador derramaba ante ella argumentos que

nueve veces de diez no contenía otra cosa que sentido común, aplicado a la religión, o a la conducta de la vida, pero que era tan apta e inteligentemente expresado, tan cálido en su convicción, tan familiar, y sin embargo tan nuevo, que hicieron en todos los que le oyeron la impresión de la mayor elocuencia. Esos pensamientos producían la convicción, si no el despertamiento, e hicieron que millares de hombre ordinarios, que algunas veces se encontraban expuestos en alto grado, a las tentaciones corrientes, fuesen distintamente más fuertes para resistirlas.

Su Inglés fue siempre admirable, aunque algunas veces no era refinado; era maestro en el uso de felices ilustraciones, sacadas a menudo de las cosas más corrientes; y sabía cómo hacer impresivo, y abrir paso a la verdad hasta el corazón con la maravillosa fuerza de lo que es inesperado. No era un gran orador, pero para su congregación era un predicador que convencía y despertaba. La influencia de sus palabras era, por supuesto, materialmente ayudada por su carácter y la independencia de su posición. Era la manifestación viril de un hombre, que nunca entró en dudas, ni en contubernios, sino que decía las cosas como las pensaba, sin importarle su popularidad, y odiaba las novedades que ha sido la costumbre de esta última mitad del siglo, agregar a la ley cristiana. Creyendo en la caridad la practicó, y dio el dinero con ambas manos; pero sostenía que el hombre debe trabajar para en sostenimiento, y no ser una carga a la comunidad, y llegó a odiar el sentimiento moderno de "piedad" hacia los holgazanes e inútiles. Su opinión en cuanto a todo género de mendigos, se encontraba expresada en su apotegma: "Debe tener paciencia y piedad para con la pobreza; pero en cuanto a los holgazanes, dad una fusta bien larga".

El Sr. Spurgeon fue ayudado también en su independencia, por habilidad práctica. Personalmente no le importaba nada el dinero; podía dar "como un príncipe"; pero tenía la facultad, que por tristeza se encuentra a faltar tan a menudo en el ministerio, sea el Establecido (oficial) o no conformista, de saber manejar empresas y cosas de gran importancia pecuniaria. Se le podían entregar millares y millares, y se podía tener la seguridad, no sólo de que no se apropiaría ninguno, sino que usaría sabiamente el dinero, no gastaría ninguno en novedades y caprichos, y que tendría un resultado tan seguro de sus gastos, como el comerciante que compra mercadería. Sus orfanatorios son modelos de buen manejo. Su independencia llegó a reflejarse en su influencia espiritual, al extremo de que todo el que le oía sentía la impresión de que lo que decía era lo que pensaba, sin que hubiera ninguna otra razón terrena para ello.... El Sr. Spurgeon fue un gran predicador, antes que todo, porque creía, y porque tenía las dotes necesarias para serlo; pero sus dotes eran aumentadas visiblemente por su carácter, por su integridad, por su habilidad, tanto como por su determinada independencia.

"El Vocero", gladstoniano-liberal, publicó el siguiente escrito de redacción:

Los tributos que se han pagado al Sr. Spurgeon por la prensa de todos los sectores de la opinión, han sido tan generosos a la par que justos, que dejan muy poco que decir a aquellos que le tenían en una especial estimación. La suya era una grande e impresiva individualidad, y la dejó sentir en la imaginación de sus conciudadanos, como ningún otro de los eclesiásticos de su época pudo hacerlo. Y esto pudo hacerlo solamente en virtud de sus méritos y condiciones como ministro de la iglesia a la cual perteneció. El Sr. Spurgeon era "el pastor del Tabernáculo", y el jefe de las organizaciones que había reunido gradualmente en derredor de su lugar de adoración. Eso fue todo. Sin embargo, su muerte es generalmente considerada como una pérdida para toda la nación, y los periódicos de todos los partidos y sectas, se unen entre sí para tributar honor a su memoria.

¿Cuál fue el éxito en la vida de este gran hombre? Incuestionablemente el éxito del Sr. Spurgeon fue el resultado de su maravilloso poder como predicador. Hace algunos meses que dijimos, cuando él se encontraba gravemente enfermo, que entre los oradores naturales de esta generación, ocupaba el segundo lugar después del Sr. Bright. Ahora vemos que algunas personas se inclinan a empequeñecer su poder de oratoria. Tal cosa puede atribuirse solamente a que esas personas no han estado "bajo la vara del mago". Nadie que haya estado pondrá en duda el hecho de que el Sr. Spurgeon fue dotado de condiciones como orador, tales como es probable que ningún otro hombre de su época poseyera. Por supuesto, su elocuencia no era semejante a la del Sr. Gladstone, o a la del Canónigo Liddon, por ejemplo. Hasta difirió en ciertas características de la del Sr. Bright, a quien, en conjunto, más se semeja. Pero en su clase no había nada semejante en el púlpito de ninguna Iglesia en su país.

Si él predicó del Tabernáculo nunca leyó ensayos sobre "la dulce arpa del poeta, coronada de estrellas"; sí cuidadosamente evitó los vuelos de a elocuencia que son tan queridos a la mayor parte de los oradores, nunca fracasó en hacer entrar su admirable prosa aun en los oídos más rebeldes. Muchas personas fueron al Tabernáculo, especialmente en los primeros tiempos, preparados para la burla; muy pocos salieron sin reconocer que habían estado escuchando a un hombre que literalmente los había obligado a oír todo lo que decía, y cuya brillante, sencilla, pintoresca y siempre flexible palabra había sido pronunciada en un tono que se adaptaba a cada oído, y abiótose paso hasta el corazón.

Pero otras iglesias tenían oradores de una elocuencia difícilmente inferior a la del Sr. Spurgeon. ¿Cómo se explica que jamás se ganaron el corazón del pueblo de la Gran Bretaña, como se lo ganó él. El Canónigo Liddon, cuyo nombre ocurre tan naturalmente cuando hablamos de elocuencia; el Obispo Alexander; el Arzobispo Magee, y otros muchos, pudieron fácilmente competir, en lo que se refiere a los meros dones de la elocuencia, con el pastor del Tabernáculo. Sin embargo, ninguno de ellos retuvo su puesto en la vida inglesa, ni nada que se pareciera a ello. Sin que esto signifique falta de respeto hacia estos hombres eminentes, hemos de decir que el triunfo del Sr. Spurgeon, su éxito sin rival en retener el corazón de un grandísimo número de sus conciudadanos, qué distintamente un triunfo del carácter. No se debió ello meramente a su elocuencia religiosa; no se debió ciertamente a la superior intelectualidad a los otros maestros y predicadores; pero en él se tenía confianza, y era estimado mucho más que todos ellos. Se debió a que el gran público inglés había llegado a la conclusión de que él era absolutamente sincero, sencillo, sin pretensiones personal e, invariable. Han habido predicadores de raros dones en las Iglesias Libres de Inglaterra y Escocía, que reunieron grandes multitudes donde quiera que aparecieron, que tenían un grupo fiel de admiradores, pero que nunca pudieron tocar, o llegar al público numeroso, por causa de cierta suspicacia de charlatanería, o de la vanidad de la personal atracción a ellos. Durante los últimos treinta años el Sr. Spurgeon ha estado libre de la más ligera sugestión de una tal suspicacia, tanto como era posible que lo estuviera cualquiera otro hombre; y en todas partes los hombres han reconocido que se encontraba al servicio de su Maestro, y no en el suyo propio.

En este triunfo del carácter personal, y no en cualquiera de las otras fases de la obra de su vida, podemos encontrar el asombroso éxito de su carrera. Otro rasgo sobresaliente fue la austera fidelidad que demostró desde el principio al credo puritano de sus antepasados. Para con él, cuando menos, no había tropezamientos con las dudas modernas, con las modernas especulaciones, los nuevos descubrimientos de la ciencia, ni la alta crítica. Ni por un solo momento flaqueó en su convicción de que la verdad que había oído siendo un niño, lo era todo. El mundo, apresurándose adelante, encuentra las estrellas que brillaron de antiguo con lustre

tan claro y fijo, cambiando su lugar en el firmamento, y obscureciéndose, a medida que se envejecen, mientras que nuevas estrellas están surgiendo a la vista y atraen la admirada mirada de las multitudes. Para el Sr. Spurgeon, como para todos nosotros, nuevas estrellas pueden surgir a la existencia; pero, para su mente, ella no podían tener más que un propósito y una misión: la renovación y mayor gloria del Sol de su adoración. Algunas veces sucede en una era incrédula, o lo que es peor, en una era indiferente e inveterada, que nos encontramos con una personalidad cuya fe puede resistir todos los asaltos, cuya confianza permanece inmovible, aunque todo el mundo hubiera de volverse contra ella. Y el credo a que se apegó el Sr. Spurgeon con ardiente amor y confianza, era el credo que la gran masa del pueblo Inglés había sido enseñada a aceptar desde la cuna. ¿Es de extrañar que cuando el antiguo Puritanismo fue predicado, no solamente con elocuencia, sino con el genuino fervor de la convicción, el predicador retuviera a su derredor millares y millares, que encontraron en él el campeón y guía que habían estado esperando por mucho tiempo, orando por su venida? Fanático, rudo, estrecho de miras, ignorante – todos estos epítetos fueron lanzados sobre el Sr. Spurgeon, y no le hirieron más de lo que pudo herirlo la brisa que pasaba. Y nadie que le conozca, o le haya oído predicar, puede olvidar que, aparte de la austera fidelidad al credo que ya no es el del mundo, su corazón estaba lleno del amor hacia sus semejantes, de compasión hacía los pecadores, y del ardiente deseo de que cuando llegue el fin de todas las cosas, y el Gran Libro sea cerrado, ningún alma humana que haya sido conmovida por el Espíritu Santo, se encuentre fuera de la salvación. Y con todo ello, no era sacerdote. Jamás aquellos que simpatizaban con el clero, pudieron asumir que hubiera alguna autoridad espiritual en este maestro de religión. Era hombre sencillo como ellos, sin pretensiones de poder eclesiástico o sacerdotal; porque estaba satisfecho de ser un ministro y siervo de Jesucristo, el Señor de los Señores.

Fue por eso que el buen hombre que es llorado hoy, se ganó, no sólo la admiración, sino también la confianza y el afecto de hombres y mujeres cuyo número no puede ser contado, y que pueden ser encontrados en todos los rincones de la tierra, donde el Inglés se hable. Y al ministrar a millares de millares a su manera, semana tras semana, en todas las verdades espirituales, ejerció su influencia sobre todos aquellos que tenían poca simpatía hacia su credo, una influencia que no puede ser calculada, y que fue siempre ejercida para bien. Por el momento, su pérdida parece casi irreparable, no sólo para su congregación, sino también para Londres y para el país.

El "Semanario Británico", la célebre publicación londinense, de carácter evangélico, interdenominacional, liberal, dijo:

Ha caído como una torre, y su caída significará para muchos un cambio completo en todo el horizonte de la vida. Un periódico conservador de Londres dijo que su muerte había atraído la atención menos que la del cardenal Manning. ¿Qué sabían de Manning los niños de la escuela, los sirvientes en la cocina, los campesinos de las montañas, las ancianas de miserable vivienda? Pero todas estas personas – en realidad, toda la nación, porque la nación todavía es cristiana – conocían a Spurgeon. En Escocia era aun más estimado que en Inglaterra, y en América su fama se extendió más, quizá, que la de cualquiera otro hombre. Cuando murió sus años no eran muchos, pero había lo suficiente, y había mantenido hasta el fin el esplendor de su fama. Si el Sr. Gladstone hubiera muerto a la edad de Spurgeon, por esta época ya hubiera sido completamente olvidado. Aun siendo como fue, para la mayoría de sus conciudadanos, Spurgeon fue una figura mucho más conspicua que la de Gladstone; no es mucho decir que fue más venerado que cualquier otro hombre.

El juicio popular a menudo es errado; pero es seguro que conocerá al charlatán *en su tiempo*. Porque el oído del público, aunque es fácil de ganar, es excesivamente difícil de retener. Habla muy alto del poder y de la integridad esencial del Sr. Spurgeon, el hecho de que ganó el oído del público cuando era un mero niño, y no lo perdió nunca, ni por un momento. Esto se debió primeramente a su poder oratorio. Dos oradores de primera calidad han aparecido en nuestro tiempo: El Sr. Bright y el Sr. Spurgeon. Su maravillosa voz, clara como campana de plata, y femenilmente tierna, se elevaba sobre las asombradas multitudes, y sin esfuerzo llegaba a cada oído. Aquel inglés sencillo, franco, con su aire de reposado dominio del asunto, su gran maestría del Sajón lúcido, su poder para elevarse a las más altas cumbres de la elocuencia, su compasiva comprensión de la vida de su pueblo, y sobre todo, su ansia de su salvación, no desaparecerá fácilmente de la memoria y del corazón de la nación. La casi sobrenatural sutileza de observación, fue un elemento de su influencia. Uno de sus predicadores vecinos, no podía reconocer a sus miembros, porque no podía recordar los rostros. Esto no es una falta, pero es una desgracia. El Sr. Spurgeon, sentado en su plataforma, podía mencionar el nombre de cada una de las cinco mil personas que componían su congregación. También recordaba a cada visitador, a quien hubiera sido presentado; y cuando éstos venían al Tabernáculo, enseguida los reconocía. Se las arreglaba siempre de manera de poderles hacer alguna señal de reconocimiento, antes de comenzar el servicio.

Era, sin embargo, mucho más que un gran orador. El que escribe estas líneas, obligado a pasar seis meses en un lugar donde los libros eran muy escasos, comenzó a leer una serie completa de los sermonees del "Púlpito del Tabernáculo Metropolitano", y fue a través de todos los volúmenes. Es imposible imaginar que una persona haga tal cosa sin recibir una profunda y permanente impresión. Es más: la asombrosa habilidad del predicador es tan señalada como su elocuencia o su sinceridad. En este respecto apenas se le ha hecho justicia. Algunas personas hablan de su "fertilidad de hojarasca", y compasivamente le comparan con hombrea tales como Liddon. En realidad, no había comparación posible; en cuanto a su gran habilidad, Spurgeon estaba tan por encima de Liddon, como Liddon lo estaba de Farrar. El Pbro. H. R. Haweus, como critica competente y libre de prejuicios, dijo hace muchos años: "Es perfectamente extraordinario que el gran Bautista pueda ser tan hábil y poderoso, dentro de los estrechos límites de su doctrina". Nosotros no creemos que tuvo un asombroso éxito aparte de sus sermones, aunque su "Juan Arador" contiene material racial. En los sermones hay muchos pasajes que una verdadera antología general de los prosistas ingleses no omitirían....

Puede parecer una palabra dura, pero no puede ser dudado que su teología fue un elemento de importancia en su duradera atracción. ¿Por qué ha florecido tanto el Calvinismo entre el pueblo bajo, que lucha, en el Sur de Londres – donde Santiago Wella, un hombre completamente falto de instrucción, y un calvinista tan estricto que consideraba al Sr. Spurgeon como hereje peligroso, dividió los honores con su joven compañero, y tuvo un funeral como Londres del Sur no vio jamás? Para comenzar, para las masas todas las religiones son esencialmente iguales. Un teólogo Católico Romano, el Padre Dalgairus, dice: "Id y predicad vuestro incierto infierno, y su oscura expiación en las calles de nuestras grandes poblaciones, y ved cuántos prosélitos ganáis entre las masas, la iniquidad de cuya corrupción sube hasta el cielo. Los engañáis con la incerteza de una salvación universal, y al hacerlo así, les quitáis el gozo de un salvador". El Sr. Spurgeon siempre presentó la salvación como una cosa maravillosa, sobrenatural; que puede obtenerse por medio de la batalla, la agonía y el lavamiento en la sangre.

Esta grande y difícil salvación estaba segura; esto es "no dependía de la criatura", dependía absolutamente de Dios. No era de hombre, ni de la voluntad de la carne. Los oyentes

del Sr. Spurgeon, en una gran parte, habían perdido los premios de la vida; pero Dios no los eligió por las razones que mueven las preferencias de los hombres, porque en ese caso, no hubieran tenido esperanza. Su elección fue por gracia. La perseverancia de los santos es una doctrina sin significación para la mayor parte de nosotros los cristianos. Pero muchas pobres jóvenes, que encierran en sus corazones el amor de Cristo y la bondad, teniendo que trabajar manualmente para ganar una miseria, obligadas a resistir las tentaciones de las calles en su alrededor, y del río junto a ella, escuchaban con toda el alma cuando oían decir que las ovejas de Cristo no pueden perecer. Muchos comerciantes, tentados a cometer actos deshonorosos; muchas viudas, con la penuria y la soledad ante ellas, fueron levantadas sobre todas estas cosas, enseñados a mirar a través y sobre los años venideros, llenos de tempestad y conflicto, y tener la anticipación de un lugar en la Iglesia Triunfante.

Existe la noción, muy prevaleciente, de que la doctrina de la universal Paternidad de Dios, según es predicada a menudo, es manantial de mayor alegría y confortación, que la antigua enseñanza de que él es el Padre de sus hijos en la fe. Un hombre dice: "Dios es el Padre del Londres del extremo Este", y cree que ha expresado una verdad consoladora. Lo que el Sr. Spurgeon sentía era que la Paternidad de Dios debe significar mucho más que eso. En un sentido Dios es padre del más degradado, pero, ¿a qué llega eso? Antes de que conozcamos la naturaleza paternal, el Hijo ha de revelarla, y si nos atrevemos a decirlo así, hay algo más allá de eso. El que el corazón Divino vaya hacia los pobres, los perdidos, los culpables, es una expresión del profundo amor de Dios, encerrado en su propio ser, y significa algo – significa todo para los que lo reciben. No es el frío consuelo, la sombra que no abriga, de una frase hueca.

Los muy pobres – y debe recordarse que la parte sur de Londres es la más pobre de la metrópoli – están comenzando a tener esperanza de que los concilios y parlamentos harán mucho en su beneficio. Puede que esto llegue a ser así, pero el Sr. Spurgeon se ocupó poco de estas cosas. El les enseñó y éste era el nervio de su sermón, que ahora, en la viviente comunión del alma con Cristo, ellos pueden encontrar todo el gozo que necesitan. Hombre demasiado sabio, demasiado experimentado, para dejar de conocer las batallas que hay que librar y cuanto tardan en ser ganadas por los pobres, y lo poco que esas victorias le rinden, insistió en el gozo y paz de la fe, que el mundo no puede dar ni quitar. La vida puede seguir su camino de paupérrimo, monótono y oscuro trabajo, con su pobre paga, y su mucha responsabilidad; pero sobre todo ello puede haber una suave y sagrada luz....

Nunca ha aparecido un hombre con tal experiencia en la Iglesia Cristiana; nunca ha aparecido uno que se dirigiera a tantos de sus conciudadanos, hablándoles de las cosas de Dios; nunca ha aparecido uno el resultado obvio de cuya obra haya sido tan grande. "Nunca te volveré a oír llamando", al pensar en aquella inolvidable voz. Pero el eco de esa voz persistirá. Multitudes pensarán con afecto y simpatía especial, de la triste viuda y los hijos, y de la gran Iglesia sobre la cual presidió. Todos hemos perdido mucho con su ida, pero él ha ganado más. La suya era una naturaleza que no estaba preparada para muchas de las cosas que le vinieron en los últimos y dolientes años; y menos preparada estaba para una prolongada inacción, que era lo que sus médicos creían que era mejor que podía hacer. Mejor es para él que se haya ido a lo largo del brillante camino.
